AÑO VIII NOVIEMBRE DE 1914 NÚM. 67

NOSOTROS

TREN URBANO...

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA)

Con gran ruido de herrajes y al trote largo de sus dos jamelgos criollos, el tranvía expreso, un coche-jardinera salido de la Plaza Victoria para alcanzar el tren de las seis y diez, corría por la calle Buen Orden, hacia Constitución. La jardinera iba llena de gente que ocupaba los bancos, las estrechas plataformas y los mismos estribos, desesperando al mayoral de saquito cantor y gorrita negra de visera requintada a la izquierda, que no acertaba a moverse para cobrar el pasaje. Casi todos se conocían y conversaban, aun a distancia y en alta voz, informándose de la salud, de la familia, las novedades, y protestando contra el calor prematuro y bochornoso de aquel fin de primavera.

Algunos trataban de leer los diarios de la tarde entre aquella algarabía, sin poder fijar la atención, y otros, mohinos y taciturnos, miraban sin ver los árboles y las rejas de la Plaza Monserrat, el desfile de las casas chatas y sin estilo de la calle Buen Orden, monótona, pobre, de mezquino comercio, desapacible por la ruidosa caravana de los carros de carga que hacían retemblar y saltar los toscos adoquines mal ajustados del pavimento, algo amenizado un poco más allá por el desahogo de la Plaza Independencia, y cuyas aceras de la izquierda, apenas animadas por uno que otro transeunte, calcinaba el sol a pleno rayo.

Sólo dos o tres señoras iban en el tranvía, pues los expresos que no se detenían en todo el trayecto sino para mudar de yunta en la estación-caballeriza al final de la calle Buen Orden, eran utilizados casi exclusivamente por los abonados masculinos que confiaban en su agilidad para saltar del coche al vagón del tren, y que no debían perder tiempo sacando pasaje.

Eran personas que vivían o veraneaban en los pueblitos del sur, y que tenían sus ocupaciones en Buenos Aires, empleados del gobierno, corredores de Bolsa, comisionistas, comerciantes por mayor, industriales, abogados, algunos periodistas, gerentes o administradores de ferrocarriles, empleados de banco, rematadores... gente, en fin, cuyas tareas terminaban por la tarde y no les exigían madrugar demasiado.

Los jóvenes estaban en mayoría, unos sentados, otros en racimos en los estribos o las plataformas, charlando y riendo a carcajada suelta con cualquier motivo o sin ninguno.

Después de pasar por el lado sur de la Plaza Constitución, que era una especie de desierto, pero que no estaba deshonrada aun por las caricaturescas ruinas de castillo medioeval, que sin duda pretenden simbolizar... nadie sabrá nunca qué, el tranvía entró, atravesando un arco bajo en la estación misma, andén por medio con el tren pronto a partir. Los pasajeros se volcaron, más que bajaron, corriendo al asalto de los vagones, mientras la locomotora silbaba como para aumentar su nerviosidad y su incierta prisa.

Segundos después el convoy se ponía en marcha pesadamente hacia el "campo", que entonces comenzaba a poca distancia de la estación, mucho antes de Barracas al Norte.

*

Los coches del tren, divididos en estrechos compartimientos, estaban casi llenos, de modo que los pasajeros del tranvía expreso se hicieron sitio con bastante dificultad. Terrada y los Gómez hallaron tres asientos juntos. La "muchachada", aunque viajara siempre en primera clase, juzgó oportuno esta vez invadir un vagón de segunda, casi vacío, porque en el tren de aquella hora no solían viajar los trabajadores, ocupados generalmente hasta más tarde.

El tren hacía una larga curva entre terrenos baldíos y pantanosos, sujetos a continuas inundaciones, salpicados aquí y allá con

casuchas de mala muerte, covachas innobles, ranchos sin forma; algo más lejos, con una arquitectura que las clasificaba entre el cuartel y el cobertizo, grandes construcciones negras, dominadas por chimeneas que vomitaban humo denso y pardo; después la ruín estación de madera de Barracas al Norte, cuyo nombre estaba escrito en el aire saturado por el olor de las graserías; en seguida el pesado puente que el tren cruzaba con lentitud, como con miedo de derribarlo, y por entre cuya trabazón de vigas de hierro se veían allá abajo, el agua dormida y cenagosa del Riachuelo, en que flotaban chatas y lanchones y algún pailebote sin arboladura; y un poco más lejos, otra casilla de madera, la estación de Barracas al Sur, por cuyo andén consolidado con polvo de carbón y ceniza de las locomotoras, se paseaba invariablemente un viejo y flaco andaluz, cargado de canastas que ofrecía a los pasajeros sus artículos, gritando sin pausa alguna:

— ¡Pandechy-pandurce! ¡Pandechy-pandurce!

Estentóreo clamor partió del coche de segunda en que se habían instalado los jóvenes.

— ¡Sardina! ¡Sardina! ¡Sardina!

Un hombre de blusa azul manchada de aceite y tizne, gorra grasienta de maquinista, calzado de alpargata, sucia y sin afeitar la enjuta cara, corría por el andén. Al oir la algazara se detuvo, amenazó furioso con el puño a los gritones, y siguió su carrera sin hacer más caso del vocerío, posponiendo la venganza al deber con admirable longanimidad.

Muchos pasajeros se habían asomado a la ventanilla, curiosos de conocer la causa de semejante batahola, pero el tren corría ya campo afuera, hacia la solitaria y aislada estación de Lanús.

— Son los muchachos, — explicó Terrada a Elena Gómez. — Todas las tardes se divierten del mismo modo. A eso llaman "chichonear" lo que debe ser una corrupción de "chinchorear" o "chinchorrear", de ser "chinche", en una palabra, y ya sabe usted, Elena, que la chinche es un hemíptero muy desagradable.

— Ahora lo sé.

— ¿Que es desagradable?

— No. Que es un... ¿cómo dice usted?

— Hemíptero.

— Muchas gracias. Pero que es lo que da lugar a ese chin, a este chi-choneo?

— La víctima es el lampista o lamparero peón de la estación

de Barracas, y los victimarios son los "mocitos" que venían con nosotros en el tranvía. Sin que ellos mismos sepan cómo, han encontrado en la inofensiva palabra "¡Sardina"! un insulto que enfurece al pobre hombre. Y se divierten haciéndolo rabiar.

—¡Qué guarangos!

Ganas tuvo Ricardo de observarle que "guarango" no era palabra castellana y que debía decir, mal educado, zafio o cosa por el estilo, pero logró contenerse y amplificó el tema, agregando:

—Y eso no sería nada, Elena, si no se entretuvieran en martirizar a cuanto prójimo algo tonto o corto de genio les cae a la mano. Lo fastidiarán, lo "chichonearán" durante todo el viaje, gritándole, manoseándolo, tirándole pelotillas de papel, cuando no algo más contundente, sin que sepa nunca quien le dió, pues al volverse para sorprender a un enemigo, otro proyectil lo obliga a recobrar la posición anterior... y si llega a irritarse, lo que no deja de ser natural, y quiere usar de las manos para defenderse, todos se interponen y lo dejan impotente, si es que no le dan un manteo...

Don Esteban Gómez, reía y meneaba la cabeza como negando la completa exactitud de lo que decía Terrada.

—Qué educación!—exclamó Elena.

—Cosas de muchachos—dijo su marido.

—¿Cosas de muchachos?¡Cosas de salvajes!—replicó Terrada, acalorándose.—Los jovencitos de hoy son unos verdaderos indios!

—Una golondrina no hace verano.

—Pero si esto y mucho, muchísimo peor se ve a cada rato, en Buenos Aires. El otro día, sin ir más lejos, pasaba un hombre barbudo, italiano al parecer, frente a la confitería del Aguila... Ya sabe usted, Elena, que allí se reune todas las tardes nuestra "juventud dorada", obstruyendo la acera, dificultando el tránsito y entrometiéndose con todo el mundo... Pues bien, uno de esos "mocitos" hijo de una familia "consular", se lanzó sin decir agua va hacia el "gringo" y le mesó las barbas, así como suena, le mesó las barbas, entre la gritería y las risas de sus compinches que lo aplaudían..

—¡No puede ser!

—El italiano, hombre robusto, aunque de edad madura, iba a hacer pasar un mal rato al insolente, cuando la cuadrilla entera cayó sobre él y lo hizo bailar una zarabanda hasta que acudió

la policía... Esta sólo pudo tomar al italiano y lo llevó a prestar declaración en la comisaría.

— Vaya una broma! — comentó Elena.

— Tal es la juventud actual, señora. No sé a quien salen esos muchachos. Nosotros no éramos así. Se diría que volvemos al gauchaje, al gauchaje de la peor especie!

— Ni te acalores, ni exageres, que no es para tanto — dijo Gómez reposadamente. — Los "calaveras" han existido y existen en todos los tiempos y en todas partes son una minoría que parece muy numerosa sólo porque da mucho que hablar. En nuestra época también se hacían barrabasadas. Acuérdate. Después de la caída de Rosas — y hasta nuestra época, aquello no fué libertad sino licencia, y el gobierno y la policía no podían con nosotros. Perseguíamos a los lecheros, a los serenos, a todo bicho viviente. Sarmiento decía que llevábamos el poncho bajo el frac. Y todavía va a repetírnoslo en el diario que va a fundar, según se dice.

— Yo no me acuso de ninguna de esas tropelías — replicó Terrada. — Nunca me gustaron y ahora me indignan.

— Bah! Cualquiera diría que te sientes viejo y no puedes ya ni comprender a los muchachos.

A mí, cuando me acuerdo del Alcázar Lírico, por ejemplo, y de los escándalos que allí armaba "lo más granado de nuestra juventud", cuando pienso en el concierto Mangui, en Petronita, en Bayoneta Calada, y otros infelices que nos divirtieron tanto, no puedo menos que reirme...

— ¡Vaya un gusto! — murmuró Elena con un mohín desdeñoso que usaba especialmente para el marido.

— Pues yo protestaba contra esas bromas groseras, perversas e indignas.

— Por eso te llamaban "el pollerita".

— A mí nadie me lo ha dicho, porque no lo hubiera tolerado, — dijo Terrada, ásperamente.

— Pero lo decían a tus espaldas...

— En fin, prefiero haber parecido un muchacho tímido y no un compadrito disfrazado de persona decente, un gaucho con traje de sociedad, como preferiría hoy si fuera joven pasar completamente de inadvertido, a pertenecer a esa "indiada" que anda a tiros en los restaurants nocturnos, destroza los muebles en las casas públicas, cierra los medidores del gas en los zaguanes, tira hasta con sillas y botellas a los artistas de café concierto, maltrata a los

transeuntes sin conocerlos siquiera, mantea profesores y hasta rectores de Universidad, calotea a infelices cocheros...

— Qué quiere decir "calotea"?

— Estafa, señora. Es una palabra del "lunfardo" o caló argentino, tomada del portugués.

Como iba diciendo: que roba cubiertos, servilletas, cuanto hay, en los cafés donde va a comer, y, como digno coronamiento a estas hazañas, manosea señoras y niñas en plena calle, olvidándose que tienen madre y hermanas ellos también.

— Eso sí es salvaje!! — exclamó Elena.

— Yo no lo apruebo, lejos de eso! — explicó Gómez. — Pero repito que hoy como antes, se trata de una minoría por una parte, y de una enfermedad pasajera por otra. Los muchachos serios, sosegados, son los más, pero no nos fijamos naturalmente en ellos, sino en los alborotadores... En cuanto a tí, mi querido Terrada, te enfureces contra éstos de un modo que raya en pasión... Cualquiera diría que hay un poco de envidia en tu indignación, y que el diablo harto de carne se hace fraile...

— Eso no puede decirse de mí, que nunca...

— Lo sé.

— Lo sabemos, — murmuró Elena con cierto dejo irónico en la voz y en la sonrisa.

*

En el coche de segunda el jaleo había adquirido, entre tanto, grandes proporciones. Los muchachos "chichoneaban", o si se prefiere "titeaban" a Matraca, el vendedor de diarios ambulante que recorría la línea del sur, de Constitución a Burzaco, y en cuyas tarjetas se leía "José Boni, alias Matraca, Diarista", título que divertía enormemente a aquella juventud avezada a estas y otras pellejerías; Boni contestaba a las bromas y a los dicharachos no sin alguna gracia y desarmaba a los jaranistas con su sonrisa paciente más que con sus respuestas agudas o insolentes. Cierta insolencia agradaba algunas veces a los "mocitos", sobre todo si daba pie para hacer a un camarada víctima de inofensiva chacota.

Matraca, estaba sentado en medio del vagón, sobre una pila de periódicos, para defenderlos con todo el peso de su cuerpo, contra un posible avance. Desde aquel trono, que si bien le daba un puesto dominante, lo hacía blanco obligado de toda la atención, repli-

caba a un jovencito de naciente bigote negro, (hermano de Basso y noticiero por obra y gracia de éste) que por hacerse el gracioso, era a la verdad intolerable.

— Eh, don Rosendo! — decía Boni mitad en español, mitad en italiano. — Qué quiere! Todo no son como vusté; yo soy senplichemente un povero "diarista", ma vusté é un "periodista"... que non sa escrivire!

Una carcajada general acogió el dicho, con lo que Rosendo Basso, enfurecido, se precipitó sobre Matraca, tratando de arrancarle la pila de periódicos.

—¡ Ahora vas a ver, gringo insolente! — gritaba rojo y trémulo de cólera.

Mauricio Febre, el gracioso de la compañía y que solía ser ocurrente, se interpuso.

— Cuidado con mi Matraca, que mañana es viernes santo y la necesitamos para que llame a misa.

— Dejame, Mauricio, dejame que le dé unas buenas a ese carcamán roñoso.

— Mecor es que me compre un quintito de la grande — agregó Matraca, ofreciendo billetes. — ¡ Mire, don Rosendo, no hay que nocarse: se la va a sacar!

Aunque no quisiera hacer un juego de palabras, que podría tomarse como provocativo, sino más bien conseguir que el incidente tomara un rumbo algo apacible, Matraca consiguió con esto irritar aun más a Rosendo Basso, que pugnaba por trasponer el largo y huesudo cuerpo de Mauricio, única muralla de defensa del amenazado vendedor de diarios.

— ¡ Zas! en plena jeta, por curioso. ¡ Tomá, metete!

Una gran pelota de papel había ido a apabullar las narices de otro pacífico pasajero, joven, pobremente vestido, que, interesado por el incidente Matraca-Basso, acababa de ponerse de pie para ver mejor. Volvióse frenético y otro pelotazo fué a darle en la cara. Quiso lanzarse a ciegas sobre el grupo, pero los puños de hierro de Antonino González, aferrándose como tenazas a sus muñecas, lo obligaron a dejarse caer en el banco.

— Siéntese, amigo — decía entretanto González con voz meliflua. — ¿ No ve que es jugando?

Este nuevo episodio había tenido la virtud de tranquilizar a Basso chico, pero, por sobre el hombro de Mauricio seguía amenazando al pobre Matraca:

—¡Ya verás en Lomas, gringo de porquería! ¡Ya verás en Lomas lo que te va a pasar!

El último agredido bufaba, entretanto en su asiento, siempre sujeto por González, que le decía cariñosamente:

—¡Vaya, niño! cálmese. Prométame ser juicioso, quedarse quietito. Aquí todos somos amigos y nadie quiere hacerle "nana". Cálmese...

Y con voz mucho más dulce, agregó:

—¿No ve, niño, que tengo más fuerzas que usted? Estese quieto y no se mueva de su banco, que, sino, me va a obligar a romperle las narices de una trompada.

—Suélteme... Está bien. Contra la fuerza no hay resistencia... Pero... cuando la seca es larga, no hay matrero que no caiga! —refunfuñó el hombre. Y una vez libre se quedó tranquilo, aunque sus ojos centelleaban de rabia.

—¡Señores! —proclamó Basso el mayor, cuya pera rubia y cuyas funciones periodísticas (secretario de redacción de un diario inédito) daban cierto aire de autoridad:

—Me parece que basta de broma. Voto por que se declare una tregua para poder conversar tranquilamente.

—¡Sí, sí! —gritaron los más pacíficos; los demás acogieron la proposición con grandes gritos, aplausos, silbidos, aclamaciones. Aquello fué una batahola infernal.

Pero con todo hubo un momento de relativa calma que permitió reanudar las conversaciones particulares.

—¿Cómo se llama usted, señor? —preguntó amablemente la víctima de los pelotazos que se había dominado por fin, al impasible Antonino González.

—Pedro Valdivieso, amigo, para lo que guste mandar.

—Me había parecido oirlo nombrar Antonino...

—Es un sobrenombre, como el de Matraca. Pero, mire, señor —y dulcificó la voz —si es para armarme camorra, no tenemos más que bajar en la estación próxima, que allí le arreglaré las cuentas.

—¡Es lo que deseo! —dijo el otro. —Bajaremos en...

—En Banfield, sí, señor.

Llegaban precisamente a Banfield. El tren se detuvo. Muy comedido, González obligó a su adversario a pasar primero, y cuando estaba en el andén:

—¿Dónde quiere el niño que vamos? —preguntó con más dulzura que nunca.

—¡A donde quiera, maula!

—Entonces aquí no más, en un hueco que hay frente a la estación. Nadie nos incomodará. Esperemos a que pase el tren.

Los del vagón de segunda, interesados, sin darse cuenta exacta de la escena, miraban curiosamente por las ventanillas, interpelando a González.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué estás por hacer?

—¡Nada, no les haga caso, amigo!

Y echando a andar hizo que el otro, nuevamente enfurecido, lo acompañara, como si tratase de pasar por delante de la locomotora para apresurar el momento del combate a puñetazo limpio. El tren arrancó, los coches pasaban junto a ellos con relativa velocidad, y ya iba en plena marcha cuando los alcanzó el vagón de segunda, con todas las caras asomadas a las ventanillas.

—¡Amigo! Me llamo Antonino González y estoy en Lomas a sus órdenes. ¡Ahora estoy muy apurao!

Y saltando al estribo del vagón y saludando cómicamente con la mano desde allí, dejó al otro en el paroxismo de la rabia, en pleno andén, bajo la rechifla regocijada y estentórea de los muchachos agolpados a las ventanillas...

ROBERTO J. PAYRÓ.

Bruselas, Julio de 1914.

LA POESIA ES OBRA DE BIEN

Hay una gran desolación en todo...
Y quebrada de angustia la garganta,
Las horas van pasando de ese modo.
Yo siento que en la vida ya no canta
Ese buen regocijo de una era
Mejor, esa esperanza del futuro.
Y el grano que nutrió la sementera
Cae de la espiga sin estar maduro.

Poeta soy, soy una voz del Verbo!
Hoy débil y mañana poderosa...
El dulce amor con el dolor acerbo
Nacen en mí como se abre una rosa.
Carne de lucha y alma sensitiva,
Que en cada corazón y en cada cosa
Busca una luz en que su luz se aviva...
Yo soy de aquellos hombres soñadores
Que enlazan a los seres en hermanos
Con palabras que brotan como flores,
Y que siempre las dimos a dos manos.
Y mientras del afán en que se empeña
La humanidad queda un reguero largo
De injusticia y dolor, sobre el amargo
Mundo, sólo el poeta cuando sueña
Hace una obra de bien absoluto...
Y los que entenebrecen a la vida
Maduran un envenenado fruto,
Nutrido con la savia de una herida
Que no se cierra nunca. Y todo en vano!
Mas de la sangre de ese lodo humano,
En una purificación suprema:
Se alza la armonía del Poema
Como un árbol que brota de un pantano.

Vientos de guerra con voces de muerte...
El ángel formidable del rencor,
Quema los pueblos y la sangre vierte
Y caen los hombres a su alrededor.
Es como un alarido que se escucha,
Un jadeo titánico, una tromba
Que arrastra el paroxismo de la lucha
Y atruena el mar y en el campo rimbomba
Bárbaramente, desquiciantemente,
Como en un cataclismo del planeta...
Y en ese cuadro de furor demente
Con tintas de una trágica paleta,
Se quiere a la Verdad poner de escudo
Y a la Justicia por enseña sacra,
Y disfrazando un apetito rudo
Todo se vuelca y todo se masacra!...
Las testas coronadas siempre han sido
Para la humanidad un regio azote.
Y sobre el mar de sangre que han vertido
Su lúgubre bajel se tiene a flote.
Es la casta divina... Necesita
— Puntal terrestre — la espada y la cruz.
Y sobre el pueblo su bondad gravita
Como un yugo clavado en un testuz.
¿No hay que esperar del hombre que levante
La frente, ni coseche nuevos frutos,
Ni eleve al ideal nuevas banderas?
Ellos echan la fuerza por delante,
Y así los atraíllan como brutos
Para que se destrocen como fieras!

Yo pienso en el dolor de las esposas
Y de las madres en la enorme cuita.
¿En qué tierras, en qué ignoradas fosas
Duermen los restos que una manecita
Filial, nunca podrá cubrir de rosas?...

ERNESTO MARIO BARREDA.

LA POLITICA DE INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

EN LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS SUDAMERICANAS

MONROE — CANNING (1)

Con las dos invasiones inglesas, cuyo notorio fracaso como acción de guerra, antes de exacerbar el espíritu de los vencidos, alimentó más aún su curiosidad y su interés, como así mismo el de las clases dirigentes inglesas, por la tierra virgen y el esfuerzo heroico de los vencedores, puede decirse que las colonias hispanoamericanas, recién nacieron a la preocupación, al comentario y como era lógico a la codicia de las cortes de Europa.

Como un contrapeso a las ambiciones secretas al principio, y descaradas más tarde, cuando ya las colonias en plena revolución, la España agónica de Fernando VII no podía hacer otra cosa que seguir las inspiraciones de aquella *Alianza,* que por ironía se llamó *Santa,* y a cuya cabeza estaba Alejandro, de Rusia, con Austria, Prusia y Francia como satélites, como un con-

---

(1) Este artículo fué escrito hace algunos meses, en momentos que Mr. Roosevelt llegaba al país. No existía ninguna relación, entre su llegada y el artículo, pero tiene esa anterioridad y en este caso, su relativa vejez, como en el vino, constituye parte de su originalidad. Posteriormente el doctor Zeballos, en la recepción que se le dió a Mr. Roosevelt en la Universidad de Buenos Aires, tuvo ocasión de exclamar, dirigiéndose al doctor Anchorena: "Señor Intendente: la calle Canning, debiera llamarse calle Monroe". Esas palabras, casi resumen este trabajo, que no tiene más importancia que el de una labor de paciencia para destruir un error.

El artículo, anterior a esas palabras, debió de haber salido en *La Nación,* al otro día de pronunciadas, casi como corroborándolas. Circunstancias de cualquier índole, impidieron su publicación. Dormido en una carpeta, lo hago despertar, en momentos que Mr. Leo S. Rowe, presidente de la Universidad de Pensylvania, ha sustentado idénticas ideas en la Universidad de La Plata.

trapeso, decimos, aparecen las dos políticas cuyo reflejo sobre la vida de las colonias es el motivo de este artículo.

La política de Inglaterra y la política de los Estados Unidos! Basada la una en las franquicias comerciales que el monopolio español le negó, la derrota aparente de sus soldados cimentó el comienzo de su política eterna: mercados para sus productos. Y como éstos no se obtienen sino con la libertad del comercio, la libertad de las colonias ha de ser el objetivo de todos sus afanes. Y tan es así, que no habían de pasar tres años, que con el propósito de entonces, pero con una táctica distinta, preparó el ambiente que produjera aquel clamor angustioso de la *Representación de los Hacendados* y su corolario: la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio inglés.

A mantener la situación que comienza con el primer grito de la independencia argentina y a no dejar que por ninguna causa se abrogue, la política de los ministerios ingleses, variará en los medios, pero no olvidará nunca el motivo esencial a que hemos aludido.

Si los mismos intereses debieron de primar en la política de los Estados Unidos, aunque sumamente atenuados en lo que respecta a su comercio exterior, pues sus progresos industriales de entonces no eran los de hoy, y fuera de su simpatía inmanente por movimientos a los que ellos debían el origen de su nacionalidad, intereses más vitales aunaron su simpatía al destino de las por entonces nacientes repúblicas americanas. El interés de su propia conservación, el evitar que influencias superiores a las suyas doblaran el fiel de los platillos de este lado del Atlántico y lo doblaran en tal forma, que peligrara no ya su influencia como gran nación, sino su misma vida como país independiente.

De ahí esa atención sobre la suerte de las colonias, atención que no decayó un solo instante y que está en una forma gráfica, en los mensajes de sus presidentes y en las discusiones de su parlamento. De ahí ese grito que en su oportunidad y cuando realmente se sintió en peligro, lanzó al mundo con su "América para los americanos". De lo que este grito encerraba como amenaza y como alarma para los que no quisieran escucharlo, está el silencio unánime con que fué recibido, ese silencio entre cobarde e hipócrita que fué la más pública y resonante de sus sanciones.

Una de las pruebas del espíritu que animaba a los Estados

Unidos hacia las colonias del Sur, era la apertura de sus puertos para los buques sudamericanos, sin previa declaración de derechos beligerantes en favor de las colonias insurgentes; declaración hecha más tarde por el presidente Monroe en sus mensajes anuales de 1817 y 1818 y en su mensaje especial de 8 de Marzo de 1822.

Desde los comienzos de la lucha aparece el venezolano Miranda mereciendo todos los respetos de Hamilton y Jefferson. En su mensaje de 5 de Noviembre de 1811, el presidente Mádison, decía: "Al contemplar las escenas que distinguen esta época memorable y estimar sus títulos a nuestra atención, es imposible pasar de largo las que se desarrollan entre las grandes comunidades que ocupan la porción sur de nuestro hemisferio y se extienden en nuestra vecindad".

Este va a ser, más o menos, en lo que respecta al interés y la curiosidad por nuestros destinos políticos, el tono de todos los mensajes anuales de los presidentes norteamericanos. Y he transcripto este párrafo, para que se vea cómo después de un año de iniciada la lucha en casi todas ellas, ésta era seguida por las clases dirigentes de los Estados Unidos, en la forma en que da cuenta este pequeño párrafo mucho más extenso en el original.

Ya con anterioridad y motivado por los inconvenientes que desde 1807 se le presentaban al comercio norteamericano en Buenos Aires, el secretario de Estado, Smith, designó a Joel Robert Poinsett, para que informara al gobierno de la Unión, acerca de los acontecimientos políticos y comerciales de las colonias, como así mismo para intérprete en ellas, de la atención y el entusiasmo con que aquel gobierno seguía los comienzos de sus movimientos emancipadores.

Las instrucciones que se le dieron al "agente de marineros y comercio en el puerto de Buenos Aires", título que encubría su misión casi oficial, tienen la fecha del 28 de Junio de 1810, y con fecha 30 de Abril de 1811, el secretario de Estado, Monroe, acusaba recibo de las informaciones de Poinsett.

Debieron ser sumamente halagadoras, cuando a éste se le designó cónsul general en Buenos Aires y los puertos inferiores del Río de la Plata. Igualmente para Venezuela salió en el mismo carácter William R. Lowy, pero esta representación no tuvo efecto ante la reconquista de aquel país por el ejército de Morillo.

En cambio, en Buenos Aires, la representación norteamericana,

ya sea en una forma confidencial, por medio de agentes acreditados como Poinsett, o después del reconocimiento de la Independencia por medio de sus ministros, en Marzo del año 1822, aquella se ha seguido sin interrupción.

Cuando la mencionada expedición de Morillo se estaba preparando en Cádiz y la suerte de nuestra revolución en 1814 era bastante incierta, Rivadavia con Belgrano y Sarratea, fueron comisionados a Europa para detener con negociaciones de cualquier índole la salida del ejército de Morillo. Ya la historia se ha pronunciado sobre esta zarandeada misión. La intervención de Inglaterra, en la que se tenía mucha fe, quedó ahogada con el resurgimiento de Napoleón escapado de la isla de Elba. Y desviada en esta forma, la misión que en parte ha contribuido a la maledicencia histórica sobre aquellos personajes, la misión tomó un giro distinto e ineficaz.

Los Estados Unidos habían recibido igualmente agentes confidenciales de las colonias sublevadas. En lo que atañe a nuestro país, es recién en el año 1816 que se acreditó, sin un carácter público especial, a don Martín Thompson, ante el gobierno de Wáshington. Poca cosa sabemos acerca de esta misión, a no ser el anuncio hecho al gobierno norteamericano de la próxima declaración de la Independencia, según lo declaraba la carta credencial del director Pueyrredón. Es en este mismo año de 1816 que la cuestión del reconocimiento de las colonias empezó a agitar el espíritu de algunos hombres representativos del Norte.

Los descalabros que los patriotas americanos habían sufrido en la casi mayoría de sus países, a excepción de Buenos Aires, hacían prematuro el acto del reconocimiento, el que por otra parte violaba la estricta neutralidad que el gobierno de la Unión quería observar respecto del gobierno español.

Ya el ministro de esta corte en Wáshington, había hecho terminantes protestas, respecto a la admisión de buques con bandera de las colonias rebeldes, en los puertos de la Unión. Pero este gobierno no creyó que su neutralidad pudiera ser sospechosa, desde el momento que otorgaba los mismos derechos a los barcos españoles, sancionando más tarde, según dice Pastou, que "servicios en favor de gobiernos no reconocidos, no eran violatorios de la neutralidad en el concepto de la ley".

Sin embargo, en Enero de 1817, tuvo lugar en la Cámara de Representantes, una discusión cuya importancia estriba en la

presencia del representante por Kentucky, Henyblay, a la sazón presidente de la Cámara. Se trataba de la sanción de un proyecto de ley para fortalecer la neutralidad de los Estados Unidos, motivado por las incidencias a que habían dado lugar las repetidas protestas del ministro español en Wáshington, acusando públicamente a este gobierno de violarla en favor de las colonias sudamericanas. Este proyecto iba favorablemente informado por Forsyth, y sus impugnadores fueron Root y Clay.

Root consideraba denigrante para los Estados Unidos reformar una ley que redundaba en favor de España, cuando esto no se había hecho en obsequio del gobierno británico. Y sobre todo prefería la amistad de las colonias a la amistad de España. En cuanto a Clay, tendió a desvanecer el concepto erróneo que se tenía acerca de la capacidad política de las colonias. Y sus palabras, elocuentes y sinceras, le hacen acreedor a través de los años a nuestro reconocimiento, y le dan la primacía que merecen en el cariño y la gratitud de los sudamericanos. A pesar de Root y de Clay, el proyecto fué aceptado por 86 votos contra 62. Pero con la noticia de la declaración de la Independencia Argentina en 9 de Julio de 1816, noticia ampliamente comentada por la prensa norteamericana, y la de las victorias de San Martín en Chile, en Abril de 1817, el presidente decidió enviar una comisión compuesta por César A. Rodney, John Graham, Theodorick Bland y H. U. Brackenridge, "para que se trasladaran al Río de la Plata y pudieran informarlo de las condiciones que prevalecían en aquellas repúblicas".

Al comenzar el año 1818, volvió nuevamente en la prensa, como en el cuerpo legislativo, a agitarse la cuestión del reconocimiento de las colonias. Parece que Clay aspiraba a suceder a Monroe en la presidencia y había ambicionado el cargo de secretario de Estado. Cuando este cargo le fué ofrecido a Adams, su resentimiento de una parte y su simpatía por la causa americana, de otra, lo impulsaron a adoptar una actitud de oposición al gobierno por "el descuido con que éste contemplaba la causa de las colonias". Uno de los amigos de Clay en el Congreso, pidió al gobierno la documentación relativa a estos asuntos hasta el 5 de Diciembre de 1817. En la nota con que el secretario Adams, remitía a la Cámara la documentación pedida, se ocupaba de la misión del argentino don Manuel H. de Aguirre, que según Adams, "no traía patente de ministro público de ningún rango,

ni estaba provisto de plenos poderes para negociar como tal". Estas y otras circunstancias se oponían, a su criterio, al reconocimiento que se pedía. De la abundancia de la documentación se desprendía de que el gobierno norteamericano estaba enterado de la marcha favorable de la revolución en casi todas las colonias. El mismo día que la nota de Adams era enviada al Congreso, Henry Clay pronunció uno de sus más admirables discursos, proponiendo se votaran 18.000 dólares para los gastos durante un año de un ministro americano en Buenos Aires. No entra en los límites de este artículo, comentar la pieza oratoria aludida, en la forma honrosa que se merece y la satisfacción patriótica que comporta, ver cómo la palabra y el aliento de un hombre sincero, sin otro interés que el de la libertad de las colonias, influyeron y apresuraron el reconocimiento de la independencia argentina. En esta sesión, que duró del 25 al 27 de Marzo de 1818, Clay leyó en la Cámara el texto de nuestra declaratoria, se ocupó de la situación de los ejércitos y de los triunfos de San Martín, como es natural, y sobre todo, de la independencia de hecho, en que vivía Buenos Aires desde el año 10. En efecto, a partir de esa fecha, con buena o mala estrella para los soldados patriotas, los soldados españoles perdieron para siempre el gobierno político de lo que fué desde entonces el actual territorio argentino. Todo lo cual robustecía su proyecto, de la oportunidad del reconocimiento y del nombramiento de un ministro. No obstante, el proyecto fué rechazado por 115 votos contra 45.

En su mensaje de Noviembre de 1818, acompañando el informe de la comisión de que hemos hablado en líneas anteriores, el presidente Monroe se ocupaba del espíritu que suponía debía animar un Congreso que dos meses antes debiera haberse reunido en Aix la Chapelle. Este Congreso tenía su origen en una nota inspirada por España y dirigida a los poderes coaligados de la Santa Alianza, pidiéndoles su mediación, entre ella y las antiguas colonias sudamericanas, casi todas independientes en esa fecha. Dice Monroe: "De la política general y curso de procedimientos observados por los poderes aliados, respecto a este conflicto, se infiere que ellos limitarán su intervención, a la expresión de sus sentimientos, *absteniéndose de la aplicación de la fuerza*".

Esto de la aplicación de la fuerza, de parte de algunas de las naciones de Europa, para restituirle a España sus colonias, va a ser en adelante, la preocupación diplomática a la que le dedica-

rán todos sus esfuerzos los hombres dirigentes de la Unión.

En el mensaje de 7 de Diciembre de 1819, ya la actitud de los Estados Unidos parece deslindarse en lo que respecta al reconocimiento de las colonias. No teme, por otra parte, romper la neutralidad al manifestarlo y decir que: "Estos sentimientos de parte de los Estados Unidos, no han sido ocultados a otros poderes con los cuales es deseable actuar de acuerdo". El tiempo transcurrido y la distancia, alejan cada día a España de la posesión de su reino perdido y en este concepto, la situación de los Estados Unidos respecto de las colonias, tiene que ser algo más que la de un espectador impasible.

La actitud franca de este mensaje, está ampliamente justificada por la participación que se le hizo de estas ideas al gobierno inglés por medio del ministro norteamericano en Londres, Mr. Rusch.

El acuerdo que los Estados Unidos solicitaban, era bajo la base exclusiva de la Independencia de las colonias. "Esta era — dice Mr. Rusch — comunicando a su gobierno su conversación con Lord Castlereagh — la determinación adoptada por mi gobierno después de meditarla mucho y estaba obligado a comunicarla con toda franqueza. "El lord inglés, si admitía que el comercio de las colonias debiera ser libre para el resto del mundo, expresaba la opinión de que la lucha debería terminarse sin detrimento para la supremacia política de la madre patria". Fácilmente se comprende el alcance de esta respuesta; la supremacía política sin ningún detrimento para España, si no era la vuelta al yugo abolido en las colonias rebeldes, pues Inglaterra impondría condiciones poniendo a salvo *su* imperio comercial, del viejo monopolio español, se le parecía en lo demás, es decir, en el retorno dulcificado de la codicia española. Esta discrepancia de pareceres, va a traer un acuerdo, en lo esencial, que es la independencia, con el advenimiento de Mr. Canning.

Pero para ese entonces, los Estados Unidos habrán dado el primer paso. A mediados de 1820, el gobierno norteamericano envió a Colombia a Mr. Charles S. Tood, con el mismo título de "Agente de marineros y de comercio" con que acreditó a su primer enviado Poinsett en Buenos Aires y en Junio de 1820, era enviado a ésta en representación del mismo gobierno John M. Torbes.

Ambos llevaban instrucciones, "a no estar autorizados para

tratar el asunto", de exigírseles el reconocimiento de los países para los que iban acreditados.

Esta contradicción entre la política de los mensajes presidenciales y las conversaciones diplomáticas con el primer ministro inglés, era sin duda debido a las vacilaciones consiguientes de los Estados Unidos, al dar un paso de tanta trascendencia para las cancillerías europeas, ocupadas precisamente en buscar la manera de devolverle a España sus ex-colonias. Torbes fué espectador en Buenos Aires, de dos acontecimientos que traducidos en informes a su gobierno, debieron producir la mejor impresión por las determinaciones que provocaron.

Esos acontecimientos fueron: la exaltación al gobierno de don Martín Rodríguez, con sus ministros Rivadavia y García y la noticia de la caída de Lima en manos de San Martín. En esos momentos, Bolívar vencedor en Carabobo, auspiciaba el Congreso de Cúcuta, donde se proclamaba la unión de Venezuela y Nueva Granada. En Méjico, el general español O'Donojon, — aunque desmentido por Fernando VII, concluía un tratado de paz sobre la base de la independencia de ese país.

El 3 de Diciembre de 1821, un mensaje de Monroe, se hacía eco de esta situación y aconsejaba al gobierno de España pusiera término a esta contienda.

Por una comunicación del Congreso, con fecha 30 de Enero de 1822, éste pidió al Poder Ejecutivo, enviara las comunicaciones, que por medio de sus agentes obraran en su poder, de las colonias cuya independencia hubiese sido declarada con anterioridad.

Con la remisión de los documentos pedidos, el 8 de Marzo de 1822, el presidente aconsejó el reconocimiento definitivo de la independencia de las colonias sudamericanas.

El 19 de Marzo de ese mismo año, la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes, expidió su dictamen favorable al mensaje del presidente Monroe, "sosteniendo que las naciones extranjeras no tenían el derecho de inquirir quien era el legítimo soberano de un país, sino cuáles eran los poderes existentes en él y competentes para tratar con dichas naciones". A los nueve días de esta resolución, fué votada en la Cámara con un voto en contra.

Por la misma resolución, se autorizaba al Ejecutivo a la inversión de cien mil dólares para darle carácter de efectividad.

Hasta aquí, lo que concierne a la política de los Estados Uni-

dos, antes del reconocimiento de la independencia de las colonias. Vamos a analizar ahora su acción posterior, que por las circunstancias que la rodean, es la que ha hecho inmortal el nombre de uno de sus presidentes y de la doctrina que originó.

El nombre de George Canning, primer ministro inglés en esta fecha, está asociado a la independencia de las colonias en una forma que, según el historiador argentino, Vicente Fidel López, gran autoridad en la materia, debe llamársele el padre de la independencia sudamericana. Sin embargo, después de los minuciosos antecedentes que hemos expuesto, demostrando la acción de los Estados Unidos en esta emergencia, este elogio nos parece injustificado y sin razón. Lo mismo que el doctor López han creído Alberdi, Mitre y toda aquella generación de espíritus superiores, en los que sólo la falta de una documentación amplia y detenida les hizo autorizar con el prestigio de sus nombres una leyenda que ya es conveniente que desaparezca. Fué el doctor García Merou, el que durante el tiempo que representó a nuestro país en Wáshington, desenterró los materiales de los que me he limitado a hacer un análisis, con el deseo de que nuestra juventud no siga creyendo en un error y con el comentario que el doctor García Merou no podía hacer por impedírselo su carácter diplomático. Su libro, es simplemente compilación escueta, ya de mensajes presidenciales, ya de notas diplomáticas, que sacadas de los archivos de la Unión completaban esa parte curiosa de nuestra historia más que argentina, americana. Tiene este trabajo, pues, el mérito de un hallazgo y el poder demostrar así, en una forma documentada y terminante, la inconsistencia de un episodio cuya vida estaba ligada únicamente a la autoridad de los hombres que nos lo legaron.

Dije que el elogio hecho por el doctor López a Canning era injustificado y sin razón. Elogio injustificado, por supuesto, en lo que concierne a su participación en pro de la independencia de las colonias americanas porque sus talentos como estadista, que parece que los tuvo, no están en discusión.

Los Estados Unidos reconocieron la independencia de las colonias el 8 de Marzo de 1822 y recién el 20 de Agosto de 1823 George Canning aparece realmente en escena, tomando parte en el drama cuyo principal papel se le quiere hacer desempeñar.

En esta fecha se dirigió al ministro norteamericano en Londres Mr. Rusch, proponiéndole una acción conjunta entre su gobierno

y el suyo, para evitar una probable intervención europea en las colonias sudamericanas. La contestación de este gobierno fué categórica: "No entrar en arreglos de ninguna naturaleza mientras Inglaterra no se decidiera a reconocer la independencia de las colonias".

Dice Suw, citado por García Merou: "Mr. Canning estaba dispuesto a ver a los hispanoamericanos de nuevo sometidos al dominio de España, si esto podía realizarse por los esfuerzos de España misma". Y era la verdad. Ahí están las notas de Rusch y las proposiciones que a nombre de su gobierno hizo y las evasivas de Canning. Tan es así, que después de la aparición del célebre mensaje de Monroe del 2 de Diciembre de 1823, donde consideraba toda intervención europea en las repúblicas americanas, que Estados Unidos había ya reconocido, como un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos, Canning dijo: "que no podía reconocer el derecho de ninguna potencia para proclamar aquel principio y mucho menos para obligar a aquel país a observarlo". ¿Cuál es entonces la obra de Mr. Canning?

Lo que a Canning le dolía no era la servidumbre americana, sino el influjo que obtendría el país que obtuviera parte en su reparto. Tal vez con razón pensaba Canning, que de intervenir las potencias aliadas, las colonias serían para cualquiera, para todas, menos para la damnificada, la que por otra parte desde tiempo atrás carecía de los medios materiales de hacer valer sus derechos. Y esto en Europa es decisivo... No es una broma lo de que el lobo grande se come al chico. Por eso Canning combatió la intromisión europea en Sud América, lógico con la política de su gobierno, pero en ninguna forma con el papel que nuestros hombres públicos le han querido hacer observar. De la política de Canning, a la protesta de Estados Unidos para la no intervención de Europa en Sud América, hay la distancia que se encierra en esas dos palabras, lo que va de una más o menos hábil política a una franca y abierta protesta.

El 2 de Julio de 1824 el gobierno inglés resolvió reconocer a las Provincias Unidas del Río de la Plata, vale decir cuando el grito de Monroe, eco de muchas voces que no eran únicamente la suya, hubiera hecho imposible, sin un previo conflicto con los Estados Unidos, cualquier amago europeo en los pueblos sudamericanos.

JORGE WALTER PERKINS.

EN LA PLAYA

Horas de encanto junto al mar amigo!
El cielo me deslumbra, el agua truena...
¡Vagar, soñar, *a solas, sin testigo,*
Hollando el oro tibio de la arena!

Allá, sobre el granítico resalto,
El iris enarcó sus aureolas,
Y precipita al pie su eterno asalto
La cabalgata blanca de las olas...

Horas intensas junto al mar sublime!
¿Qué pienso? No lo sé. Todo es tan puro...
Pero algo siento que se tuerce y gime
Allá en el fondo de mi ensueño oscuro...

Y habla una voz, y dolorosa, interna:
—"Oye tus pasos resonar profanos:
Estás aquí con la Belleza eterna
Que nunca, nunca apresarán tus manos!"

CARLOS OBLIGADO.

LA SOLTERONA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE PEDRO E. PICO

(Estrenada el 21 de Agosto de 1914 en el Teatro Apolo)

ACTO TERCERO

En casa de Amalia. Cuarto pequeño y sencillo. Al foro gran ventana con vistas al patio. Puertas derecha e izquierda. Una mesa, un pequeño anaquel, máquina de coser y sillas. — Atardece.

Amalia dobladilla pañales en la máquina, y al compás de ésta tararea un valse vienés cualquiera, de esos que están ahora en todos los oídos.

Amalia. — *(De pronto.)* ¡Ay, es verdad! Me olvido de la enferma. *(Pausa. Se pone de pie, consulta el reloj que está sobre la mesa y vuelve a la máquina. María Luisa, por derecha.)* ¿Se oye mucho el ruído de la máquina?

María Luisa. — No. Teniendo cuidado con la puerta...

Amalia. — ¿Duerme?

María Luisa. — Parece que sí.

Amalia. — ¿Y el nene?

María Luisa. — Se hermosea por minutos. Voy por leche. ¿Tienes monedas?

Amalia. — Ahí, sobre la mesa. Pero deja, iré yo.

María Luisa. — No faltaba más. Demasiado has hecho y haces por esa infeliz. ¡Qué hubiera sido de ella sin tu ayuda y sin tu compañía!

Amalia. — Puedes mandar a algún chico del patio. Son muy serviciales.

Ver los actos 1.° y 2.° en el número anterior.

María Luisa. — Otra de las ventajas de tu casa.

Amalia. — Ya ves. *(Mutis izquierda María Luisa. Amalia corre hacia ella.)* Cierra con suavidad. Justo. Es que se corre solo el pasador. *(De regreso llega hasta la habitación de la derecha, y luego hasta la ventana que abre.)* Buenas tardes, señora. Sí; mucho mejor. Gracias. Sí, en este momento solita. *(Vuelve a cerrar. Por izquierda Enrique.)*

Enrique. — Buenas.

Amalia. — ¡Por fin! ¿Lo vió?

Enrique. — ¿Y entonces? Pero la he caminado ferozmente. Del escritorio a su casa, de su casa al club, del club al escritorio Al cabo lo encontré en lo de Monti en compañía de un suisé bastante loro. ¡Gran batata del tipo! Me oyó todo cuanto quise decirle. Vea, amigo: yo pensaba no transigir; pero mi hermana, su víctima, ocultó su vergüenza en otro cotorro... y ojos que no ven, corazón que no siente. Mi casa como boliche en día de elecciones; el viejo con la cara larga; la vieja llorando por los rincones todos los días y a todas horas; María Luisa en disposición de subscribirse a *La Cruz* y *La hojita del hogar.*

Amalia. — Al grano.

Enrique. — Al grano, dijo, y se lo tocaba. Un buen día salí de esta casa bastante cabrero, y sin saber por qué. Posiblemente andaba sin cigarrillos, ¿no? Llegué a la casa de mi hermana y... ya teníamos el regalito de París.

Amalia. — ¿Pero me cuenta a mí?

Enrique. — Para que aprecie la situación. Porque yo he debido ir con un revólver y me he presentado con un argumento. Y es que uno cambia sin querer. Yo pienso ahora cosas que antes no pensaba ni se me ocurrían.

Amalia. — Tengamos paciencia.

Enrique. — Bueno. Usted sabe cómo salí de esta casa aquella noche. Anduve vagando por ahí hasta dar con una banda de música instalada frente a un comité. Hijos del pueblo... Hablaban de eso. Casualidad, ¿no? El amor sin frailes ni registro civil... y ¡qué sé yo! A otra cosa. Di con una borrachería, y después de empinar algunas copas, me acordé que andaba águila. ¡Pito y cana! En el calabozo patié y grité como un loco. Un cuchicheo que llegaba desde el patio me hizo callar. Apliqué el oído. Era el sargento diciéndole amores a una turra sin libreta. ¡Lindo cuadro! Por la azotea el pendant: dos gatos arrullándose

también sin permiso. Al rato me quedé dormido. Soñé que una punta de mujeres me querían sin interés... y yo pasao, completamente pasao con todas... ¡Viera el escándalo que me armaron los maridos, padres, hermanos y la purretada, legión de canillitas, gritándome papá entre un "Diario" y una "Razón" quinta! Como tenía un duelo a las siete de la mañana, me desperté. Cabo: ¡con todo! A la calle. Día de sol y de cielo azul. Todas las mucamas en las puertas y las cocineras en la calle, junto a los carritos de verdura. Algunas volvían del mercado con pasito ligero. Un brazo blanco y desnudo empujaba una ventana; en un balcón, una rubia inclinada hacia la calle, tapándose con las manos la abertura del matiné medio desprendido. Y sería el vino, o la conferencia, o la canasta, o todo junto; pero yo pensé entonces que a todos nos gusta la papa dulce, que yo tenía una viga en el ojo, que Roberto, hasta cierto punto, tiene razón, Raquel tiene disculpa y... Montevideo tiene su cerro..

Amalia. — En definitiva...

Enrique. — Promesas: que no piensa abandonarla, que el pibe merecerá todo su apoyo, y que una vez explorados y calmados los ánimos, vendrá a verla.

Amalia. — ¿Aquí?

Enrique. — ¿Dónde sino? Total: nos despedimos como amigos y hasta me prometió un puesto de pagador en las carreras. Veinte por reunión. Ahora, encárguese usted de preparar y proponer la entrevista. Yo no tengo política para eso. ¿He cumplido?

Amalia. — El tiempo dirá. Yo esperaba resultados más inmediatos.

Enrique. — *(Después de una breve pausa.)* Bueno, y ¿cómo andamos de níquel?

Amalia. — En las últimas.

Enrique. — Tome entonces... *(Le da un billete.)* No tengo más. No piense que son de...

Amalia. — Pienso que aquí hace mucha falta, nada más.

Enrique. — ¿No han venido los viejos?

Amalia. — No.

Enrique. — Yo he predicado bastante; pero, es claro, sin autoridad. La pobre vieja está ya con el alma junto a la enferma. La expresión y el silencio de mi padre la contienen. Cuando una idea está muchos años en la cabeza...

Amalia. — Al fin cederán. Puede mucho el cariño.

Enrique. — ¿Ha visto? Yo... yo no sería tan malo si... ¿Me acepta esta flor?

Amalia. — ¿Por qué no?

Enrique. — ¡Y se la pone! Voy a hacer de cuenta que soy yo quien me estoy ahí quietecito, portándome bien para no hacerla daño.

Amalia. — Ya es hora de sentar la cabeza.

Enrique. — ¿Usted quiere?

Amalia. — ¡Comparto el deseo de todos los suyos!

Enrique. — Este... ¡Y es tan lindo ser bueno!

Amalia. — Y tan fácil.

Enrique. — De veras. Este... *(Con rabia por su propia timidez.)* ¡Tuviera guitarra para cantar! Voy a ver a Raquel. *(Mutis derecha.)*

(Amalia queda pensativa. Luego lanza un suspiro y vuelve a los dobladillos. A poco María Luisa, Enriqueta, Pepita y Laura. Antes de aparecer se siente la charla precipitada de Pepita.)

Pepita. — *(Adentro.)* Será riquísimo, por supuesto. Como la madre. ¿Cuándo ha sido? Pero, qué cosa, ¿no? *(Entra delante de todas. A Amalia.)* ¿Cómo te va?

Enriqueta. — ¡Querida!

Laura. — Luego me tratarás de ingrata.

Pepita. — No íbamos a venir porque ya es algo tarde.

Laura. — Yo las animé.

Pepita. — Por otra parte, el acontecimiento justifica nuestra prisa. *(Examinando la habitación.)* Y estás muy bien aquí. Podrás soñar todas aquellas cosas de que hablábamos en el taller. Si esta ventana diera a la calle... ¡completo!

(Llaman hacia la izquierda. Sale Amalia.)

Amalia. — Con permiso.

Enriqueta. — Nosotras supimos la noticia esta tarde.

Pepita. — Yo me quedé muda de sorpresa.

Laura. — Siempre se exagera.

(Por izquierda Amalia y Don Andrés.)

Amalia. — Pues hace un ratito...

Don Andrés. — Es casual...

Pepita. — ¡Don Andrés!

Enriqueta. — ¡Qué coincidencia ¿no?

(Habla en voz baja y maliciosamente con Laura.)

Don Andrés. — Eso venía diciéndole a... *(A María Luisa.)* Señorita.

María Luisa. — Tome asiento, señor.

Don Andrés. — Gracias. Madame me pide de transmitir sus excusas. No es muy buena tampoco...

Amalia. — ¿Qué tiene Madame?

Don Andrés. — Jaqueca, dolores a la nuca, opresión al pecho. Jaqueca, pues.

Enriqueta. — Imagina la causa.

Amalia. — Ya.

Pepita. — ¿Y el nene? ¿Dónde está el nene? ¡Yo quiero ver al nene! Pero quién iba a decir... ¿Recuerdan la mañana que le llamé feo y antipático? Me refiero al padre... ¿Recuerdan? Parece que fué ayer...

María Luisa. — Con permiso de ustedes. Creo que me llama. *(Mutis derecha.)*

Enriqueta. — ¿Y cuándo fué?

Amalia. — Anteanoche. ¡No quieran saber mi susto! Sola aquí, sin saber qué hacer, ni a quién acudir.

Pepita. — ¡Un nene! ¡Raquel, un nene! ¡Si parece un sueño!

Don Andrés. — Un hijo siempre es un sueño, porque es el porvenir. El porvenir que sonríe hasta en el llanto por medio de una boquita húmeda y roja. Algo indefinido al principio; líneas redondas, suaves, sin carácter. Luego se concreta, brota el músculo, se endurecen las piernas, la cabecita mantiénese firme, el cabello se ensortija... Hasta que el chicuelo habla, y al hablar miente, y al mentir, el futuro, la esperanza que empezaba a concretarse se... difumina una otra vez.

Pepita. — El hombre tiene una enorme práctica, como buen francés.

Don Andrés. — ¿Y eso?

Pepita. — ¿No dicen que los traen de París?

Don Andrés. — A todas partes se cuecen habas, como dicen. *(Risas.)*

Pepita. — Como... iba a decir un disparate. Me callo

Enriqueta. — Pues yo voy a ver el francesito.

Laura. — Y yo.

Amalia. — Vamos. *(Medio mutis.)* ¿Y tú?

Pepita. — En seguida. *(Mutis derecha, Amalia, Enriqueta y Laura.)* Antes tengo que arreglar una cuenta con este señor.

Don Andrés. — ¡Bah, bah! ¡Escena tenemos!

Pepita. — Es que no sabes disimular, que me comprometes. Podías haber esperado un poco más...

Don Andrés. — Pero...

Pepita. — Pero, pero... Todo el mundo se está enterando.

Don Andrés. — No digas tonteras, chiquilla. Tú eres la primera a darlo a entender. Andrés por aquí, Andrés por allá; me haces chirigotas, me dones golpecitos delante de tus compañeras, me pones en apuro a presencia de Madame; me sacas las moneditas del bolsillo; traes todos los días una pilcha nueva, como dicen, sobre el cuerpo, y por último, te empeñas en venir conmigo aquí, a esta casa honrada.

Pepita. — Donde se halla ahora la que tú pretendiste deshonrar.

Don Andrés. — Bien, aquello pasó. Fué un camote, como dicen. Tú lo sabes, chiquilla.

Pepita. — Porque no lo sé quiero probarte.

Don Andrés. — Mira, mira, chiquilla: tú no me pasas; tú quieres algo... Tú tienes ese método: cosa que deseas, escena que preparas. Y no creas, chiquilla: el sistema es falible. Yo quiero vivir tranquilo. Para guerra, bastante tengo a casa con Madame.

Pepita. — Y como con ella no te atreves, reservas todas tus energías para mí.

Don Andrés. — Justo. Allí hay dinero, allí hay prudencia; aquí no hay prudencia, pero hay dinero. El orden de los factores no altera la cosa, como dicen...

Pepita. — Pero entonces, ¿quién soy yo? ¿Por quién me tomas?

Don Andrés. — ¡Tú eres una chiquilla muy mona, muy apetecible, muy cosa papa!, como dicen; pero algo, algo... locatelli, como dicen también. El amor hay que tomarlo con tranquilidad. Yo te gusto o yo te conviene; tú me gustas. Se habla, se pasea, se gasta el dinero de Madame lo mejor que se puede, y cuando se concluye, tú te vas por allá, yo me voy por acá. El amor con todas sus prerrogativas y ninguno de sus inconvenientes. ¿Comprendes chiquilla?

Pepita. — Eso es muy discutible.

Don Andrés. — Por lo demás hoy no ha sido posible acercarse

a la caja. Tú has visto. Mañana es otro día. Sacrifica esta noche. Permite que haga el chancho rengo, como dicen, con Madame... ¿Quieres?

Pepita. — ¿Mañana sin falta?

Don Andrés. — Sin falta. ¿Eres contenta?

Pepita. — ¡Hum! Regular, regular.

Don Andrés. — *(Acariciándola.)* ¡Chiquilla, chiquilla! Esta cabeza está a pájaros; pero a mí me encanta, me atrae, me hace ir al despeñadero... Aquí... aquí está un auto de quiebra, la liquidación forzosa del negocio; pero mientras tanto... ¡viva la Pepa!

Pepita. — Como dicen. *(Risas.)*

Don Andrés. — ¡Y la gran canalla se burla todavía! ¿Me quieres?

Pepita. — ¿Sabes que no se me ha ocurrido pensarlo?

(En la puerta de la derecha, Enriqueta, Laura y Amalia. Enriqueta trae en brazos al nene.)

Enriqueta. — ¡Aquí está el hombre!

Pepita. — ¡A ver, a ver! ¡Ay qué rico! ¡Igualito al padre!

Amalia. — Verdad que sí.

(La escena se desarrolla frente a la puerta de la derecha, de modo que apenas se vea el chiquillo.)

Pepita. — Déjamelo. Pero, ¡qué lindo y qué grandote! ¡Ay, ay que llora!

Enriqueta. — Trae, trae.

Laura. — Conmigo.

Don Andrés. — He ahí tu destino, mocoso: andar de brazo en brazo de mujeres y en todos mal... hoy y siempre. Sin embargo, por el momento tienes la suerte, la inapreciable dicha de carecer de eso que se llama bolsillo. Puedes creer entonces a muchas cosas.

Pepita. — Menos en los años de Madame.

Don Andrés. — Venga para acá el hombrecito. *(Lo toma.)* ¿Ustedes ven? ¡Callado! Comprende que al fin está en buenas manos. ¿Qué dice, amigo? ¿Qué cuenta? ¿Cómo encuentra este valle de lágrimas? Usted se lo imaginaba al revés, ¿no es eso? Pues es así, al revés de ese revés. Usted creía ser saludado con caras alegres y corazones satisfechos, y ahí tiene: lágrimas, prejuicios, tonterías...

Laura. — Empezaron las filosofías.

Don Andrés. — Ah mocoso, lindo mocoso de carnecita blanca, que tienes toda tu felicidad al pecho de tu madre: yo te compadezco, mocoso. Te has presentado a este mundo sin permisión del cura ni del código; y los hombres hacemos pagar muy caro esta descortesía. Los hombres te han colocado ya en una categoría deplacé, para recordártela siempre a todas partes, a todo momento. Tendrás un escollo más a tu carrera, por si eran pocos. Y si alguna vez te indignas, si te sublevas contra esa lógica absurda, podrán llamarte alguna cosa que además de ser muy fea es también verdad. Así están los valores. Lo dicho, mocoso: cuenta con mi compasión. *(Lo entrega.)*

Amalia. — El diablo metido a predicador.

Don Andrés. — Justamente. Sólo el diablo puede predicar con eficacia. En el concepto de ustedes todos los grandes hombres serían sinvergüenzas, desahogados, como dicen...

Enriqueta. — Como usted... sabe.

Don Andrés. — Sólo que cuando son grandes, cuando todo el mundo se entera de que son grandes — ¡miserable privilegio! — todo el mundo se olvida también de que han sido sirvergüenzas.

Enriqueta. — ¡Por dónde vamos a declararlo a usted prócer!

Pepita. — ¡Vivan los sinvergüenzas!

Laura. — ¡Vivan!

Don Andrés. — ¡Y adelante con los faroles!

Pepita. — Como dicen.

Don Andrés. — Eso es: como dicen.

(Risas. Don Andrés pellizca disimuladamente a Pepita.)

Pepita. — Las manos quietas.

Don Andrés. — Probaba mi condición.

(Risas otra vez. — María Luisa sisea desde adentro. Por izquierda Doña María y Don Juan. Llegan a tiempo para presenciar la jarana. Silencio embarazoso. Amalia se lleva al nene.)

Enriqueta. — ¡Don Juan!

Don Andrés. — Estábamos aquí... viendo al nieto... *(Los viejos permanecen en silencio, juntos, hoscos, sin mirarse.)* La curiosidad vence siempre a la prudencia... y cosas de mujeres...

Francamente el chiquillo es una delicia... Y es que la naturaleza... ¡Caramba! Es una situación...

(Por derecha María Luisa.)

María Luisa. — ¡Papá! Entren.

(Los viejos cruzan la escena en silencio, sin mirar a nadie, como si fuera de ellos el pecado de Raquel. Mutis derecha seguidos de María Luisa.)

Pepita. — ¡Gracias a Dios!

Laura. — Yo no sabía qué decir...

Don Andrés. — Por eso no has dicho nada. Y mira, es mejor que las tonteras mías.

Pepita. — ¿Nos vamos?

Don Andrés. — Es lo más oportuno. Ustedes ya tienen comentario para mañana y pasado. Todo un problema resuelto, pues. Alors...

Pepita. — Pero así...

Don Andrés. — También estas despedidas son de París, francesas, pura uva, como dicen...

(Mutis izquierda. La escena queda sola y ya bastante oscura. En el patio alguien enciende un farol. Por derecha Amalia y Enrique.)

Amalia. — Cuantos menos testigos mejor.

Enrique. — Opino lo mismo. *(Amalia se sienta próxima a la ventana y Enrique en el extremo opuesto de la habitación.)* Debe ser tarde ya.

Amalia. — Las ocho. Este farolito del patio es mi reloj. Las medicinas de Raquel me obligaron a comprar ese que suena sobre la mesa. Pero yo tenía otro más cómodo.

Enrique. — ¿Más cómodo?

Amalia. — Sí. Verá usted: el pregón del verdulero, las siete de la mañana, hora del desayuno y del trabajo; a las once, el pito de la fábrica próxima; dos y media, cruza el patio el vigilante del departamento vecino; las cuatro, el pan nuestro de cada día anunciado por los cascabeles de la jardinera; las seis, otra vez la fábrica; las ocho, esa luz; las diez, toque de ronda. Me parece que mayor comodidad...

Enrique. — ¿Y después?

Amalia. — Después la cama, las confidencias con la almohada,

una que deja de ser una porque el sueño la hace vivir como otras. ¿Para qué reloj, entonces? Ya se encarga la realidad de apuntarnos con sus manecillas y señalarnos nuestro camino y nuestro sufrir.

Enrique. — *(Ya de pie.)* A mí no se me ha ocurrido nunca comprarme un reloj. Les tengo fastidio.

Amalia. — Rarezas.

Enrique. — Allá en casa, la vieja, hace algunos años, me puso un despertador en la mesa de luz. Tuve mucho tiempo su tic-tac en la cabeza. Pero era un tic-tac el de aquel reloj, particularísimo, a veces rezongo, a veces súplica. De mañana me decía: levantate, no seas perezoso, vete a buscar trabajo, y yo vago entonces como ahora, lo hacía callar colocándolo debajo del colchón o tirándolo contra la pared. Inútil, todo inútil; a la mañana siguiente lo mismo. Vivía para atormentarme; más daño me causaba su girar que los retos del viejo. Cuando en algún amanecer borrascoso, en alguna trasnochada de esas tan frecuentes en mi vida, me pillaba un minuto de conciencia, volvía a sermonear: son las cuatro... a estas horas otros hombres van al trabajo... retírate; tu madre estará impaciente viendo tu cama vacía; no te arruines la salud... Y luego, al entrar a casa de puntillas y sentir la tos de papá; ¿ves? ¿no te decía yo?... Concluí por tirarlo al pozo.

Amalia. — Como a San Antonio.

Enrique. — El santo de las mujeres sin novio.

Amalia. — El mío.

Enrique. — ¿Lo ha castigado ya?

Amalia. — Al sol lo tengo desde diciembre.

Enrique. — ¿De veras?

Amalia. — De veritas. *(Pausa.)*

Enrique. — Voy comprendiendo ahora la utilidad de ese juguete.

Amalia. — ¿Se refiere?

Enrique. — A éste.

Amalia. — ¿Y cómo así?

Enrique. — Porque algún día volverá San Antonio a la sombra. Gracias a él podrá usted saber y decir: ahora duerme, ahora trabaja, ahora estará en tal sitio, falta media hora... y diez minutos, y cinco... Y después, andando el tiempo: ¿cuándo le toca al nene?

Amalia. — Eso lo ha leído usted.

Enrique. — En sus ojos.

Amalia. — ¡Jesús qué expresivos!

Enrique. — Y qué negros y qué hondos, y qué bien está usted con esa risita, y... ¿a que mañana me compro un despertador?

Amalia. — ¿A que se queda dormido o lo estrella contra el muro?

Enrique. — ¿A que no?

Amalia. — ¿A que sí?

Enrique. — A que... *(Se miran sin hablarse. Enrique se aproxima y estira la mano esperando la de Amalia. Pero en este momento llaman a la puerta de la izquierda.)* ¡Tengo una suerte!

Amalia. — ¿Será él?

Enrique. — No es difícil. *(Mutis izquierda.)*

Amalia. — Prevendré a María Luisa. *(Mutis derecha. Vuelve Enrique seguido de Roberto.)*

Roberto. — ¿Cómo sigue?

Enrique. — Bien, bastante bien. Ahora están con ella los viejos.

Roberto. — Entonces...

Enrique. — Sí, no es el momento más oportuno. Aunque ya están avisados.

Roberto. — Aconséjeme usted.

Enrique. — Yo... Ahí está mi hermana. Ella le explicará...

(María Luisa por derecha. Enrique hace mutis.)

Roberto. — María Luisa... Dispénseme usted la hora y la molestia... Pero desde que su hermano me dejó esta tarde... Pensé retardar la visita... Me ha vencido luego la curiosidad, la pena, la... Vuelvo a vivir un pasado apenas pasado, y al vivirlo, no puedo olvidar que quise, que tal vez quiero aún...

María Luisa. — *(Sin mirarlo hasta el final.)* Tal vez... Sin esa seguridad no comprendo...

Roberto. — Estoy aquí y eso basta. No he querido contrariar este impulso.

María Luisa. — Debo advertirle que soy ajena a las negociaciones de la entrevista.

Roberto. — Negociación... No es la palabra, María Luisa.

María Luisa. — Es la realidad.

Roberto. — En la realidad me puse al mandar una esperanza: en la realidad estoy al compadecer a Raquel con el alma toda; realidad es mi sentir de hoy, como realidad fué, y no audacia

preconcebida, mi pasión de entonces. Mientras somos jóvenes, mientras nuestra vida no tiene ayer ni mañana, es difícil refrenar los impulsos de un hoy todo nervio y sangre y alegría y despreocupación. Yo no he dicho todavía "soy" un canalla, aunque quizás diga andando el tiempo "fuí" un canalla.

María Luisa. — Tampoco pensé en recriminarle.

Roberto. — También recrimina el silencio.

María Luisa. — El mío no.

Roberto. — ¡Pues si viera usted cómo lo he sentido siempre! Más que la indignación de Raquel, más que sus protestas y su llanto, detenía mi regreso de arrepentido, ese dolor suyo que apenas sale a los ojos.

María Luisa. — Dolor. Ahora soy yo quien rectifica.

Roberto. — Dolor, repito. Si alguna vez supo usted comprenderme sin oirme, no me exija ahora otra explicación. Ella sería inútil y cruel. Algún día, no sé cuándo, usted ha de explicárselo todo para disculparlo todo también. Entonces dejará de soñar con la perfección, y verá la vida tal cual es. Deme usted la mano, y sea usted mi amiga, y míreme usted a la cara, y ayúdeme a consolar esa otra aflicción que, con ser más honda, tiene todavía remedio.

María Luisa. — ¿Por qué más honda entonces?

Roberto. — ¡Defiende usted su pena!

María Luisa. — ¡Qué menos si no supe defender mi dicha!

Roberto. — ¿Y si al fin llegara?

María Luisa. — Ya es tarde. Trataré de vivir en el corazón de ese niño para contarle un día la historia de una mujer sin historia.

Roberto. — ¿Puedo yo consolarla todavía?

María Luisa. — No, Roberto: la compasión sería un nuevo engaño. Déjeme usted.

(María Luisa le extiende su mano; pero sin atreverse aun a mirarle.)

Roberto. — ¿No quiere usted mirarme?

María Luisa. — *(En un supremo esfuerzo.)* Sí, ¿por qué no?

Roberto. — Gracias. *(Breve silencio. María Luisa y Roberto permanecen cogidos de la mano.)* ¿Podré verla ahora?

María Luisa. — Sí, los viejecitos están ya advertidos y resignados.

Roberto. — ¿Y ella?

María Luisa. — A ella no era necesario decirle nada. Lo espera; lo ha esperado siempre.

Roberto. — Condición del dolor es recordar... ¡Pobre Raquel! ¡Qué fácilmente entré en su corazón y qué difícil le resulta echarme de él!

María Luisa. — ¿Pero cree usted que quiere echarle?

(Breve pausa.)

Roberto. — ¿Me acompaña usted?

María Luisa. — Prefiero quedarme. *(Mutis Roberto por derecha. María Luisa contiene su emoción y se acerca a la ventana. Pasan por el patio hablando en voz baja Amalia y Enrique.)* ¡Ellos también!

(Por derecha, Don Juan y Doña María. Esta se sienta en un rincón; Don Juan se acerca a su hija.)

Don Juan. — ¿Qué hace, mi hija?

María Luisa. — Nada, papá.

(Pausa.)

Don Juan. — ¿Lo viste?

María Luisa. — Sí, papá.

Don Juan. — Yo... yo no he querido, no quiero autorizar esto. No es una solución, no es lo lícito.

María Luisa. — ¡Lo lícito! Si al fin viene la dicha, ¿qué importa por dónde? ¿No ha sido tu felicidad vernos felices a todos? ¿Y si ella comienza a serlo, no estarás tú también en el mismo camino?

Don Juan. — *(Poco convencido pero sin argumentos.)* Quizás. Yo sólo sé que nos cuesta muchas amarguras. ¿Verdad, María?

Doña María. — ¡Ha quedado tan contenta Raquel!

María Luisa. — Pobre mamá.

Don Juan. — Pobre tú, hija mía; tú que no nos has hecho llorar nunca.

María Luisa. — ¡Nunca! Por eso me ha tocado llorar a mí.

(Don Juan se acerca cariñoso a su mujer; María Luisa añora Dios sabe qué, poniendo la mirada en el pedazo de cielo que descubre la ventana.)

TELÓN LENTO

LAS CALLES SOLAS

Vago al azar, lo mismo que una sombra... Desiertas
pasan, unas tras otras en procesión las puertas...
En las noches de tedio forja el ánimo triste
que nada de todo esto que me rodea existe...
¡Dolor, el más doliente, mi dolor!... ¿tú no sabes,
cuando en invierno emigran, a donde van las aves?...
Esta ciudad es una perspectiva de techos...
y sin embargo, hay muchos que viven satisfechos,
sólo que... en fin... La vida que agobia es una carga,
a veces por lo corta y a veces por lo larga...
Para los menos, todo... para los más, apenas...
¡ya estamos dando mucho que decir a las hienas!...
Hay noches en que todo me parece sombrío,
desde el azul del cielo, hasta el blanco del río...
y es entonces... ¡quien sabe!... la soledad... el viento...
según sea el estado de mi temperamento...

Vago al azar por esas callejuelas lejanas...
no quiero que me acechen el paso las ventanas...
yo entiendo ese lenguaje de señas de los muros
y el diabolismo de esos portales tan obscuros...
Las cosas tienen alma lo mismo que los seres:
si blasfeman, son hombres; si lloran, son mujeres...
Cuando, con la caricia del sol sube la hiedra,
hay estremecimientos lascivos en la piedra...
¿Por qué serán tan malos, algunos?... Hace poco,
un pobre viejo, casi casi se vuelve loco:
¡le robaron la hija, se la llevaron lejos!...
los pobres no debieran jamás llegar a viejos...
... y es entonces que todo me parece sombrío,
según sea el estado del espíritu mío...

Vago al azar por esas avenidas del centro,
con este mundo extraño que me ahoga aquí dentro...
y me sigue en torno, como gesticulantes,
las tristezas de ahora y los sueños de antes...
Amé, sufrí... ya puedo mirarme en el pasado:
no estoy arrepentido, estoy envenenado...
¡primavera del alma, amor, amor, amor!...
... recuerdo que Mercedes parecía una flor...
en cambio Lulú, siempre celosa... y con sus celos
me hacía gastar toda la plata en caramelos...
¡Oh, qué pavor inspiran estas calles tan solas!...
en lo alto, las nubes... a lo lejos, las olas...
realidad que me asedia, obsesión que me abrasa...
un astro me sonríe... la muchedumbre pasa...
y es entonces que todo se me antoja... no sé...
según esté mi espíritu... eso: según esté...

Vago al azar, lo mismo que una sombra... y a ratos
mis ojos fosforean como los de los gatos...
¡la lucha, esa nostalgia de la lucha!... En la vida
lo que nace se muere, lo que muere se olvida...
en pos de un año, el otro... una hora, otra hora...
el mismo panorama de sol en cada aurora...
la sensación eterna en cada despertar...
levantarse, lavarse, desayunarse, andar...
vivir, morir... y bueno... no hay otra perspectiva:
el horizonte abajo... lo inexcrutado arriba...
de aquella hermana joven ya ni la sepultura,
y de mí... cualquier cosa... la vejez prematura...
con los años se vienen todos los desengaños...
¡no hay vejez más amarga que la de los treinta años!...
... y es entonces... quien sabe... son cosas del esplín...
la neurastenia... el viento... la soledad... en fin...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

URQUIZA Y LA CONSTITUCION DEL 53

El 25 de Mayo de 1910, cumplió nuestra República cien años de vida propia, y llevamos vividos cuatro de la segunda centuria. Un paso más y habremos arribado a 1916, centenario de la declaración de nuestra independencia.

Las naciones del viejo mundo, que siguen con tanto empeño el desarrollo y progreso de las del nuevo, — sin duda porque ven en ellas la fuente de una gran civilización que ya se diseña en el concierto universal, — nos acompañaron en nuestros regocijos y festejos de aquel año, y nos prestaron su concurso para realzar la magnitud del acontecimiento.

Pocos fueron los que se detuvieron a pensar lo que importaban esos cien años de vida transcurridos, y menos aun los que estimaban en su propio valer el esfuerzo y sacrificios que costó a otros, que no fuimos nosotros, la conquista de la prosperidad que disfrutamos.

Nuestra historia, como la de todos los pueblos de la tierra, registra muy variados acontecimientos, de gran trascendencia los unos, relativamente importantes los otros.

El de la revolución es de primera magnitud, precisamente porque sin ella no se hubieran producido los que le siguieron, desde que dió nacimiento al pueblo que los sustentó.

Pero en el orden institucional, es decir, desde el punto de vista de la organización constitucional del país, cosa mucho más grave aún que la revolución misma, vive un hecho que a mi humilde juicio, vale tanto como el movimiento inicial y significa en su finalidad un doble esfuerzo. A él se vincula la figura de un gran hombre, el general don Justo José de Urquiza, que en los días que corren, empieza a cobrar el alto relieve que le corresponde entre las más grandes figuras de nuestra historia.

Caseros, partida de defunción de un tirano y fe de bautismo de un pueblo libre por su propia soberanía gobernado, marca en la vida de nuestra República el acto más trascendental.

Sin Caseros no podríamos hoy mostrar al mundo esta prosperidad que nos enorgullece y habríamos soportado hasta muchos años después las calamidades que aquejaron a nuestro pueblo.

Como acto de guerra, su importancia es secundaria, si bien es cierto que exigió un esfuerzo sobrehumano de larga gestación, y miles de vidas se dieron por su conquista. Y digo secundario, en relación a lo que vino después del 3 de Febrero de 1852.

Desde la revolución hasta esta fecha, no se había tenido propiamente hablando, ni constitución, ni gobierno, ni libertad, y era su negación absoluta la situación caída. A partir de ella se siente germinar con gran potencia la consolidación del Estado en su entidad política interna y externa, gracias a la clara visión del que cargara con la muy grave responsabilidad de su gobierno y manejo inmediato.

Urquiza tiene de su posteridad mucho que cobrar aún; las grandes rivalidades de hombres y partidos que en su tiempo agitaran tan cruelmente su vida, laten todavía, sin que por eso se haya menguado la justicia que le espera y que alcanzará sin duda, en contra de todas las voluntades adversas.

Del estudio tranquilo, meditado e imparcial de los documentos de la época de la reorganización nacional, se alza majestuosa la figura de Urquiza y se eleva por sobre todos los que en aquel momento histórico pretendieron aniquilar su acción o arrebatarle su obra, con la serenidad propia de los espíritus superiores que soportan y dejan pasar las borrascas que tienen la virtud de probar la firmeza inalterable del héroe.

Voltear a Rosas del poder sería una gloria para el que lo consiguiera y un gran alivio para todos. Muchos lo intentaron sin éxito, Lavalle entre ellos con tan trágico fin, y los más guardaron su persona, sus enconos y protestas en los países vecinos en calidad de expatriados, para volver después de la victoria a disputar el honor de la nueva conquista de la libertad.

Vale por un mundo para nuestro país, el hecho sólo de arrancar a Rosas de su silla criminal, y para gloria y gratitud a Urquiza hubiérale bastado este solo acto.

Sin embargo, Urquiza es más grande como estadista que como militar, su obra verdadera empieza recién después de Caseros,

y su combate más serio lo libró durante varios años posteriores; con el Acuerdo de San Nicolás, en los preliminares de la Constitución del 53, en su presidencia, etc., con todos sus enemigos políticos por razones de rivalidad, que tanto dificultaron su camino y que hoy mismo prolongan la sombra de su influencia retardando la justicia póstuma.

La Constitución que hoy rige los destinos de la Nación, obra de Urquiza, levantó en el escenario político de la época la polémica más temeraria, en la que los impugnadores subordinaban la suerte de la República a sentimientos localistas mezquinos y peligrosos, que pusieron en dura prueba la nacionalidad.

*

El acuerdo de los gobernadores de provincia celebrado en San Nicolás de los Arroyos el 31 de Mayo de 1852, a que convocara Urquiza a raíz de la caída del tirano, fué la manzana de la discordia y el pretexto de que habían de valerse los de Buenos Aires, para oponer su intransigencia e imperialismo a la obra del libertador, que desde ese momento comprendió el duro camino que debía recorrer para alcanzar la integridad y reorganización del país.

No podían conformarse con que un hombre de Entre Ríos y no de Buenos Aires, llevase la dirección del nuevo orden de cosas después de haber sido quien los librara de su yugo, y se hizo necesario entonces, manifestar desde el primer momento su disconformidad con todos sus actos.

No otra cosa inspiró la actitud de la Legislatura de Buenos Aires, con el gobernador López a su regreso del Acuerdo, donde, como todos los demás gobernadores, igualmente interesados por la suerte de sus provincias, había consentido en reconocer transitoriamente en el general Urquiza y hasta tanto se constituyera el gobierno definitivo, al Director Provisorio de la Confederación, con las facultades que le eran en ese momento indispensables para el cumplimiento de su mandato. Se encontraron las atribuciones excesivas, se arguyó de no haber antes el Gobernador solicitado la autorización para concurrir del Honorable Cuerpo, para concluir desaprobando su adhesión al Acuerdo.

La valiente defensa del ilustre gobernante hecha por su Ministro de Instrucción Pública, doctor Vicente Fidel López, es la más

elocuente pieza de la época, y ella por sí sola equivale y destruye todo cuanto se dijo infundadamente en aquella asamblea de tan funestas consecuencias praa la unión nacional. Sus principales promotores anotaron aquel día, una grave falta en su foja de servicios.

De allí nació el golpe de estado del general Urquiza, la revolución de 11 de Septiembre del 52 a su retiro de la provincia, la separación del *Estado de Buenos Aires* y como consecuencia, las luchas constantes hasta su reincorporación después de Cepeda.

En este intervalo, es decir, desde el Acuerdo de San Nicolás hasta Cepeda, Urquiza desplegó una energía y actividad pasmosa en favor de la reorganización y paz de la Nación.

Desde el primer momento dejó notar que su anhelo más profundo y sentido era el bienestar de su patria; y así lo dice en la primera comunicación que dirigió desde el campo de batalla de Caseros el mismo día de la gran victoria — 3 de Febrero de 1852, —al Gobernador delegado de Entre Ríos, don Antonio Crespo:— "A Dios mi amigo. El futuro engrandecimiento de nuestra patria llena de un santo júbilo a S. S. Q. B. S. M."

Urquiza no abusó de su situación, primó en él el buen sentido, revelando por este lado gran cimiento en su carácter.

En una carta de don Adeodato de Gondra, de 14 de Febrero del 52, dirigida al entonces gobernador de Tucumán, general don Celedonio Gutiérrez, se lee: "...que la moderación del ilustre general Urquiza después del triunfo, su magnanimidad y su programa político le han cautivado para siempre las simpatías de todos los hombres de este país, aún las de aquellos que antes se habían mostrado sus acérrimos enemigos. Yo no tengo la menor duda de que este hombre de principios tan saludables, de una firmeza de carácter verdaderamente militar y de una nobleza rara de principios, es el único que hoy puede hacer la felicidad de la República llevando adelante la grande obra de la organización nacional que tan felizmente ha comenzado". Decía una gran verdad, Urquiza era en aquel momento la salvación del país. Y si no, ahí están los acontecimientos posteriores, en que su voluntad de hierro y su grande amor a la patria, le inspiraron tan acertadamente al avocarse el más grave problema que él mismo se planteara después de la victoria: ¡La Constitución!

Si Urquiza hubiese sido simplemente un militar, al que una feliz aventura de guerra le permitía alcanzar el honor de derro-

car a un tirano y devolver la libertad a un pueblo, hubiese desaparecido poco después de la escena nacional, sin dejar otra huella que la de su espada.

Pero es que su obra se inicia, como dije anteriormente, después de la derrota del usurpador, y aparece detrás del soldado el estadista y el hombre de gobierno. Dictar una constitución no se le ocurre a quien solo tiene principios de cuartel, y no es cómodo empeño encauzar a un pueblo habituado al desorden y a la anarquía en una nueva vida de orden, de paz y de concordia.

La conquista de este bien, difícil por sí misma, se agrava, cuando, como en el caso de Urquiza, se oponen violentas pasiones de adversarios tenaces, que por combatir al hombre no temen hacer zozobrar la idea, con evidente perjuicio para la República.

Esta es la acción de los dirigentes de Buenos Aires a que se refiere Urquiza en un párrafo de su circular de 24 de Julio de 1853 al gobernador de Entre Ríos: "En esta política, dice, hay una indigna astucia que tiende a personalizar las cuestiones del más alto interés general, para debilitarlas y por medio de la cual se pretende encubrir el odio que se profesa a las cosas con el rencor que se propaga contra los que las han promovido. Es por quitar este pretexto que he determinado poner en manos del Congreso la renuncia que contiene el mensaje. Si el Soberano Congreso resolviese admitirla, me proporcionará la ocasión de hacer un servicio más a mi patria, y de adquirir la gloria que más puede satisfacerme. El gobierno de Buenos Aires entonces quedará obligado a responder a la razón y a los contemporáneos de los motivos que le inducen a rechazar una constitución que no ha sido hecha para servir a los intereses ni a las pasiones de ningún hombre; una constitución sancionada por autoridad competente y que es la más alta expresión de las necesidades de la República Federal; necesidades de honor, de localidad y de progreso".

El general Urquiza se explicaba esta animosidad contra su persona y sus propósitos en la misma circular diciendo: "Por el triunfo de Caseros había sucedido yo a una administración que había acumulado contra sí odios profundos y venganzas implacables. Natural era que los hombres que abrigaban estas pasiones odiosas, tratasen de asaltar al poder libertador, procurando desviarlo del principio moral y salvador de la fusión de todos los partidos que en mi programa de 1.º de Mayo había anunciado a

los pueblos, sería el padrón inconmovible de mi política. Los contuve con firmeza y evité la reacción que habría ensangrentado la República. Pero todas aquellas iras de partidos que no pudieron cebarse sobre los enemigos designados por su voracidad, dirigieron desde entonces sus envenenados tiros contra el obstáculo levantado entre ellos y sus víctimas.

"El Congreso puede suprimir mi persona. Yo lo deseo ardientemente y lo agradeceré con extraordinario reconocimiento. Mas con las mismas fuerzas de mi ánimo, representaré la necesidad de mantener invulnerable y permanente el principio de la fusion de todos los partidos, del olvido de todos los extravíos y de la tolerancia de todos los errores pasados. Sin esto, no hay salvación, patria ni constitución. Los que quieran las instituciones sin los hombres, no quieren nada..."

Y hubiera declinado sin resentimiento su investidura de Director Provisorio de la Confederación y Encargado de las Relaciones Exteriores, si con ello conseguía mejorar realmente la situación política y salvar la organización constitucional de la República. Pero comprendió que debía luchar sin desfallecimiento y concluía entonces su comunicación con estas palabras:

"Obremos y no nos dejemos irritar ni conmover por las injurias con que pretenden nuestros enemigos entretener el fuego de la discordia, que es tan necesario extinguir. Obremos como hombres, suframos pacientemente los insultos que nos prodigan esos pocos extraviados, cuya vanidad herida es su sola grande pasión. Olvidemos todo para recordarnos en todos los instantes que nuestra patria no necesita más que paz, confederación y constitución". Y continuó su obra.

*

En vano gestionó el general Urquiza la concurrencia de los representantes de Buenos Aires al Congreso Constituyente de Santa Fe, pues había ya el propósito deliberado de no contribuir a que la Constitución se dictara. "Más de una vez en las Cámaras y en los diarios se formuló un pensamiento concreto: *Tememos la Constitución definitiva de la República bajo el Gobierno del General Don Justo José de Urquiza; contribuiremos a formarla el día que su influencia desaparezca*".

Contrastes de la historia; los mismos hombres que entonces

gobernaban la Provincia, en su mayoría habían colaborado en el bárbaro desgobierno de don Juan Manuel, y a muy breve tiempo de su caída, manifiestan su *temor* por una constitución que, en el peor de los casos, importaba una gran mejoría de su estado anterior.

Urquiza empleó todos los medios pacíficos para conquistar a Buenos Aires; pero el tratado de 9 de Marzo de 1853, completamente desventajoso para su política, que, como era natural, no aprobó, le hizo comprender que todo arreglo con los hombres de Buenos Aires era imposible dada su excesiva intransigencia.

Como se recordará, esto trajo como consecuencia las medidas de guerra contra la Provincia, que terminaron con la traición del almirante Coe y la desorganización del ejército de Urquiza.

No le quedó, pues, más camino, si no deseaba malograr todos los esfuerzos realizados hasta entonces, que reunir los representantes de las demás provincias y dictar la Constitución sin la concurrencia de Buenos Aires. Sinceramente declaró su pena por esta circunstancia, en el mensaje que leyó un representante suyo, por no poder asistir él mismo, el 20 de Noviembre de 1852, al instalarse el Congreso Constituyente en la ciudad de Santa Fe. Decía entonces: "Porque amo al pueblo de Buenos Aires, me duelo de la ausencia de sus representantes en este recinto. Pero su ausencia no quiere significar un apartamiento para siempre: es un accidente transitorio. La geografía, la historia, los pactos, vinculan a Buenos Aires al resto de la nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas; pero no puede eclipsarse una sola".

Era su sueño, unir a todas las hermanas para siempre y dejarles escrito, de acuerdo con su propia deliberación, los principios que debían guiar su gobierno común.

Por fin, el primero de Mayo de 1853 el Congreso Constituyente sancionó la Constitución Argentina y pudo el general Urquiza, en el día glorioso del 25 del mismo mes, declararla ley fundamental de la Nación.

Su presidencia, de 1854 a 1860, la primera constitucional, fué de grandes beneficios para la República, y aparte de los serios problemas de orden muy diverso en que le tocó entender, hubo de llevar nuevamente las armas de la Confederación, contra el *Estado de Buenos Aires,* en la acción de Cepeda, que terminó con

el pacto de 11 de Noviembre de 1859, en virtud del cual Buenos Aires debía reintegrarse a la unión de las demás provincias y jurar la Constitución del 53.

Con Cepeda y poco después Pavón, quedaba sellada definitivamente la unión de todas las provincias y consagrada la constitución, con las ligeras modificaciones introducidas por la Convención de Buenos Aires del año sesenta.

A Urquiza debemos, pues, entre otros muchos servicios, dos muy grandes; el derrocamiento de un tirano ensoberbecido durante veinte años, y la organización de la República con la constitución que hoy nos gobierna, y a cuyo amparo se produce ahora esta gran regeneración política que ofrece al país una práctica democrática pura y gobiernos de verdadero origen popular, y a los que nos miran desde afuera, el ejemplo de un pueblo libre en pleno goce de sus derechos.

Sin embargo, a Urquiza no se le ha comprendido aún o no se le quiere comprender, su obra es muy superior a la de otros bienhechores de la patria, a quienes la posteridad les está con exceso agradecida.

Tiempo vendrá sin duda en que la justicia se imponga por sí misma, y entonces se habrá visto esta gran figura erguirse por sobre los puntos más culminantes de los bronces y mármoles que hoy consagran al recuerdo y la veneración a ilustres próceres de la República, pero que no pueden reclamar la gloria de mantenerse al mismo nivel.

JULIO GONZÁLEZ YRAMAIN.

Buenos Aires, Setiembre de 1914.

ENTRE LOS FARISEOS...

Hace tiempo que aprendí no sé donde, ni de que labios, el cuento que voy a referir. Es un cuento breve y sencillo; tan breve y tan sencillo que para muchas gentes ha de resultar insubstancial. Pero como ha de agradar a otras gentes, a ellas voy a referirles el cuento.

Era un pueblo cuyo nombre ha olvidado la historia, acaso por sentencia de unos jueces tan sabios como aquellos que condenaron a la pena de olvido al incendiario del templo que pretendió adquirir celebridad con su delito.

Era el pueblo de los fariseos. Y si la historia ha olvidado su nombre y el de cada uno de sus habitantes, en cambio ha recordado siempre sus costumbres para presentarlas sin piedad al vilipendio de los siglos.

Gustaban los fariseos de todos los placeres materiales; durante las horas de la noche se entregaban a los vicios más abominables, entre los cuales eran los menos torpes las danzas, los juegos de azar y la embriaguez. Los que solo practicaban estos vicios recibían de sus conciudadanos el nombre de "impecables". La calumnia era esgrimida como el arma más lícita, pero a fuerza de serlo había concluído por resultar ineficaz, pues nunca podía saberse cuando hablaba la verdad un fariseo, si es que la hablaba alguna vez. La impudicia había llegado a tal punto que comerciaban con el honor de sus esposas y de sus hijas, practicaban la usura más repugnante, y hasta llegaban a envidiar, por una aberración incomprensible, a los que realizaban los actos más innobles.

Pero como acontece siempre, los que más lejos están de Dios, son los que aparentan encontrarse más cerca, y por consecuencia los fariseos, para simular las virtudes que no tenían o para ocultar las miserias en que nadaban, durante una hora determinada del día, por lo general a las doce, acostumbraban concurrir al

templo, y arrodillados y cabizbajos delante de sus ídolos, escuchaban del sacerdote una breve alocución que no entendían, porque empleaba una lengua muerta, y se retiraban tranquilos a sus moradas, como si con ello hubieran quedado su conciencias exentas de pecado.

Ninguno de los fariseos podía distinguirse de los demás en razón de sus costumbres. Solo un hombre permanecía, entre ellos, completamente ajeno a sus afanes y trajines.

Se le apellidaba el hombre extraño. Su conducta encuadraba dentro de lo que él llamaba la moral absoluta.

Para llegar a Dios, decía, sólo se necesita una cosa: cumplir con los mandatos imperativos de la conciencia. En cambio, la ética de los fariseos proclamaba este postulado: todo es cuestión de fórmulas.

Como era natural, aquella conducta tan en disonancia con el medio ambiente, había de acarrearle los enconos más formidables. Así fué en efecto. Muchas veces había sido invitado a las orgías, pero constantemente había rehusado las invitaciones, sin reprochar en otra forma que con su silencio, a tanta licencia y tanta hipocresía.

Como los fariseos no conocían la virtud, o por lo menos, como no la practicaban, tampoco podían concebir la existencia de un hombre que no estuviera envilecido. Debe ser un malvado, murmuraban algunos por lo bajo. Indudablemente, respondían otros. Y los más audaces, al fin, aseguraban que era un hombre siniestro. Se dice, agregaban los más cínicos, que ha cometido grandes crímenes en los lejanos países que ha recorrido. Se dice, repetían otros, con marcado aspaviento, que no adora a los ídolos de la ciudad, y hasta que adora a los ídolos del pueblo que está al otro lado del arroyo... ¡Qué monstruo! exclamaban todos en coro. ¡Es posible que un hombre semejante pueda vivir entre nosotros!

Así estallaban de cuando en cuando aquellas tormentas de odios, pero a fuerza de ser injustas, se disipaban luego, y el hombre extraño, o por mejor decir, el hombre, volvía a ser olvidado, sin que dejara de ser odiado. El se conformaba con sentirse bueno.

Y no solo no caía en el mal que lo incitaba, sino que realizaba todo el bien que podía, y que se hacía tan difícil entre los fariseos. No hay para que decir que en cambio no recibía más que ingratitudes. El se resignaba diciendo a su conciencia: No solo los per-

dono sinó que tambien los compadezco, porque ignoran la dicha de ser buenos.

Y seguía su ruta invariable y tranquilo.

Sin duda, su firmeza de carácter acrecentaba el rencor fariseo que no podía perdonarle aquella superioridad que los humillaba, y cada uno de los habitantes del pueblo espiaba el más nimio de sus actos, a ver si descubría alguna falla de donde poder inferir que aquel hombre estaba modelado de la misma pasta que todos los fariseos.

Algunos que habían recibido favores de aquel hombre, por grande que fuera su depravación, no dejaban de amarlo y respetarlo; pero lo amaban y respetaban en secreto. Jamás se hubieran atrevido a confesar públicamente sus sentimientos; ello hubiera equivalido a desafiar las iras de la multitud.

Acostumbraban los fariseos, siguiendo una costumbre tradicional, profundamente arraigada, lavarse las manos en agua coloreada con vino tinto en el momento de acostarse. En tiempos remotos, puede decirse legendarios, la costumbre había sido, según la tradición, lavarse las manos con sangre; aunque difícilmente se alcanza como podía obtenerse aquella en suficiente cantidad. Después la sangre fué sustituída por el vino, y por fin con el agua coloreada con vino.

Es el caso que, como acontece siempre, la absurda práctica se perpetuó por espíritu de rutina, pero fué degenerando poco a poco hasta convertirse en una fórmula vana y ridícula.

Esta costumbre, o por mejor decir, esta ceremonia, simbolizaba el arrepentimiento de las culpas; se decía que la sangre lavaba todas las manchas y que el hecho de lavarse implicaba la confesión de aquellas.

Ninguno de los fariseos, cualquiera que fuese su condición y situación, dejaba de practicar todas las noches esta ceremonia, y por nada de este mundo hubiera incurrido en falta tan horrenda...

Y como iba diciendo, todos los fariseos de la ciudad, observaban, o más bien dicho, husmeaban los menores actos del hombre extraño, convertidos en pesquisas encarnizados, ansiosos de descubrirle alguna falta en su conducta que diera pábulo a la crítica más sangrienta. Y por fin, una noche, dos fariseos, tal vez los más viles y miserables de todos, decidieron ir a espiarlo en el momento en que se entregaba al reposo, y ¡cuál no sería su indig-

nación y su regocijo al propio tiempo, cuando contemplaron que aquel hombre solo se lavaba las manos en agua pura!...

Con los ojos salidos de las órbitas, los puños crispados y el aliento entrecortado por la emoción, salieron aquellos fariseos dando voces estridentes por toda la ciudad para hacer saber a todos sus habitantes que aquel hombre se lavaba las manos con agua pura...

Media hora después una compacta muchedumbre, fanática y amenazadora, llenaba las calzadas y marchaba en dirección a su vivienda, para arrastrar por las calles el cuerpo de aquel gran delincuente y darle muerte a pedradas en la plaza pública, frente al templo de sus grandes ídolos...

Así acabó la vida de aquel hombre extraño. Algunos siglos después encontróse una lápida sobre su tumba en la cual alcanzaba a leerse en caracteres borrosos, sobre una piedra rota, esta inscripción, tal vez incompleta: Entre los fariseos hubo un hombre...

LEOPOLDO VELASCO.

Río Cuarto, 1914.

DE LO QUE DIXO EL JOGLAR A LA SU DUENNA

(A la manera de Juan Ruíz).

Maguer en fabla vieja, fabla de buen joglar
que vos ama, sennora, e vos quier'afyncar
como a grant princessa muy dinna de honrrar,
dezirvos he mi cuyta, queradesm'escuchar.

Sabet que vuestros ojos m'an fecho tal ferida,
que non sé como vivo nin es tal la mi vida
desque vi en la plaça vuestra talla garrida,
e que de me catar vos fuestes y servida.

E non he ya reposo nin de noch'nin de dia,
ca fynca en mi alma la vuestra loçania,
la qual es y fyncada con atanta porfia
que synon con la vida tirar non se podria.

Ansy, cuando non veyo la vuestra fermosura
e non puedo pagarme de su real natura,
oteo en mi alma su byen clara fegura
donde mi coraçon se goza syn mesura.

Mas y dond'es mi gozo es mi sobeja pena,
como quier que la vuestra beldat que m'encadena
quisier, sennora mia, fues'para mi tan buena
que me mostras'un poco del amor que me llena.

Por ende fiz', sennora, esta troba quexosa
do vos pueda dezir el amor que m'acosa,
que nos'parte de mi, nin me dexa ver cosa
synon vuestra persona, qu'es como la Gloriosa.

Oytme syn dureça e conortad mi llaga,
ca de fazer el byen, e non de ál se paga,
quien demas de fermosa el ser buena falaga
e quier que buen recabdo de su bondat se faga.

Afyncovos, sennora, dat fyn a mi quexura;
oytm'e non hayades de la nief'la friura,
ca faredesm'ayna fallesçer de tristura,
e morir desamado es muy grant desventura!

P. E. François.

Buenos Aires, Agosto 1914.

ROSAS

HISTORIA Y FABULA

(A propósito de un libro)

> ..... "Si Rosas no fué un genio, fué en cambio un hombre enérgicamente autoritario, aun cuando dejara inconclusa su obra".....
>
> ..... *"Defendió al país por amor a la Patria"*.....
>
> ..... "Ha sido, entre nosotros, el prototipo del hombre de carácter".....
>
> ERNESTO QUESADA. — *(La Epoca de Rosas).*

El doctor Urien, miembro de la Junta de Historia y Numismática, acaba de publicar un nuevo libro sobre Rosas; es decir, sobre "El general Lucio Victorio Mansilla": Lucius Victorius Imperator, como dicen, se soñó el galano escritor, después de hacer presidente a Sarmiento! Digo sobre Rosas, porque el doctor Urien, que nunca ha escrito sobre Rosas un libro, en todos los que ha estampado, sin embargo, resulta éste el personaje principal, — pues insensiblemente el nombre de la portada resulta empequeñecido, y hasta desaparece como eje y motivo, para ser un mero accidente en la obra.

Pertenece su trabajo *histórico* al género de "La Novela de la Sangre", que escribiera el doctor Carlos Octavio Bunge, bajo la sugestión quizás, del ruidoso éxito de Mármol, con su talento incomparable de novelista, en *Amalia;* — pertenece mejor dicho — al género de las obras con que se ha hecho conciencia popular sobre Rosas y su época, v. gr.: "Efemérides sangrientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas — con un apéndice sobre sus

robos", — librejo anónimo; repertorium de locuras y safadurías del "tirano", divertidas y sensacionales...

El doctor Urien, que a ratos enrostra furibundo, al general Rosas, su carátula tragicómica, y por ende los figurones de su teatro, Don Eusebio de la Santa Federación y Viguá, cuando no lo era un personaje de fuste, — lo imita, estampando fantasías no obstante, con la desventaja propia del que imita y está fuera de la época... Entonces, ante la creación imaginativa del doctor Urien, los descendientes de los "lacayos" que gobernaron con Rosas — aludidos en sus páginas, qué debemos hacer?...

No defenderé hoy, como "panegirista y descendiente de los servidores serviles de Rosas", a los buenos federales que después de servir a la patria en los campos de batalla, concurrieron a los congresos, acuerdos y conferencias para afianzar las ideas republicanas de gobierno, que peligraron mientras un Rosas no las consolidara, con mano firme, cumpliendo el más hondo anhelo de los pueblos.

Hay en nuestra historia, "hechos" que resisten a todo evento, y los de quienes con Rosas a la cabeza, defendieron el territorio y honor nacionales de las intervenciones extranjeras, que si no envolvían designios "recolonizadores" (1) no eran ellos improbables, ni es insensato decirlos posible, en connivencia con algunos logistas unitarios; hechos de positiva consecuencia patriótica, que constituyen antecedentes innegables y confesados de nuestra constitucionalidad: sometimiento de los instintos bárbaros, erección del principio de autoridad, anulación de los cabildeos monarquistas y como consecuencia, expresa determinación del régimen republicano federal en 1831, — hechos todos resistentes al cruel examen del doctor Urien y de los que más ilustres o menos le han precedido y le continuarán en la apasionada tarea.

---

(1) Sarmiento, cuya palabra no será sospechosa al autor, — advirtiendo la posibilidad de la "recolonización" propuso al ministro Elizalde, en 1866, negociar un tratado de *Arbitraje Permanente* con los Estados Unidos, concebido en la vital necesidad de conjurar una tentativa de las potencias europeas para recolonizar la América del Sur, después que los Estados Unidos por el hecho de la guerra civil, etc., ha perdido una parte de su autoridad moral tanto como poder exterior que como república — (Ofi. número 19 de Sarmiento al ministro doctor Elizalde. — New York, 29 de Julio de 1866).

En 1883, por el mismo peligro se clausuran las escuelas donde se "reitalianizaban" los hijos de italianos nacidos en el país, escapando, o que pretendían escapar al "Jus Soli", incorporado a nuestra Constitución como principio determinante de la nacionalidad...

El autor de "Mansilla" sigue pensando por cabeza de mayores, y adherido a una secta de *escribidores* de historia que en muy poco aprecian el "documento" y desconocen virtudes esenciales, que deben adornar a los que se erigen en jueces de las acciones humanas; anticuado hasta por la calidad de los odios que respira, superando a ratos aun a quienes viviendo la época turbulenta los sintieron con razón o sin ella, es claro, que así,... "en la estrechez del horizonte histórico de entonces", como dice el doctor Rafael Obligado, "el pensamiento sea un infeliz que desliza por ahí su vida obscura..."

Renán ha dicho: Pensad en que desde el principio del mundo todo está puesto en tela de juicio y si los grandes hombres cuyas obras nos han hecho lo que somos, hubieran razonado más, el entendimiento hubiera sido enteramente estéril. ¡Desdichada generación la que no ha visto más que un orden regular y ha concebido la vida como un descanso y el arte como un goce! Las cosas grandes no aparecen nunca en esos ambientes tibios.

Se comprenderá: el trabajo del doctor Urien está asentado sobre las vías empíricas de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, e incluído entre éstos la fulgurante autoridad de José Rivera Indarte, "dignatario de la calumnia", según el inolvidable autor de "Rosas y su tiempo".

En cuanto a la incontrastable autoridad de los primeros, llamo en mi auxilio al mismo doctor Rafael Obligado (cuyo testimonio no necesito encarecer), quien, como presidente de la Academia de Filosofía y Letras, dijo en el discurso inaugural de la cátedra de Historia de la Literatura Argentina, a cargo de don Ricardo Rojas (el 7 de Junio de 1913): "No sé, — dijo el doctor Obligado, — hasta qué punto puede darse por investigada y escrita nuestra historia política y militar: ni si la respetabilidad de los nombres de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, citando sólo sus artífices mayores, basta para que demos por realizada aquella tarea... No se falta al respeto que especialmente en esta casa se debe a nuestros dos ilustres historiadores, afirmando que nuevas investigaciones, con metodología más racional, más científica y por eso más verdadera y humana, pueden hacernos dudar de la exactitud de sus conclusiones en los hechos o de la verdad de la pincelada fisonómica de sus héroes. Esto no los menoscabará, sin embargo — agrega — porque Clío es la musa de la justicia distributiva y sabe bien que ni Curtius, el admirable vidente de

los orígenes y los hechos griegos, ni Mommsem, el concienzudo investigador del Lacio y reconstructor de su historia, pueden escapar a la ley fatal de ir quedando rezagados, porque no se progresa sin dejar atrás aun a los mejores".

No se dirá de éste lo que se opone sobre historiador tan fundamental como el doctor Adolfo Saldías, para quien se reedita el mote de "panegirista de Rosas", que con tanta sinrazón le aplicara el talento literario de López, en la irritante imposibilidad de contrarrestar con mejores pruebas y mejor lógica la "Historia de Rozas y de su Epoca".

Pertenece el doctor Urien al grupo de los rezagados: nada debe la historia a su investigación personal, en esta parte la más interesante. Nada, y para comprobarlo, bastaría citar sus fuentes que él se encarga de descubrir, es posible para divulgar que no ha encenagado su espíritu con las versiones desacreditadas que nos encargamos de propalar los que, defendiendo al dictador, salvamos nuestras tradiciones de familia, y en la imposibilidad de justificar sus excesos pretendemos atenuarlos, explicándolos... Bien que, de acuerdo con la ley romana invocada por Mitre en 1857, contra Rosas, podríamos devolver injuria por injuria... Pero, parodiando, todo nos es permitido hacer contra los detractores, cuya indiscutida autoridad constituye una "tiranía" peor que la "de Rosas" para determinados escritores; todo... menos imitarlos. Apasionado, visiblemente, con perfidia casi, traza el doctor Urien este perfil del general Rosas: "reacio al buen ejemplo y desobediente al consejo en la vida del hogar, condiciones, éstas, que eran ingénitas en él, debido a su crasa ignorancia y a su maldad, porque su temperamento rudo, era rebelde a toda clase de disciplina; disciplina contraria a sus hábitos de tendencia gaucha y porque pasada su juventud en el campo, sus inclinaciones se habían connaturalizado con los egoísmos de la vida campera. Insensible al dolor, y por lo tanto incapaz de ternuras y emociones; su carácter voluntarioso y sus inclinaciones perversas por la completa falta de nociones de moral, tenían que abrirle camino, primero, entre el gauchaje, que lo consideraba como el primer jinete de su tiempo, y luego, entre el círculo de los hacendados pudientes ante quienes pasaba por ser el más competente y entendido en negocios de campo". El doctor Urien, respecto a sus frases despectivas contra nuestros nobles gauchos, podría encontrar buenas respuestas de plumas ágiles, que como las de Martiniano Legui-

zamón y Elías Regules, sin estrujar el lenguaje, se dedican a exaltar las virtudes caballerescas de los gauchos, que mal que nos pese constituyen el fondo común de nuestros antecedentes históricos. Los gauchos, como los negros que sirvieron a la causa de la revolución, no han podido escapar a los dicterios de esta pluma, con la notoria injusticia que sabe el que tuvo la fortuna de conocer un "negro viejo" en casa de los abuelos.

A la cabeza de los gauchos del doctor Urien vemos a José de San Martín, Roque Sáenz Peña, (abuelo del ex presidente), Miguel de Riglos, Estanislao Soler, Vicente López, Manuel Moreno, Dalmacio Vélez Sársfield, Felipe Arana, José María Rojas y Patrón, los Anchorena, Oromí, Alvear, etc.

Como se ve, los gauchos bárbaros del año 20, habían aprendido a ponerse frac y camisa de blonda como en plena corte de Luis XVI. (1)

El autor de "Quiroga", estudio histórico constitucional publicado en 1907 — como así lo llama enfáticamente, sin ser más que un acumulado bilioso, denunciado y descalificado por su propia carátula, en la que ostenta horrible figura, de mono más que de hombre, que dice ser la del general don Juan Facundo Quiroga: el autor de "Quiroga" — digo — cae en los extremos de sus más grandes predecesores, haciendo de Rosas un personaje más torvo y estéril para el bien que el mismo Atila — de ahí que resulta ilógico el desenlace de Caseros y la Constitución de 1853.

A estar a la afirmación de Pelliza, que ha repetido conceptos de sus contemporáneos más eminentes: "Rosas no había dejado ni una ley, ni un decreto que pudiera ser aprovechable en política o administración. Lo brutal, lo abusivo, lo caprichoso, reinaba en todas partes. Aquello era el desorden sistemático". Para establecer la verdad desinteresada me bastará recordar un antecedente, que echa por tierra afirmaciones tan desgraciadas como la que he transcripto.

En la sesión 38 del Congreso General Constituyente, en Santa

---

(1) Ya en 1852, lo decía Alberdi, en sus *Bases:* "Rosas no ha dominado con gauchos sino con la ciudad. Los principales unitarios fueron hombres del campo, tales como Martín Rodríguez, los Ramos, los Miguens, los Díaz Vélez; por el contrario, los hombres de Rosas, los Anchorena, los Medrano, los Dorrego, los Arana, fueron educados en las ciudades. La *Mazorca* no se componía de *Gauchos*". Esto último parecería haberlo demostrado acabadamente en mi artículo: "La Sociedad Popular Restauradora y La Mazorca", publicado en 1913, con documentos absolutamente inéditos y de gran fuerza probatoria.

Fe a 20 de Abril de 1853, dijo el doctor Gorostiaga, ocupándose del proyecto de Constitución: "Creo que sólo pueden examinarse dos puntos: primero, la naturaleza de la forma de gobierno, que sirve de base al proyecto de Constitución; y segundo, la necesidad de su deliberación. El primer punto está determinado por el tratado del 4 de Enero de 1831"... Así lo aceptó y declaró el gran Congreso, salvándose precisamente por un tratado que es obra legítima de Rosas, el escollo más grave sobre el cual chocaron todas las tentativas de Constitución de 1811 a 1826, a tal punto, que se recordará fué precisamente "el régimen de gobierno" a adoptarse lo que casi hizo fracasar el Congreso de 1816, donde apenas dos voces republicanas se hicieron oir. Bajo ese absurdo criterio, algunos otros han pretendido demostrar la sinrazón de la frase: "en cumplimiento de pactos preexistentes", consignada en el preámbulo de nuestra Constitución. ...Ni una ley, ni un decreto... Aquello era el desorden sistemático...

Hace algún tiempo ofrecí brevemente las pruebas [1] de que bajo Rosas, la Universidad de Buenos Aires, contrariamente a lo que se ha osado decir, no dejó un solo día de funcionar, formando en sus claustros con sacrificios que la posteridad apreciará, a los que luego se convirtieron en terribles azotes de su administración, negando el favor recibido del grado y dispensa de los derechos inherentes. He investigado los libros de la agitada época, y ante ellos, como prueba irrecusable, afirmo que los que dijeron y dicen que Rosas obscureció el país clausurando los centros de la cultura, especialmente la Universidad, falsean la verdad. Rosas, espécimen de la degeneración perversa, "insensible al dolor y por lo tanto incapaz de ternuras", a que se nos tiene acostumbrado con el símil de Sila y Nerón, aparece cosa bien diversa cuando se recurre a las fuentes incontaminadas y precisamente cuando su incapacidad para la ternura tenía precioso motivo de manifestarse.

Cuando se trata de la pobreza de don Juan María Gutiérrez que recibió su título gratis, por falta de recursos para costearlo;

---

(1) Ingegnieros, a quien no se puede tildar de *mazorquero*, escribe: ..."Esta primera evolución de la política argentina representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños señores feudales, tuvo su personaje representativo en don Juan Manuel de Rosas. En este sentido puede decirse que él *constituyó de hecho aunque no de derecho la nacionalidad argentina* sobre el caos inorgánico. Conviene advertir que después de vencerlo, *sus enemigos políticos han desfigurado su rol* histórico presentándolo simplemente como un tirano implacable". ("La Evolución Sociológica Argentina").

de José Mármol, autor del iracundo verso "ni el polvo de tus huesos la América tendrá"; de Mármol que aparece en 31 de Enero de 1838, solicitando matrícula de primer año de Filosofía, sin poder acreditar sus estudios anteriores de latinidad, a pesar de lo cual obtiene del "perverso Rosas", con fecha 1 de Febrero el permiso de matrícula solicitado. Y a propósito. 50 años de la literatura americana están llenos de las cadenas que el déspota impuso al poeta de la Libertad, y los dolores de su proscripción no son menos sensibles al corazón universal, según esa misma tronante literatura. ¿Dónde está el edicto por el que se proscribe a Mármol? En ninguna parte.

Mármol se proscribió él mismo por asuntos particulares, y si fué encadenado alguna vez, lo fué por la dura ley de las dificultades en que viven los grandes ingeniosos de las musas, aun estando bajo la suave protección de Apolo. Sin embargo, es necesario sostener que pesadas cadenas laceraron las perfumadas carnes del poeta, como es necesario mantener otras bellas mentiras para impedir el derrumbe de 50 años de furibunda literatura con que se pretende justificar otros tantos errores. Cuando se trata de Marco Manuel de Avellaneda, ilustre víctima de Metán, como se le llama, que se gradúa con las mejores notas en la sala de jurisprudencia con Agüero, Gutiérrez, Thompson; de Carlos Tejedor, al que se refiere el doctor Urien en la página 117, como iniciador de la conspiración contra Rosas, en 1839, inspirado por la palabra de don Esteban Echeverría y el concepto patriótico del "dogma socialista" de la Asociación de Mayo. Tejedor solicita gratis, en Abril 4 de 1837, el grado de doctor, por su reconocida pobreza, y el "bárbaro del Restaurador de las Leyes", fundado en razones de humanidad, e invocando el artículo 19 del decreto del 21 de Junio de 1827, de la época unitaria de Rivadavia, concede al después gran hombre argentino el grado gratis, en "razón de sus talentos y notoria pobreza". Cuando se trata de don Juan Bautista Alberdi, que termina con clasificaciones de distinguido y sobresaliente los tres cursos de Jurisprudencia, y que si fué "abogado de Chile y Montevideo", es única razón la de no querer serlo bajo Rosas, como en sus mismas condiciones no lo quiso ser Rafael Jorge Corvalán, hijo del general Manuel Corvalán, primer edecán del Restaurador, no obstante el expediente que inició, de conformidad al decreto de 1836, y de obtener, como obtuvo, del general Rosas, orden de que se le entregara el grado,

cuyo original obra en mi poder. Expediente destinado a comprobar la buena comportación moral en las aulas y la firme adhesión al sistema nacional imperante; medida que impuso a Rosas el estado del país en 1836, concretada en el decreto del 27 de Enero, cuya parte fundamental establece haber sido y ser notoriamente adicto a la "causa nacional de la Federación"; decreto atacado con palos de ciego y cuyo estudio sereno permite interpretarlo en la esencia de su espíritu nacionalista y republicano. De él púede decirse que es una de las tantas comprensiones establecidas por la fuerza del ambiente asegurando "en los hechos" la unidad territorial y espiritual, que permitieron la reunión del Congreso del 53, el afianzamiento de la Constitución, y, por sobre todo ello, la adopción del régimen, que en años anteriores dividiera tan profundamente a los hombres y a los partidos.

Maldad de Rosas desmentida por "hechos" elocuentes y aplastantes para los gratuitos difamadores de la época. Instinto cruel que revela nuevamente el "Tiberio argentino", cuando se trata de la graduación de Vicente Fidel López, autor de la "Historia de la República Argentina", donde con ardor sin igual se fustiga el oprobio de Rosas; de don Guillermo Rawson, Andrés Somellera, Rufino Jacinto de Elizalde, Emilio Agrelo, Jacinto Rodríguez Peña, Benito Carrasco, José María y Claudio Mamerto Cuenca, Francisco Javier Muñiz, los Bosch y cien más que se gradúan bajo Rosas con todos los honores y facilidades; legión de donde salen los más reputados médicos, teólogos, abogados, brillantes escritores y hombres de acción que ha tenido el país, que constituyen todos sin distinción de partidos y colores, plata labrada de nuestro orgullo nacional. Muchos de ellos desde estudiantes enrolados en las filas adversas a Rosas, militantes con los unitarios, que formaron con los franceses, con los ingleses y con los Riveristas el conglomerado más peligroso a la consolidación de la nacionalidad argentina, que la definió y la sostuvo "en los hechos", quien previno nuestra disolución territorial y mantuvo latente por sobre todas las borrascosas agresiones, por sobre todas las dificultades económicas y políticas, el sentimiento de la República, que sólo así pudo llegar intangible hasta los constituyentes de 1853. (1)

---

(1) Florencio Varela emigró antes de la era rosista, el 29 de Agosto de 1829... Vicente Fidel López, autor de la famosa historia, de pensamiento tan fúlgido y vibrante, dramático de corazón, se ausentó un buen día de

De Rosas se dice cuanto de peor se ha escrito de los más sanguinarios personajes de la historia universal. Bastaría para justificarlo citar frases hechas aplicadas a Rosas de la "inteligente", propaganda realizada por los unitarios. Después de haberse enterrado al general Lavalle en tierra extranjera, en 1841, se afirmó que salvado el cadáver de dicho general en Bolivia, Oribe había exigido la extradición del mismo. El espíritu de ferocidad y el sistema de exterminio, parece ser cierto que comienza en Navarro con el sacrificio del coronel Dorrego, citando solo el comienzo de lo que puede llamarse "edad de Rosas"; se manifiesta al través de las proclamas: Lavalle decía: "Se engañarán los bárbaros, si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso degollarlos a todos" (proclama en Corrientes, 1839); entre las máximas de política y guerra circuladas por la comisión argentina, en Santiago de Chile en 1841, bajo la firma de Juan Gregorio Las Heras, Domingo Oro, Domingo Faustino Sarmiento, etc., figuran algunas como éstas: "es necesario emplear el terror para triunfar en la guerra". "Todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilación". "Debe imitarse a los jacobinos de la época de Robespierre". En 12 de Febrero de 1843 el presidente oriental Suárez refrendado por su ministro, al servicio de los unitarios, Melchor Pacheco y Obes, hacía estampar esta humanitaria declaración: "Todo oriental o vecino de esta República que sea tomado con las armas en la mano o la divisa del ejército invasor extranjero, será fusilado en el acto y por la espalda"; y por este tenor siguen decretos de confiscaciones, degüellos, incendios y exterminio, poniéndose en práctica el terrorismo que se aconsejaba. En Buenos Aires, se propagó el asesinato en todas las formas. El autor de las "tablas de sangre", de Rosas, es también el autor de esta evangélica frase: "es acción santa matar a Rosas". Más. Seduciendo a las mujeres de Buenos Aires con el ejemplo de Carlota Corday, y embriagándolas con esperanzas de gloria, incitábaseles al crimen. "¿No habrá una mujer en

---

Buenos Aires sin que nadie le molestase. Es sabido, que su señor padre era partidario decidido y admirador de Rosas, aunque el propio hijo pretenda atenuarlo... Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi y Juan M.ª Gutiérrez, en 1837 al inaugurar el *Salón Literario* hacen el panegírico de Rosas, mientras don Esteban Echeverría decía sueltamente la misma noche en son de protesta por la suma del poder acordada a Rosas, bello como el Belial de Milton — según López: *"Hemos realizado con escándalo del siglo una verdadera contrarrevolución"!...*

Buenos Aires, escribía el vocero del unitarismo, Rivera Indarte, bastante heroica para imitar a Judith y a Carlota Corday? ¿No habrá alguna que repitiendo las palabras bestiales que él ama, se introduzca hasta él para pedirle una gracia... y le sepulte en el vientre un puñal envenenado, como hizo Carlota con Marat? ¡Mujeres de Buenos Aires! Si alguna de vosotras emprende tan santa y gloriosa obra no se descuide de envenenar el hierro que destine a ella en un veneno activo, en tintura de cobre, arsénico, ácido prúsico; entonces una tijera, una aguja será bastante..."

Veamos ahora el reverso de Rosas, respecto a Rivera Indarte, que le acusó de los delitos más infames, en los que envolvía la reputación de "Manuelita", a quien también se llega a referir el doctor Urien con más acritud que Mármol, en su folleto de 21 páginas que editó por la Imp. Uruguaya en 1851, en Montevideo, publicación que envió a Manuelita, por intermedio del coronel Gimeno.

Rivera Indarte, "hombre desconceptuado por turbios antecedentes" cuyo libro mereció delicadas atenciones y preferencias del general Mitre y que el doctor Urien menciona entre los "elementos valiosos para que en su oportunidad se estudie al hombre funesto, que por tantos años hizo pesar su yugo sobre la parte del pueblo que le sufrió" (página 183): José Rivera Indarte, cuyo nombre lleva el mejor teatro de la docta Córdoba, fué expulsado de la universidad de Buenos Aires, por una falta infamante.

Consta en el "extracto del archivo de 1821 al 1850", (existente en la universidad de Buenos Aires) al folio 53, que se presenta solicitando ser admitido de nuevo en la casa. Informa el vicerrector aconsejando su admisión, por considerar purgadas las faltas del joven Rivera Indarte, que era él capaz de recibir modificaciones saludables, que acredita ya con certificados adjuntos, y el "Tiberio argentino", aborto del infierno, que se dice, cuya maldad tan esmeradamente se propuso demostrar el panfletista Rivera Indarte, el loco de Palermo y de Santos Lugares, permite al "Joven Rivera Indarte" su reincorporación al establecimiento, "si esa reincorporación la necesita para recuperar su honor". He querido tocar un solo aspecto de la cuestión y con todo, tiene el lector para decidirse entre el esbozo macabro de Urien y el perfil que surge de estos detalles que presentan a Rosas con un corazón que si no tiene la suavidad de las violetas, ofrece por lo menos

signos de visible humanidad; excesiva y contraproducente, a estar a las máximas políticas y de guerra que circularon Sarmiento, Calle, Oro y el propio agraciado cuyo reintegro a la vida universitaria le ofrecía bella oportunidad para recomponer su nombre y su crédito.

Las dificultades creadas a la Confederación Argentina por los que gratis se doctoraron, no alcanzaron ¡loado sea Dios! a impedir que se consumaran en los "hechos" lo que ha escrito el doctor Saldías estudiando la anarquía y la reacción orgánica: "la unión federal argentina se realizó entre los años de 1835 a 1840 por los auspicios de las provincias y bajo la dirección del general Rosas, a quien éstas confirieron las atribuciones del Ejecutivo nacional, que se mantuvo hasta 1852". La importancia de los "pactos" en nuestra Constitución, confesada en el preámbulo, no ha podido disminuirse por hábiles juegos de dialéctica y lógica especiosa hasta decirse: es absurdo creer que el Congreso (de 1853) se reunió en virtud de pactos... convenios sin prestigios... (1)

III

En la página 130, siempre haciendo cuadros, el doctor Urien escribe: "Rosas está en sitio seguro, a bordo del "Conflict". (Después de la derrota de Caseros). Allí se encuentra con el coronel Jerónimo Costa; dícese que es oficial de escuela. Lo ignoro, pero sí sé que, cuando llegó el caso, *también emporcó sus manos en sangre*". — ¿Se refiere el autor al emporcamiento del coronel Costa en sangre de franceses al tomar éstos para el general Lavalle la isla de Martín García, en 1838, o se trata de un crimen vulgar cometido sobre ciudadanos indefensos?

Costa, que pertenece a una antigua y conocida familia de Buenos Aires, es un héroe, así reconocido hasta por el comandante del bloqueo y jefe de la expedición a Martín García, Hipólito Daguenet. Intimada la entrega de la isla, como se recordará, el coronel Costa que la defendía, contestó estas palabras dignas del

(1) Benjamín García Victorica: "Orígenes de la organización nacional" — 1912 — Sin embargo, en la reunión plena del 20 de Abril de 1853, del Congreso Constituyente, dijo el doctor Seguí: "... el tratado del 4 de Enero de 1831, *base fundamental del Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos y ambos Pactos principio y causa del actual Congreso General reunido para constituir la República*"...

mármol: "Sólo tengo que decirle, que estoy dispuesto a sostener, según es de mi deber, el honor de la Nación a que pertenezco". (Octubre 11 de 1838). También se recordará que aquel puñado de valientes defensores de la integridad americana, entre los que se encontraba Juan B. Thorne, fué diezmado por la superioridad de las fuerzas francesas bloqueadoras en combinación con los unitarios argentinos...

Prisionero el coronel Costa, le fué devuelta su espada, y el mismo Daguenet, por su comportación heroica, le hizo conducir hasta Buenos Aires y entregar al gobernador Rosas, con una nota, que a su respecto dice: "lleno de estimación por él, he creído que no podía darle una prueba mejor de los sentimientos que me ha inspirado, que manifestando a V. E. su bizarra conducta durante el ataque dirigido contra él, el 11 del corriente, por fuerzas muy superiores a las de su mando".

Como se ve, no merece el coronel Costa ser denigrado; no merece y no puede serlo.

El desinterés y la hombría con que sirvió en Rosas a los intereses legítimos de América, y el infortunio que sus largos y probos servicios le comportaron sean bastante castigo para los que, vengándose de Rosas y de sus propios crímenes, desfiguran los hechos y los hombres de un modo atroz! No hay necesidad de infamar gratuitamente a los servidores de Rosas, que lo fueron del país, de la nacionalidad, de América fuerte y libre, porque ello resulta una satisfacción miserable y un esfuerzo dirigido, más que a otra cosa, a acariciar tumbas que no respiran ya los odios que se pretende inocular; que no nos deben alcanzar, olvidándolos en el interés de que sea el amor y la fraternidad lo que vigorice y enaltezca la nacionalidad, eliminando los resabios bárbaros y las adulaciones afrentosas.

La historia ha de hacerse, no por los que se dicen perjudicados, no por los cómplices, no por los corifeos de tal o cual tendencia política, a base de documentos de polémica, sino que ha de hacerse con el amplio criterio de investigación científica e impersonal, como ha de reconstruirse fundamentalmente el cuadro de la nuestra con esas pequeñas impresiones de vida, muchas de las que hasta hoy permanecen secretas y que constituyen el testimonio mejor, a que se refiere Thiers en su Historia de la Revolución Francesa: testimonio del momento en que los actores van a expirar, porque entonces se puede recoger de ellos la verdad, sin participar de todas sus pasiones.

Puede rotundamente contradecirse a los que dicen que los "servidores de Rosas" vivieron perpetuamente en el placer, en la abundancia, en la alegría y también en la inconsciencia bajo el terrible poder sugestionador del gobernante y gozando, como dice el doctor Urien del "pago o premio de las delaciones!..." De cartas particulares, que son los documentos a que Xenopol, en su "Teoría de la Historia", atribuye papel decisivo en la construcción histórica, tomo ligeras notas de las dirigidas a don Vicente Corvalán por el coronel Jerónimo Costa, quienes estaban vinculados por antigua y afectuosa amistad y por la solidaridad de la misma bandera y anhelo de libertad republicana.

Son, como se verá, retazos de pensamientos, de almas a las que el infortunio implacable no alcanzó a disminuir, conservando incólume el fuego que las encendía consagradas perpetuamente al bien y libertad de la patria.

Es con estos fragmentos de fibra heroica que se teje el gran drama, para cuyo estudio se requiere una no menos grande pasión por la verdad.

..."1 de Abril de 1847 — Los salvajes unitarios en Maldonado, que con la presencia del Pardejón (Rivera) habían creado algunas esperanzas, hoy ya se les han disipado como el humo, pues lo ven impotente y sin esperanza de hacer nada por estar completamente a pie... Han venido muchos pasados, éstos confirman cuanto dejo dicho... El Pardejón se ha vuelto borracho, pues dice uno de los pasados, que era su viejo sirviente, que desde por la mañana se le agacha a un botellón de caña que se rellena varias veces hasta la hora de dormir... Abril 13 de 1847.. La muerte del foragido salvaje unitario Vázquez ya lo sabía. En los infiernos con los demás salvajes unitarios, tal vez soliciten de su Majestad Lucifer les dé apoyo e intervenga en los negocios del Río de la Plata, apoyándose en lo mismo que en este mundo hicieron con la Francia y la Inglaterra..."

La cuestión anglofrancesa, promovida para facilitar la eliminación de Rosas, fué efectivamente contraproducente, y cuya importancia se ha intentado disminuir creyéndose apocar los méritos del jefe de la confederación, cuya conducta mereció hasta el decidido aplauso del general San Mratín, que por la cláusula tercera de su testamento, le consagró el sable que le había acompañado en sus campañas por la emancipación de América. Pero, en este empeño hay pocos adeptos y no puede atribuirse importancia a la descali-

ficación hecha por el doctor Urien y otros de la política internacional desarrollada por Rosas, que enalteció el concepto de América, llenó el viejo mundo con la discusión de sus intereses y aseguró en tratados memorables con las más grandes potencias principios de soberanía y hasta reglas de conducta a seguirse entre los fuertes estados de la soberbia Europa y las jóvenes nacionalidades del viejo mundo. Hace pocos días, desde su cátedra de Derecho Internacional Privado, con indiscutible autoridad, ha dicho el doctor Zeballos (3 de Junio 1914):

"Juzgadas las guerras anglofrancesas contra la Dictadura con el concepto moderno e independiente, dan la razón a Rosas, quien defendió la nacionalidad argentina para los hijos de extranjeros nacidos en el país y la obligación de los extranjeros domiciliados de defender el territorio, sus propios hogares y propiedades con las armas en la mano."

Y no es que los hombres como Costa y Granada, y el "militarote" Vicente González desearan la prolongación de la guerra para vivir de las prebendas que aparejaba su estado. Véase sino... "Julio 19 de 1848. Me han asegurado, escribe Costa, que los salvajes unitarios han solicitado la mediación de nuestro gobierno para entrar en negociaciones. Si esto es así yo creo que muy pronto esos malvados y nosotros habremos dejado de sufrir... No dejes de comunicarme lo que sepas, considera en qué ansiedad viviremos en esta soledad". (Desde Arroyo de Maldonado).

La tregua de los combates sólo permitía a estos héroes calumniados, tomar la pluma, no para impetrar mercedes del restaurador, sino para deslizar hasta el seno de la amistad íntima, como una consolación, la secreta congoja que los laceraba fortaleciéndolos, sin embargo, casi podría decirse, sublimándolos, como el bronce en medio de las llamaradas de la fragua: secretos dolores de grandes almas que van ocupando su lugar en la tabla de los valores argentinos por la propia gravitación de sus méritos, de sus sacrificios, mientras otras se alejan hasta perderse más allá del recuerdo, o penetran en la zona de lo fabuloso y de lo incierto.

Y ahora, yo deseo exhumar ante el recuerdo que se ha servido tener el doctor Urien para con el coronel Costa, un papel que vale por el mejor alegato; es el propio inculpado el que habla; escuche doctor Urien: "Arroyo de Maldonado Julio 25 del 48. — Preciso me es, querido Vicente (Corvalán) decirte que te has

equivocado en el motivo que origina mi estado de afección; muchos, tengo, es verdad, *pero mi alma es elevada, y reposo en mis antecedentes, en mis servicios* (y puedo decirlo en el seno de la amistad) *que me son muy honrosos,* y tan persuadido de ello, "que no tengo un solo acto en mi carrera", que no haya merecido la aprobación de mi gobierno, de cuantos jefes he estado subordinado, de mis camaradas y del pueblo. — Sobre estas bases descansa tu amigo... Mi enfermedad, querido amigo, tiene ya 12 años, de consiguiente debo estar muy cansado. Yo he hecho toda la campaña (van 9 años) poco menos que muriéndome y fingiendo muchas veces que sufría menos de lo que realmente sentía. Algunas veces me he levantado de la cama para batirme, y jamás me excusé de ninguna situación por mala que fuese; "así he servido siempre"! (1)

¡Estas son las líneas del hombre que se acusa! Se acusa, pero es dado preguntar porqué se calla sobre su muerte.

¿Habrá de pensarse acaso que el decirlo importe vejamen para alguna personalidad, para algún partido?

¿Habrá de pensarse que por la forma en que se hace morir al coronel Costa se avergüenza a la civilización? ¿Lo ignoran los que acusan o temen las furias, el silencio de los que imponen moldes, y látigos en mano — látigo de seda o de papel — imponen el criterio y hasta las palabras?

¡Responda el doctor Urien!

IV

En la página 160 remata los furiosos denuestos dirigidos a Rosas en el destierro: "fugado", como él lo llama, envolviendo de paso a sus amigos, "los secuaces de tiempos mejores", nuestros padres, abuelos, etc., y agrega: "protesta, (Rosas) en sus cartas escritas desde Southampton en el año 1853, así como las que escribió posteriormente, del despojo de sus bienes... pero nada dice en recuerdo y gratitud de las palabras que en contra del embargo de esos bienes pronunciaron los labios del entonces coronel Bartolomé Mitre y el doctor Félix Frías. Las palabras de Mitre — agrega el doctor Urien — en "Los Debates", se sintetiza-

(1) (Cartas de Costa en mi archivo). Esto vale algo más que cualquier acusación "de prosa descosida y pedestre".

ban diciendo: Que la confiscación de los bienes de Rosas era un atentado, y que las dilapidaciones del mismo debían ser comprobadas en juicio. Esto era lo moral y lo justo, dice Urien.

El doctor Urien cita erróneamente o simula ignorar los discursos pronunciados por el coronel Mitre en la Legislatura de Buenos Aires, los días 3 y 6 de Julio de 1857, tratándose el proyecto de ley que ordena el enjuiciamiento del "tirano Rosas".

Siendo la Legislatura, y no "Los Debates" la que resolvería la cuestión, parece elemental estar a las palabras del diputado Mitre y no a las del periodista Mitre que estaba como tal, en "lo moral y lo justo"; y que, como veremos en la otra faz, que no muestra Urien, estaba en lo inmoral y en lo injusto. Mitre dijo en la Legislatura: "del lado de éstos he de estar, (de los proscriptos) señor presidente, y si fuera ésta una ley de confiscación, por esa ley de confiscación estaría, porque diría con la ley romana: aplíquese a Rosas la ley que él aplicó a los demás y si él confiscó, impóngasele a él la pena de la confiscación. Sin embargo, no se trata ahora de la confiscación; pero si se tratara yo (Mitre) con la mano puesta sobre mi conciencia, votaría la ley que impusiera esa sentencia al tirano, que saqueó el tesoro público y expolió a los ciudadanos" [1] (Arengas de Mitre — Bib. de *La Nación* — 3.ª Ed. — Unica comp. — Tomo I — 1902 — págs. 152 y 153). El coronel Mitre, como se ve, sostenía una tesis repugnante a la moral, por la cual se ordenaba *robar* al que se decía ladrón. Nada más caprichoso e inexacto. — Rosas no robó y opongo a Mitre, que cita Urien, — pues no es oportuno entrar a pruebas propias, — el testimonio del doctor Ramos Mejía, que acaba de fallecer. El doctor Urien cita en su apoyo al mismo grande hombre autor de "Rosas y su tiempo".

"Pesaba sobre mí, dice el doctor Ramos Mejía, el concepto popular hecho carne en la mente de dos generaciones por la pluma fulgurante de Rivera Indarte... Recuerdo que mis escrúpulos estrujaban al lenguaje para sacar una forma satisfactoria a la pasión política, hasta que, por fin, triunfó la probidad histórica y estampé el pensamiento con franqueza: en el manejo de los di-

---

(1) Decía el general Mitre en carta al autor de la *Historia* de la Confederación Argentina: Doctor Saldías: "Tengo a Rozas... como administrador de los caudales públicos por un ladrón... Detrás del presupuesto oficial, de los millones de pesos que usted trae, sin mencionar su registro falso de órdenes unipersonales en que no se daba cuenta sino con la orden misma"... Para que se juzgue el valor de afirmaciones pro-

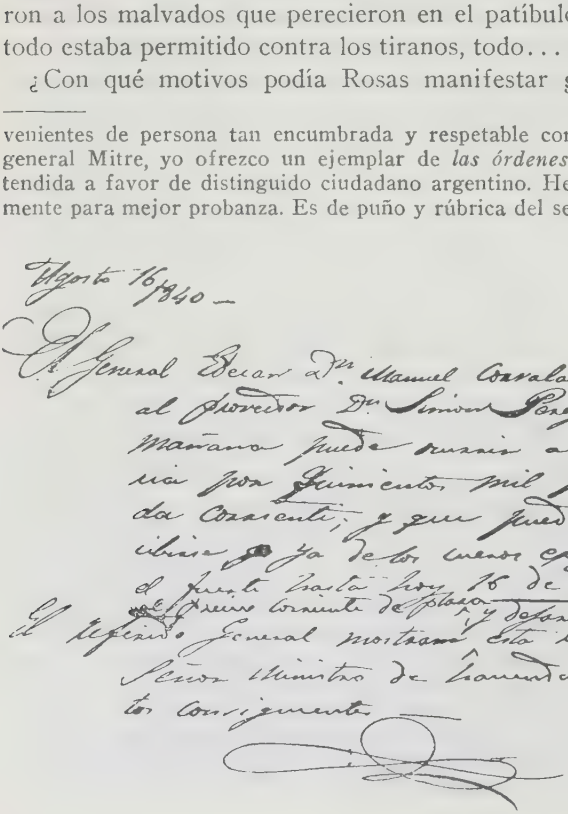
neros públicos, *Rosas no tocó jamás un peso en provecho propio, vivió sobrio y modesto y murió en la miseria;* la raza argentina de antiguo cuño fué así, hasta en sus tiranos". — José María Ramos Mejía. — "Rosas y su tiempo" — Tomo I. — "Introducción", págs. 17 y 18. — Ed. Lajoaune, 1905.

Se comprenderá que no he querido recurrir al historiador Saldías, en refuerzo de prueba, dada la obcecación de algunos escritores llamándole "panegirista". Félix Frías y Carlos Tejedor, antiguos guerrilleros de Lavalle, proscriptos de verdad, fueron, sí, los que se opusieron al embargo de los bienes de Rosas; dijo el doctor Tejedor: que la sociedad era solidaria de sus crímenes; — y el doctor Frías apostrofando virilmente al sustentador de la ley romana llegó hasta preguntar, a los que quieren corra más sangre, si tienen ellos el derecho de acusar. Tejedor y Frías eran acusados porque defendían la moral y lo justo: Por fin, dijo Frías: aquí se sientan, entre nosotros, los que defendieron a los malvados que perecieron en el patíbulo, agregando que todo estaba permitido contra los tiranos, todo... menos imitarlos!

¿Con qué motivos podía Rosas manifestar gratitud hacia el

---

venientes de persona tan encumbrada y respetable como lo fué el señor general Mitre, yo ofrezco un ejemplar de *las órdenes unipersonales,* extendida a favor de distinguido ciudadano argentino. Hela aquí, fascimilarmente para mejor probanza. Es de puño y rúbrica del señor general Rosas:


Agosto 16/840 —

El General Decano Dn. Manuel Corvalan previendo al Proveedor Dn. Simon Pereyra que mañana puede reunir á la Escuadrilla por Quinientos mil pesos moneda Corriente; y que puede ademas ir ibiar ya de los buenos existentes en el puerto hasta los 15 de Agosto — que vienen tomente de plazo y debera

El referido General mostrarse esta resolucion al Señor Ministro de Hacienda á los efectos consiguientes —

coronel Mitre? El doctor Urien, hay que creerlo, hizo la cita de memoria y olvidó al hacerlo que Rousseau decía: la memoria es como el papel secante...

Con razón, y permítase la cita del doctor Saldías: Porque una era la ley, uno el derecho en beneficio de los civilizadores, y otra era la ley y otro el derecho en castigo de los bárbaros.

Se fusilaba a Costa, Bustos y otros militares de antigua estirpe, en virtud de condenación anterior al hecho de ser vencidos pero se clamaba contra los bárbaros que fusilaban al doctor Aberastain, acusado por el general Urquiza de ser coautor del asesinato de los gobernadores Benavídez y Virasoro; sangrienta teoría de civilización y de barbarie desacreditada hasta por el hecho histórico de que, por sobre los planes exclusivistas de los que se pretendían civilizadores, predominó a la larga y por consenso nacional la obra del instinto iluminado de los llamados bárbaros...

El alzamiento del 11 de Septiembre era conceptuado tan transcendental como la revolución de 1810; se antojaba que había levantado "una nueva y gloriosa nación". Y ello no era del todo antojadizo, pues en el diario *Los Debates* se le había bautizado con el nombre de "República del Plata". Bien es verdad que había impuesto sacrificios enormes como *el de haberse don Valentín Alsina paseado del brazo con el comandante Cuitiño,* coautor del alzamiento, en compensación de lo cual Cuitiño fué al patíbulo.

Así eran las épocas. Los hombres se elevaban y descendían en el concepto de los círculos "confiscadores", según las pasiones. Así escribe el mismo doctor Saldías: "Urquiza era el último representante del bandalaje. Anchorena, López, Irigoyen, Terrero,

---

(1) Para dentro de poco me prometo publicar cuando menos un inventario razonado de numerosas piezas de mi archivo histórico que se refieren inmediatamente al manejo de fondos y demás actos administrativos de la época de Rosas y que concurrirá a dar un mentís rotundo a los *noveladores de la tiranía,* por más que se pretenda descalificar los documentos por el *pecado de su origen.* Ya el señor Groussac, dijo en su estudio "El Desarrollo Constitucional y las Bases de Alberdi" que no ha faltado quien consultara a Rosas, en Southampton, para transmitirnos lo que debíamos pensar sobre los degüellos del año 40"... El escritor Groussac no dice que Rosas, manifestó alguna vez que el juicio sobre sus actos no podían emitirlo ni sus amigos, que pudieran ser tachados de "complicidad en los delitos", ni sus enemigos, "que se dicen perjudicados por los mismos"... ¡Ese es Rosas!

Pico, Rosas y cien otros sufren excomunión mayor. — Guido era un mazorquero viejo; del Carril un apóstata de los principios; Derqui otro apóstata servil; Alberdi un traidor; Sarmiento un loco peligroso; Gutiérrez y Gorostiaga palaciegos acomodaticios; Zuviría, Colodrero, Rojo, Pérez, Fragueiro, Colombres y otros eran mazorqueros recalcitrantes que de Urquiza recibian las migajas que ya no podía darles Rosas. Alvarado, Mansilla, Iriarte, Pedernera, Virasoro, Quesada, Lagos, gauchos sableadores por la nuca!!"

V

Otras páginas del libro "Mansilla" están destinadas a fustigar la "canallería" de Rosas y su cobardía con motivo de las cartas que dirigió al general Urquiza y personas de su amistad, a quienes, dice Urien, "extendió la mano como pordiosero" en procura "de una limosna por Dios". Nada nuevo se agrega que menoscabe el concepto que merece Rosas en su situación de expatriado, debatiéndose en la difícil situación que le crearan los hombres de Buenos Aires, sancionando la indebida apropiación de sus bienes, y hasta las de su esposa e hija. Pero lo cierto es que Rosas, que gobernó tantos años con las facultades extraordinarias; poseedor de una fortuna privada enorme, hecha por sus propias manos, vivió modesto y murió en la miseria, dando el reconfortante ejemplo de haber trabajado hasta la misma tarde del mes de Marzo de 1877 en que fué atacado de congestión pulmonar, guardó cama y asistido por su amorosa hija y el doctor Wibbling, falleció tranquilamente en la mañana del 14 de dicho mes, siendo enterrado sin pompa alguna después de colocarse sobre su modesta caja mortuoria una chapa con la siguiente leyenda: "Juan Manuel de Rosas" — Nació el 30 de Marzo de 1793. Falleció el 14 de Marzo de 1877".

Por lo demás, podría ofrecer a la curiosidad pública, cartas inéditas de doña Josefa Gómez, del general Urquiza y de otras personas que trataron de aliviar al ex-gobernador y auxiliarle en sus necesidades. No es ésta la oportunidad, pero puede anticiparse que en vez de afear, hermosean a los protagonistas y se exhiben sentimientos íntimos que enaltecen la condición humana, bien que algunas personas no puedan concebir sino mezquinos

sentimientos y no se vean conformes sino cuando se les identifica y cristaliza con el horrible rostro de Moloch!

VI.

No podía faltar. En la página 130 se reedita una conversación sostenida por el general Rosas a bordo del "Conflit" con el coronel Costa; fantasía vulgarizada hasta por los almanaques de barrio y por ella se viene a repetir lo que se tiene dicho tantas veces: Que Rosas no pensó jamás en constituir el país. — El doctor Urien ignora la época de Rosas, quiero creerlo así para no pensar que sus afirmaciones son hijas de un criterio retrógrado y de un espíritu que se debate entre la impotencia y la perversidad, como si se tratara de un secuaz cualquiera.

Tiene, sí, en su abono el antecedente de que López, Del Valle, Estrada, Mitre, etc., han dicho lo mismo, es decir, que él repite lo que ellos dijeron por no tener el trabajo de estudiar o por no confesar hidalgamente que el hombre tan implacablemente combatido es el autor de nuestra organización "en los hechos" que permitieron la sanción de la carta de 1853.

Desde 1810 hasta 1827 fracasaron con peligro de la independencia proclamada con defensas miméticas todas las tentativas, ocurriendo dentro de este período desgraciado de convulsiones y ensayos, los sucesos más contrarios al afianzamiento del régimen de libertad e igualdad, que se decía perseguir. El brillante escritor y profesor universitario, don Ricardo Rojas, en el tomo 3.º del "Archivo Capitular de Jujuy": "Origen del Federalismo" — dice: ...así fué perfeccionándose el instrumento de fuerza que esgrimiera Rivadavia y que al ser recogido después en 1820 por los caudillos, sirvió para la guerra fratricida, — y, lógica triste de la historia, — para arma de su propia inmolación. Rivadavia creó en 1811, a un año apenas del Cabildo de Mayo, la prepotencia armada del Ejecutivo sobre el Congreso, de la fuerza sobre la deliberación, del despotismo sobre la libertad, quiso crear la de Buenos Aires sobre la Nación, y al expulsar violentamente a los diputados, que el pueblo de Moreno llamó en 1810 para fundar la República, hizo languidecer en las provincias su fe, en la generosa capital de Mayo, y su fe en los cons-

tituyentes que el propio señor Rivadavia había de ofrecerles varios años después".

*

Veinte años atrás de 1853, ¿qué se encuentra? La obra de Rosas, contesta la probidad histórica. La unión de todas las provincias, la nacionalidad esbozada sobre el régimen republicano, determinado por el pacto federal de 1831.

Y tan fué necesaria y benéfica la presencia de Rosas, que en 1859, en ejercicio la constitución del 53, la provincia de Buenos Aires, segregada de sus hermanas de la confederación, pretendió erigirse en "República del Plata".

¿Es acaso posible pensar que Caseros transformó, fundamentalmente, la situación general del país hasta el extremo de permitir, sobre los redobles de la victoria, lo que no se había conseguido hasta el año 27? No. Y eso fué dicho en el Congreso del 53: aun no es tiempo de dar la Constitución. Ha acaecido entre nosotros "un cambio de gobierno que quizás no haya sido sino de personas, no de ideas"... Si, pues, se dió la Constitución, a pesar de las objeciones formuladas por el presidente Zuviría y Fray Manuel Pérez, diputados por Salta y Tucumán, respectivamente: si como dijo otro diputado, Gutiérrez, "la Constitución no es una teoría, nada más práctico que ella; es el pueblo, es la Nación argentina hecha ley", debemos rendirnos ante la evidencia de que ella se había realizado en los "hechos" antes del 3 de Febrero de 1852, bajo y por Rosas, correspondiendo al general Urquiza el insigne honor y gloria de haber convocado a gobernadores y pueblos para cumplir sus anhelos concretados en el pacto que empezó por reconocer como ley fundamental el inmortal Congreso del 53.

Pero, se dirá: es que bajo Rosas y por sobre su "tiranía" se operó la evolución que cambió el espíritu, transformó las costumbres, aplacó ambiciones, creó necesidades e impuso la Constitución, iluminados y corregidos por la experiencia de los dolores pasados, una vez que se levantó la plancha de plomo que oprimía las voluntades y anulaba los caracteres. ¡No! Según los implacables censores de la época, Rosas deformó y destruyó todo crecimiento, toda evolución la impidió en germen: y hasta para confiscar las ideas mandó talar por centenares las cabezas...

¡Las mandó cortar aun en el seno materno! Entonces la lógica se impone, y el dilema se plantea fatal. (1)

DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU.

Julio 1914.

---

(1) El brigadier general don Manuel Oribe, cuya bella figura militar y moral, ha documentado de mano maestra mi distinguido amigo don Aquiles B. Oribe, aparece entre los *cínicos rosistas,* cuya memoria tan refinadamente se execra! Parece, en verdad, temerario comprometer un esfuerzo para reivindicar el buen concepto de ciertos hombres, tan aporreados por la crítica, pero, precisamente la borra que flota en todos los juicios nos advierte que no estamos, que no somos todavía *verdadera posteridad,* y que las pasiones no están aun serenadas... El general Oribe, de quien conservo muchos papeles, así como de su esposa misia Agustina Contuci, y demás familia, esperaba justicia a su vida, con la tranquilidad que se desprende de la siguiente carta cuya inclusión en esta nota no puedo excusar, siquiera sea como protesta a determinados procedimientos que más parecen dirigidos a *difamar que a ilustrar!* "Señor don Vicente Corvalán. Migte, 17 de Abril de 1852. Mi querido amigo. Usted que me conoce se podrá figurar el gusto que recibí cuando me entregaron su carta y por ella veo que usted es mi antiguo y verdadero amigo. *Nada de cuanto me dice me es extraño, pues usted que ha vivido tantos años conmigo y estará penetrado de mi modo de proceder, no le habría causado poca sorpresa de oir el juicio, que de mí han hecho personas que tenían tantos motivos para respetar mi amistad sincera y mi consecuencia tan acreditada hasta después de los sucesos aquí;* pero no por esto, mi querido Corvalán dejaré jamás de ser el mismo. Después que se pasen algunos años y que los partidos se calmen, los argentinos y orientales me harán la justicia que me merezco (dispénseme esta vanidad)... A su señora y su niño mis cariñosos recuerdos. Agustina, Dolores, Pepa, Felipe y Maza le saludan a usted y yo me repito con sinceridad de usted su atento amigo, Manuel Oribe". Para que esta carta no pierda su encanto y su íntimo carácter, trascribo la posdata que dedica a mi abuela, la esposa del brigadier. Dice: "Mi querida y muy estimable amiga Venturita: a usted, a mi estimado y digno amigo Corvalán, Vicentito (mi padre), y también a mi apreciable misia Carmen (esposa del coronel Granada) y familia, saludo yo, y mis hijos con la sincera expresión de nuestra invariable amistad, rogándole después de lleno este deber, se digne en nuestro nombre, saludar muy afectuosamente al honrado señor don Esteban Rams y familia; y ustedes, amigos muy recordados y estimados, dígnense recibir con estos renglones la seguridad de nuestra verdadera y reconocida amistad, pues es de ustedes muy amiga affma. servidora q. s. m. b. Agustina C. Oribe."

¡Rosas había caído ya, pero incólume salvóse el sentimiento que unió a los hombres que gobernaron, y a las familias hasta quienes se ha pretendido salpicar con sangre de *inocentes víctimas,* inmoladas a una sed de inexplicables venganzas! Se salvó eso y todo lo más bello que surge de estas antiguas cartas con cuya lectura compenso el amargo calumnioso de ciertas propagandas! (D. C. M.).

NUESTRO FOLLETIN

"Las almas", por Eulogio R. de la Fuente

En Abril de este año apareció en Buenos Aires una novela, hermosa y extraña, de un escritor español residente en la República desde largo tiempo. La obra, titulada TODA LA SED, *ha sido leída, pero no tanto cuanto lo merece. Su autor, Eulogio R. de la Fuente, un solitario de alma atormentada, plantea en su libro, presentado en forma de novela, los más inquietantes problemas que agitan el espíritu humano, a los que intenta dar una respuesta dentro de las situaciones que en su misma novela él crea. Pero* TODA LA SED *no es más que la iniciación de este propósito filosófico; no puede ser otra cosa, destinada como está la novela en gran parte, a presentar los personajes y a tramar con sus pasiones los primeros dramas de los que han de salir las primeras soluciones. El autor ha acabado ahora la segunda parte de su obra que abarcará varios volúmenes. Se titula* LAS ALMAS, *y si bien es continuación de* TODA LA SED, *puede ser leída independientemente, con un conocimiento sumario de la acción que en ésta se desarrolla. Porque no se trata de una novela de fáciles intrigas, sino de ideas... Teniendo en cuenta esta circunstancia,* NOSOTROS *ha creído servir la causa de las buenas letras y hacer cosa grata a sus lectores, adquiriendo del señor de la Fuente los derechos de publicación de su novela* LAS ALMAS, *que comenzará a aparecer desde el próximo número, precedida de un claro resumen del argumento de* TODA LA SED. *No se trata ciertamente de un libro vulgar. De su mérito sólo podrá juzgar aquél que no busque en él una trivial narración de aventuras, sino almas e ideas. Almas el autor sabe en verdad crearlas: su visión de los hombres es shekspiriana, y el lector ha de advertirlo desde el primer capítulo. Ideas, sabe lan-*

zarlas a manos llenas en las páginas de su obra: ideas peregrinas, paradojales, brillantes, absurdas... El lector las avaluará. Sea como sea, repetimos, se trata de un libro nada vulgar, que — como escribió Roberto Giusti de TODA LA SED *en el juicio crítico que le dedicó en esta misma revista en el número de Mayo próximo pasado, "ni por la concepción, ni por el desarrollo, ni por el estilo presenta superficiales semejanzas con obra alguna. El autor no imita; es un maestro: piensa, construye, dialoga, escribe con entera originalidad."*

Como muestra del estilo del autor, damos a conocer unas páginas de TODA LA SED, *que pueden aislarse del conjunto por ser un cuento que no tiene trabazón con el resto de la novela.*

LA DIRECCIÓN.

LA DONCELLA PIOJOSA

Aunque el mes de Diciembre es, ordinariamente, el más frío del año en Budapest, hubo un año en que fué inclemente en demasía, pues los días y sus noches alternaban entre heladas muy bajas y lloviznas ateridas. Cómo Nupling resistió su intemperie es cosa que sólo podría contarse mal. Las cuatro o cinco veces que se le vió circular por la ciudad se observaron en él grandes cambios de indumentaria y de talante, siendo de advertir que marchaba más impasible cuando iba menos vestido y más ligero de estómago.

Nupling era el mendigo de los barrios aristocráticos y de vez en cuando le caía encima algún traje pasable de ayuda de cámara, que jamás se ponía, ni en los días solemnes. Quizás el invierno lo retuvo prisionero en algún barrio popular donde hubiese encontrado mejores refugios, a la manera de los esquimales enclaustrados mal de su gusto en ciudadelas de nieve. El hecho es que apenas pasó la racha durísima y amaneció la primera mañana tibia y soleada, Nupling, harto de comer mal, de dormir peor y de pedir permisos y licencias hasta para estornudar, se dejó seducir por sus rebeliones adormiladas, que lo empujaban hacia latitudes desconocidas, ansioso de calor y alivio. Circuló por la capital a grandes pasos, como cazador ágil, sin acordarse de tender al prójimo la mano pedigüeña; y al caer la tarde, verdadero

bostezo de la primavera, se sujetó el zurrón de mendrugos al cuello, hizo en el aire con el palo descascarado varios remolinos despidiéndose de las grandezas un poco babilónicas de Budapest y emprendió la marcha, abierto el ánimo a toda casta de aventuras y de reveses, tranquilo como curtido explorador de los confines de la desolación y del hambre.

¿Aventurero?... ¿loco?... No vale creerlo. Nupling emigraba y eso es cosa corriente: lo que pasa es que el camino por donde se toma no es menos malo que el que se deja. Nupling no era tan iluso que no supiera que en la vida todo es peor. Había sido siempre un mendigo y no andaba lejos de ser un viejo: ¿qué desastre podría hacerle descender en sus miserias? Nunca había conocido oficio ni ley. Sabía leer y casi llevaba en su zurrón más papel que pan: los mendrugos nunca saciaban su hambre; en cambio, los impresos le ayudaban a sentir la ventura de los hermosos sueños. Una cosa de las ciudades le había maravillado; era la risa de las mujeres dichosas; él no conocía a las mujeres más que por sus risas, que debían ser convulsiones de voluptuosidad y gozo... Caminaba resoplando, duro el ceño a la soledad crepuscular del campo, que no prometía mucho, ligero con la sencillez espartana de su bagaje y saludando con muecas burlonas la niebla que empezaba a descender y que, lejos, se apelotonaba borrando el paisaje. Treinta y cinco años había vivido de las larguezas casuales y no desconfiaba demasiado. Antes que la noche cerrara, comió los mendrugos más duros, echando de menos un plato de caldo que le animaría a tamborilear con los dedos en el estómago antes de dormirse; y habiendo encontrado un puente de tablones tendidos sobre una zanja ancha, se acurrucó debajo, abrazado al garrote. Pero ¡oh, milagro!... debajo de los tablones había otro zurrón y roncaba débilmente una mujer dormida... Nupling vaciló, no sabiendo qué hacer. En la llanura no había divisado otro refugio ni visto una sola cabeza humana: se creía el señor de las brumas bajas, amo de sus movimientos, soberano de sus deseos y de su soledad, y he ahí que topaba con un soberano anterior de la desolación campestre y con una cabeza humana que le invitaría sin ceremonia a marcharse.

— Buenas noches — dijo, decidido a encarar los hechos.

La mujer se incorporó sobre un codo, sobresaltada, mascullando mal despierta:

—¿Qué es eso? ¿quién está ahí?...

—La noche es fría y venía a dormir aquí. Soy pobre—contestó Nupling.

—¿Vienes a echarme?—preguntó la mujer con miedo.

—¿Por qué?... ¿No caben aquí dos miserables?...

—Busca otro sitio—dijo la mujer con tono receloso.—Llevo dos noches sin dormir y quiero llegar a Budapest temprano.

—¿En qué te estorbaré?—le preguntó Nupling, deseoso de tranquilizarla.—Los pobres no tienen nada que se robe; los pobres sólo tienen su mugre y su hambre. Yo soy el más fuerte y podría echarte; sin embargo, te pregunto si me dejarás dormir aquí. Es de noche y no sé si eres vieja o joven ni si tienes úlceras; no me arrimaré ni a tus remiendos.

—Haz lo que quieras—refunfuñó la mujer, abrazando cuanto le fué posible su zurrón de mendrugos.

Nupling se desembarazó del suyo y se tumbó en el suelo. La noche pasó silenciosa y Nupling no se acordó para nada de la tacañería suntuaria de los grandes portalones de la ciudad, bajo cuya protección durmiera tantas veces. La mujer se agitara a ratos, con inquietud, pero acabó sosegándose vista la inmovilidad reposada de su compañero. Apenas fué día Nupling salió al aire: no había tenido necesidad para ello de abrir puerta alguna; se desayunó con el espectáculo de un hermoso sol y aderezó la barba con el mismo cuidado con que acostumbraba a prepararse para entrar en los templos. No había mirado aún a la mujer, que tosía debajo de los tablones. ¡Bah! una mendiga no ríe como las mujeres dichosas, ni es blanca, ni tiene piel suave... La mujer salió también al sol. Se derretían en el camino hilos de escarcha que desataban en chispas brillantes todos los colores de la luz. Muy lejos, sonaba la campana de una iglesia de aldea, llamando para la primera misa.

—¿Preparas tu almuerzo, mujer?—preguntó Nupling, estudiando la fisonomía miserablemente amarilla de la desconocida.—El sol no calienta mucho y el fresco aumenta el apetito. Ayer hubiera podido convidarte con carne.

Ella le miró de arriba abajo, descontenta. Sus ojos amoratados tenían la dureza vaga de la calentura.

—Para los pobres el invierno es malo—dijo.—Yo soy mucho más pobre que tú, puesto que ayer no almorcé con carne. Por las mañanas casi siempre chupo carámbanos y eso no engorda. Creo que en Budapest me irá mejor.

— Allí se hacen buenas comilonas de vez en cuando — murmuró Nupling; — yo huyo de esa babel, harto de mendrugos blancos: cuando no tenga esqueletos de gallina que chupar, lameré las piedras. Sí, tú no has engordado por esos mundos; hasta me parece que andas con fiebre y que tienes miedo de todo y de mí... ¿Quieres pan?... tengo pan de los palacios que no estará muy duro.

— Cada cual comerá del suyo — le dijo ella, agriamente. — ¿Acaso tendrías tu tocino limpio?

No quedó Nupling muy contento de tal respuesta. Dió con el palo descascarado algunos golpes lentos en una piedra enterrada en el camino, miró hacia la ciudad de la que se divisaban mal las cúpulas de las torres muy altas y dijo, tropezando al hablar:

— No tienes buenas entrañas, mujer. Eres pobre por fuera; pero eres posiblemente mucho más pobre por dentro. De verdad te digo que no hay que sorprenderse de que los ricos tengan el corazón duro y nos echen con asco.

— ¡Dios los castigará! — repuso la mujer. — ¿Por qué me reprendes si tú eres más rico que yo?

— Es cierto que lo soy — contestó Nupling, entristecido; — tan rico, que no me costaría ningún trabajo deshacerme de todo lo que tengo, con un puntapié de príncipe. Pero... mujer, tú eres joven y debes tener aún en la sangre algún jugo bueno. ¿Estás ya chupada, como las viejas abadesas?

Viendo que no respondía una palabra y que la cara de la desconocida se había congestionado, Nupling se arrepintió de haber sido demasiado áspero. No conocía a las mujeres... ¡ah, las mujeres, el gozo de las mujeres!... Una oleada dulce le subió a Nupling hasta la garganta, con ese pensamiento. Una pobre ¿no era también mujer, por pobre que fuese?... Le pareció que el sol se filtraba amistosamente en sus abstinencias y bajó los ojos, bastante turbado.

— ¿Eres sola?... — le preguntó, disgustado de haberse vuelto tímido.

— En Budapest tengo un pariente zapatero. No sé si habrá muerto de viejo.

— Bueno: ¿y si fuese yo tu pariente?... Supongamos eso: ¿seguirías sola tu camino?

— ¿En qué podrías ayudarme? — le preguntó ella, mirándolo

recelosamente otra vez. — ¡Hum! si mi pariente fuese como tú, no iría a verlo dos veces.

— Y si él necesitara de tí...

— ¡Bah! necesitar de una pobre...

— ¿Te parece imposible? — gruñó Nupling, enredado en sus ideas casi nupciales, que lo atosigaban. — Pues no hay nada de imposible. Mujer: hace tantos años que no tengo nadie a quien amar ni que me quiera, que no saco ya la cuenta de cuantos años son. ¿Quieres... quieres que yo cargue con el zurrón de los dos?

— ¡Gran hazaña! — contestó ella, escupiendo. — A las mujeres nos dan siempre más limosnas y mejores. ¡Juntarnos!... eso se dice pronto; pero ¿saldríamos con eso de pedir? ¿tenemos nosotros camas donde parir los hijos?... El querer es para las marquesas, que tienen tiempo para todo y que no necesitan romperse la mollera pensando si comerán una comida de piltrafas en el día. ¿Qué tienes tú para darme?

— Nada, mujer — confesó Nupling, apretando los puños. — Nada tengo más que mis sentimientos y puesto que tú los desprecias es prueba de que valen menos que una piltrafa. Pero los pobres, aunque seamos pobres como la ceniza, ¿no tenemos alma y no podemos con ella confortarnos de nuestra hambre?

— ¡Me harás reir!... — replicó la mujer, tosiendo lastimosamente. — ¿De qué país vienes? ¿cantas tus romances muchas veces?... ¿De dónde sacas tú que tienes fuerza para llevar mi zurrón? El primer día sí que lo harías; pero después me partirías las costillas si no me derrengaba yo con el mío y con el tuyo. Y ¿para qué?... para comer menos y para vivir más perramente. ¡Bendición divina!... para vivir como dos infames pecadores!...

— Oye, mujer — dijo Nupling que desfibraba su palo con los dientes; — cerca de la iglesia de San Esteban encontrarás un convento, todo hecho de piedra, con celosías altas y estrechas. En ese convento reparten a las doce de cada día un plato de sopa a los pobres. Hace tiempo, un ladrón penetró en el huerto del convento y se llevó las nueve peras de un arbolito que daba las mejores peras de Budapest. La abadesa planteó querella y los gendarmes se pusieron en movimiento, porque el suceso era una profanación escandalosa. Al fin dieron con el criminal; era Totti, vendedor de diarios, huérfano: a los doce años, no llegaba todavía. Los gendarmes agarran al rapaz y se lo llevan al convento. El muchacho reía con los ojos, feliz de ser tan niño, ignorante de

lo que era un robo y una profanación. La abadesa compareció detrás de la cortina del locutorio. "—Este es el reo—dijeron los gendarmes—y está convicto de merecer una buena reprimenda..." "—¡Una reprimenda!...—les dijo la abadesa a los gendarmes.—Ya no hay, entonces, cárceles en Hungría?..." "—No tiene edad para sumariarlo—le hicieron notar los gendarmes;—la ley no castiga a los ángeles..." "—¡Que pongan, pues, en la cárcel a su padre!—les contestó la santa religiosa.—A dónde iremos a parar si nuestro huerto queda a disposición de los ángeles de la ley?..." Los gendarmes se retiraron; y ellos, que eran grandísimos pecadores, echaron mano al bolsillo, contaron algunos cobres y le dicen a Totti:—"¡Ve al mercado y hártate de peras! ¡Al diablo la *madre* de nadie...!"

—Hablas infernalmente de las monjas—le recriminó la mendiga;—Dios te castigará.

Nupling empuñó su palo descascarado y se irguió gigantescamente en el camino. Duro, hosco, brutalmente desolado en el fondo de sus abstinencias, añadió:

—Mujer, vete! Alza enseguida del suelo tus mendrugos y márchate! Tú mereces tus piojos; tú eres más miserable que ellos. ¿Sabes alguna cosa de las alegrías que podrías dar? ¿sabes algo de la fortuna que se puede guardar en el corazón?... Eres tacaña y pobre: te quedas sin tu parte de felicidad por la envidia de la que darías tú. Mereces morir de hambre o de una coz. ¡Vete de aquí, huye pronto, mujer de nadie, madre de nadie! ¡ve a comer la sopa del convento y a dar gracias a Dios por comerla!...

Cuando la mujer estuvo a más de cien metros, Nupling dejó finalmente de perorar y de gesticular. Impasible otra vez, dijo entre dientes:

—No estuvo esto fuera de tiempo. ¿A qué ir más lejos? Basta de mendrugos. No hay más que mendrugos; estoy harto. El sol no calienta; también el sol da limosnas: que vaya si quiere a repartirlas entre los magníficos cardenales.

Ese día no abrió para nada su zurrón. No leyó, ni comió. Tampoco hizo en el siguiente, ni en el otro, ninguna de esas cosas. Y así murió Nupling, sin necesitar nada, harto del todo, como un gran señor de las latitudes de la abstinencia y del hambre.

EULOGIO R. DE LA FUENTE.

LETRAS ARGENTINAS

Aguas abajo, por Eduardo Wilde. (1)

Acaba de publicarse "Aguas abajo", libro póstumo de Eduardo Wilde. Junto con "Prometeo y Cía.", "Por tierras y por mares", "Tiempo perdido" y algunas otras cosas, forma este volumen la obra literaria — sino muy extensa, valiosísima por su calidad — de aquel incomparable espíritu; el más positivamente original y sorprendente de toda nuestra literatura.

Un libro de Wilde es sin duda una cosa digna de celebrarse como inestimable regalo intelectual. Nada más lleno de interés, de sutilidad, de gracia, y a menudo de hondura que una página cualquiera de este amable escéptico que vivió derramando su ingenio en un derroche prodigioso de aticismo burlón y de penetrante ironía.

La selección rarísima de su talento le destaca de entre la pléyade de escritores nuestros de todas las épocas, otorgándole sitio aparte y categoría prominente. Y si puede haber aún quien crea en la ligereza de su producción porque él la lanzaba así, como al desgaire, incapaz de ponerse previamente el frac del "literato", hora es ya de decir que Wilde es de los que más verdaderamente ilustran y honran la literatura nacional, por su significación especial y perdurable, por su visión "sui géneris" de las cosas, que le destacaría en cualquier ambiente; por la suma de sentido filosófico y de cultura profunda que esconden bajo su aparente frivolidad sus escritos imperecederos; por su verba única que le hace el más imprevisto y estupendo de los estilistas que entre nosotros hayan cultivado una manera propia.

---

(1) Esta nota fué publicada por mí como simple suelto en el diario *La Mañana*. En vez de repetir sus conceptos, encuentro preferible reproducirla en esta crónica. — A. M. L.

Eduardo Wilde, entronca, en efecto, con la familia de los grandes humoristas: de los Swift, de los Sterne, de los Thackeray, del actual Bernard Shaw, de Jules Renard, atesorando todavía rasgos de Molière y algo del picante rapé volteriano; y superando sin duda al decantado Mark Twain por lo trascendente de su ironía. Su "humour" es de tipo sajón y el autor de "Meditaciones inopinadas", coincide por cierto en algo más que el apellido con el Oscar Wilde de las ficciones cómicas. Pero tenía aún Eduardo Wilde otro aspecto si más velado no por eso menos efectivo en su idiosincrasia espiritual y era su capacidad para sentir y expresar la ternura. Y ello no es extraño, si se tiene en cuenta que, suponiendo el humorismo verdadero un sentido profundo de las flaquezas y debilidades humanas y de lo precario de las cosas terrenas, implica, al par que la visión del lado ridículo y risueño de todo ello, la visión también de la faz dolorosa y triste. Nos bastará recordar aquella tocante descripción del niño moribundo y del dolor materno, tan real, tan vívida, tan intensa, tan conmovedora, para conceder a Eduardo Wilde sin reato alguno, la calificación genérica de poeta, es decir, de traductor de todos los sentimientos y emociones que agitan el alma humana desde la risa al llanto.

Su obra y su recuerdo no son, entonces, de los que pasan, pues la primera es demasiado considerable y firmemente marcada la huella impresa por el último. Se nos presenta ya en todo su relieve y altitud esta figura tan amable y tan singular de nuestro medio literario, animada por aquella sonrisa perpetua, tajante y fina como una espada de oro, y ennoblecida por una bondad vasta e imperturbable como que sabía comprenderlo todo, su espíritu flexible, ágil y elegante que le asemejaba a un ateniense de los mejores días.

El libro que acaba de editarse contiene, bajo una forma de ficción novelesca, sus memorias pristinas, pues se refieren a su infancia y a su juventud.

"Aguas abajo" presenta un sumario que augura para el lector un verdadero banquete intelectual, con que han de regocijarse los amantes de las bellas ideas, encerradas en formas leves y armoniosas.

El Sayal de mi espíritu, por Ernesto Morales.

He aquí un libro de versos todo sinceridad y desborde lírico. Hay una deliciosa frescura en sus estancias que cantan el amor de la vida y la vida del amor, en lenguaje espontáneo, suave, cristalino. La emoción eclógica, la casta dulzura bucólica de los campos florecidos, tiene en este joven poeta un cantor delicado y expresivo que define en frases rítmicas y acariciantes sus visiones de la naturaleza y los paisajes de su mundo interior.

Ernesto Morales es un temperamento sensitivo en quien basta la presencia de una flor o una fugaz mirada femenina para suscitar la vibración poética y el deseo de la canción. No creemos equivocarnos si decimos que hay en este muchacho sentimental y soñador un poeta de positiva fuerza y expansión lírica que ha de producir canciones muy bellas así que su espíritu profundice más en las cosas que le rodean. Llegará entonces al verdadero vigor poético, que no consiste como creen algunos, en la sonoridad retumbante ni en el tropo estupendo, sino sencillamente en la mayor potencia para traducir todas las ideas y sensaciones, hasta las más sutiles, con elementos propios y con esa virtualidad esencial del poeta de raza que convence y conmueve, sin que se sepa a punto fijo porqué, usando lo que Macaulay llamaba "palabras de encantamiento"; — *words of enchantment,* — dictadas al oído por una voz desconocida y misteriosa.

Entretanto, Ernesto Morales es ya un poeta sencillo y amable lleno de entusiasmo joven y en cuyo volumen se encuentran producciones tan reveladoras como la siguiente:

ACCION DE GRACIAS

¡Oh! la intensa alegría de sentirse poeta
en medio de estos campos que el amor solemniza,
aquí, do vuela el alma en libertad completa
y en cantares agrestes su pasión floraliza.

¡Oh! la intensa alegría de sentirse un asceta
que calza la sandalia y desprecia la liza
de ambiciones bastardas, levantando la neta
visión, que nuestra vida aureolando idealiza.

Todo es quietud, silencio: ni el canalla, ni el necio,
ni el gesto vanidoso, ni insolente desprecio
pueden cortar las alas ni el reposo turbar.

Fray Luis: recién comprendo esas sinceridades
de tus odas, al verme en estas soledades
donde no hay que ocultarse para poder cantar.

José Enrique Rodó ha sintetizado su impresión acerca de este libro en la página que va a continuación, cuya belleza de concepto y de estilo indúcenos a transcribirla:

"... Veo en su manuscrito de versos sinceridad lírica, expresión simpática y feliz, de una juventud que busca en la frescura intacta de su vida interior la transparente vena de armonía. Lo que no se adquiere cuando falta, lo "no aprendido" del canto en que se desata el don natural, está presente en esos versos.

Aun allí donde el ritmo claudica o la ingenuidad pasa del justo límite, se siente la promesa de más altas cosas. Es la obra buena de los veinte años. El tiempo dirá lo demás; el tiempo, que para los sinceros y los fuertes es el triunfo sobre el propio pasado, es el sueño de perfección nunca satisfecho ni rendido:

C'est la nuit, l'âpre nuit du travail dont se lève
Lentement, lentement, l'œuvre, ainsi qu'un soleil.

La doble angustia, por Arturo Vázquez Cey.

El autor de este libro es un espíritu estudioso, amante de las especulaciones filosóficas y propenso a la meditación introspectiva. No es extraño, pues, que ahonde progresivamente su pensamiento y que su poesía haya adquirido en este último libro — que viene después de otros dos: "Las Naves de Oro" y "La voz de la piedra", — una mayor profundidad conceptual. En cambio este volumen marca una "capitis diminutio" desde el punto de vista artístico de su expresión, en cuanto ésta se torna abstrusa y demasiado compleja, velando la claridad de la idea con imágenes y rarezas de lenguaje poco o nada accesibles.

No es por cierto que Vázquez incurra en extravagancias o rebuscamientos decadentistas ya caducos y, por suerte, pasados de moda. Trátase de un escritor serio que trata de expresar sinceramente sus pensamientos y emociones, sin delicuescencias ni prurito alguno de mal comprendida originalidad. Incide, por el contrario, en los defectos apuntados, precisamente a causa de su naturalidad. En efecto, y aunque esto parezca contradictorio, el poeta se expresa aquí deficientemente porque se expresa con excesiva espontaneidad, es deir, sin depurar antes su estilo y reducirlo

a fórmulas claras y netas y traduciendo demasiado directamente el confuso mundo interior de cerebraciones y estados psíquicos. No es difícil que a él le satisfagan plenamente desde el punto de vista expresivo sus composiciones, pues sabe lo que con ellas quiere manifestar. No olvide, sin embargo, que para los demás la cuestión varía completamente de especie, y que el carácter esencialmente social del arte que se basa, como dice Guyau, en la trasmisión de las emociones, exige que el autor modifique los elementos estéticos que para él serían suficientes, adaptándolos a la comprensibilidad ajena por elevado que sea el criterio con que se la considere. El escritor puede negarse a amoldar sus manifestaciones al gusto o a la capacidad intelectual del vulgo y dirigirse simplemente a una *élite* reducida, pero lo que forzosamente tiene que observar siempre son las bases lógicas y psicológicas de toda estética del lenguaje; las cuales son permanentes desde que reposan en las leyes del conocimiento. Es indudable que hay apercepciones o cerebraciones complicadas que pueden ser objeto de una manifestación poética, pero a condición de definirlas suficientemente para que el lector pueda penetrar su significación.

Hemos incurrido sin quererlo y llevados por el razonamiento, en una disquisición que puede parecer pretenciosa. Lo único que deseábamos señalar es la modalidad defectuosa del verbo, notable en este libro, tan interesante por lo demás como expresión de un alma meditativa y cultivada.

En cuanto al espíritu de estos versos, muchas veces armoniosos y bellos, es atormentado y doloroso como lo sugiere su título principal. El siguiente soneto con que se abre el libro, explicará mejor que nada la índole de esta poesía de raigambre filosófica y en la cual se advierte la obsesión del misterio de la finalidad humana:

LA DOBLE ANGUSTIA

Sí, de llanto, de quejas y de males
Es, alma, este camino en que agonizas
Coronado de sierpes y cenizas
Bajo los centelleos siderales.

Soledad sin amor, días iguales,
Manos frecuentes, pero escurridizas...
Alma, con tu bondad te martirizas:
Dios te lleve a las puertas inmortales.

Las dulces puertas cuya venturanza
Lejanísima asedia tu esperanza
En el negro vacío que te implora.

En la tierra que te hace estremecer,
Mientras vas, noche, germinando aurora,
Alma de Jesucristo y Lucifer.

Dos años de acción socialista, por Alfredo L. Palacios.

Hemos recibido un nutrido volumen impreso en Valencia, conteniendo la labor parlamentaria desarrollada por el diputado Palacios durante los años 1912-1913. El conjunto atestigua la acción eficiente del representante mencionado que ha hecho obra constructiva señalándose por lo procedente y práctico de sus proyectos, como asimismo por el talento con que ha sabido lograr para ellos la sanción de sus colegas.

El presente libro ofrece un alto interés por su significación documental acerca de la historia política y parlamentaria del país y también como aporte de elementos ilustrativos respecto de cuestiones sociológicas, económicas y de política experimental, pues las piezas aquí reunidas incluyen gran cantidad de ideas generales y de información científica y estadística.

Por otra parte, los discursos del doctor Palacios son interesantes por la eficacia de su elocuencia vigorosa y convincente.

Durante su actuación parlamentaria, el diputado Palacios ha hecho sancionar las siguientes leyes:

Año 1904. — Ley núm. 4661. — Descanso hebdomadario.

Año 1905. — Ley núm. 4855. — Impuesto *progresivo* a las sucesiones.

Año 1906. — Ley de patentes. Exoneración de patentes a las sociedades cooperativas que no tienen capital preferido, ni ofrecen privilegios, ni aseguran cargos en su administración a los iniciadores.

Año 1907. — Ley núm. 5291. Reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños.

Año 1912. — Ley núm. 9040. Inspección y vigilancia directa y permanente en los establecimientos industriales y comerciales.

Año 1913. — Ley núm. 9104. Descanso hebdomadario en los territorios nacionales.

Año 1913. — Ley núm. 9143. Trata de blancas, (llamada ley Palacios).

Año 1913. — Ley núm. 9107. Socorros a las víctimas del terremoto del Perú.

Año 1913. — Ley núm. 9114. Amparo a los menores abandonados.

Año 1913. — Ley de presupuesto. Pago por asistencia de las dietas a los legisladores.

En 1905 obtuvo la derogación del decreto de 8 de Noviembre de 1893, referente a los medidores de agua que existían en los conventillos.

Cantos al desierto, por C. Sbariggi. (La Plata).

La ciudad platense es fecunda en nuevos poetas, no siempre tales por cierto. El presente libro es una realización defectuosa de propósitos poéticos simpáticos por el entusiasmo y la vehemencia que les inspira. El autor no domina su verso y carece de imaginación verbal. Su sintaxis precaria y la falta de musicalidad malogran la expresión de ideas y sentimientos delicados y más a menudo libres y altivos, pues las composiciones que forman el volumen denotan un espíritu combativo, más atento, en la elección de su arma, a la capacidad ofensiva de la hoja que a las cinceladuras del pomo. En suma, creemos advertir en el señor Sbariggi un temperamento poético traicionado por la deficiencia de su sentido artístico. Tal vez ello no sea sino producto de una determinada educación literaria y pueda el autor, mediante el ejercicio y la cultura constante, alcanzar una más feliz capacidad para traducirse a sí mismo.

Prosas heterogéneas, por Felipe A. Oteriño.

Colección de cuentos de muy diversa índole, escritos con cierta dexteridad encomiable. El autor, aunque se advierta en muchos defectos que éstas son sus primeras producciones, se halla bien encaminado. Hay en su prosa una tendencia a la selección y a la sobriedad que le prestan distinción y dan interés a sus relatos Creemos notar en el señor Oteriño cierta feliz tendencia para el humorismo y la ironía. Se encuentran en sus cuentos algunas frases llenas de intención, que él mismo se encarga de malograr luego, ingenuamente, abundando sobre ellas y olvidando que "el epigrama es sucinto por definición". Cuando alcance a destacar mejor lo principal de lo superfluo, hará en ese sentido cosas interesantes.

"Los tres López". Discursos pronunciados en la recepción del académico doctor Antonio Dellepiane.

En la ceremonia solemne de su recepción en la Academia de la Facultad de Filosofía y Letras, que se efectuó el 20 de Julio próximo pasado, el doctor Antonio Dellepiane eligió como sujeto a quien elogiar, a un ilustre escritor argentino, prematura y trágicamente fallecido: Lucio Vicente López; y por tratarse de una figura de noble estirpe espiritual, descendiente de un preclaro historiador y nieto del autor del himno patrio, quiso el doctor Dellepiane, al ensayar el retrato psicológico y literario de Lucio Vicente, delinear también, en el fondo de la tela, las siluetas del padre y del abuelo, eslabonando y reconstituyendo así tres de nuestras generaciones y escuelas literarias.

El intento fué coronado del éxito más completo, y el discurso del talentoso académico resultó un cuadro lleno de vida, como él sabe trazarlos con su prosa nítida y elegante, cuando se echa a rememorar las figuras del pasado.

El bello discurso que constituye una interesantísima página de reconstrucción histórica, ha aparecido en un folleto, seguido de aquel con que el doctor Ernesto Quesada dió la bienvenida al nuevo académico.

"La actual civilización germánica y la presente guerra", por Ernesto Quesada.

El doctor Ernesto Quesada ha escrito un extenso estudio crítico, que hoy aparece editado en un opúsculo, sobre el libro *La patria alemana*, que el ministro de Cuba en Berlín, Gonzalo de Quesada, publicó el año pasado. Tanto el distinguido diplomático y publicista cubano como su crítico argentino, son sinceros y conscientes germanófilos que fundan su amor a la tierra de Gœthe y de Wágner en el conocimiento profundo que tienen de sus altas cualidades morales e intelectuales y de sus asombrosos progresos en todos los campos.

La exposición de tales progresos, corroborada por un nutrido acopio de cifras estadísticas, es el objeto del presente opúsculo, en el cual se demuestra claramente el esfuerzo gigantesco realizado por Alemania en menos de medio siglo, en todos los órdenes de la actividad humana. Al considerar luego la actual guerra, el

doctor Quesada, bien que decidido germanizante, da muestras, como no podía esperarse otra cosa de tan esclarecido hombre de ciencia, de una simpática imparcialidad, y sólo recomienda a sus compatriotas que, precaviéndose del falso sentimentalismo que pudiese arrastrarlos a excesos y errores de opinión tengan ante la tremenda contienda más ecuanimidad en las apreciaciones y equidad en los juicios.

Crítica del Salón Anual, por Juan de Adentro.

Bajo este pseudónimo ocúltase una distinguida dama de verdadero prestigio intelectual, que en el presente opúsculo enuncia observaciones críticas, acerca de las obras expuestas este año en el Salón Nacional. Lástima que su crónica sea demasiado exigua, limitándose a ligeras anotaciones sobre cada cuadro, en vez de desarrollar ampliamente sus conceptos, fundar razonadamente sus opiniones y sobre todo exponer los lineamientos generales de su concepción estética. No obstante adviértense en el autor un conocimiento y familiaridad no escasos, con respecto al arte pictórico como así mismo un gusto seguro aunque un tanto misoneísta por su prevención hacia nuevas formas y tendencias. Completan el presente folleto, un catálogo del Salón y numerosas fotografías de las principales obras.

Los grandes jurisconsultos, literatos y filósofos de la Roma antigua. Síntesis biográfica, por Horacio N. Dobranich.

El autor de este folleto ha realizado en él una recopilación de datos biográficos y bibliográficos referentes a los autores que el título indica. En breves apuntes se indica la época, actuación y obras de cada personaje. Es un trabajo puramente informativo, útil sin duda y que atestigua erudición al respecto.

Berta, por Pedro Oliveira.

Es una novela algo romántica, sin mayor originalidad ni interés. Podría suceder en cualquier parte, pues su asunto y su ambiente no tienen característica alguna. Está escrita con corrección y considerada como ensayo, podría ser el augurio de producciones más significativas.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

EL CUARTO SALON

(Conclusión)

Antes de pasar a hablar de la escultura detengámonos un instante frente a los dos mosaicos expuestos en la sala de la arquitectura: *Primavera* de Emilio Pettoruti y *Fugitiva* de Cayetano Donnis. El mosaico es una forma del arte que poco se presta para satisfacer el gusto general y es raro hoy día que los artistas se dediquen a la práctica de aquello que no es conforme a las tendencias del público al que todo se sacrifica. Estos dos artistas nos revelan el simpático propósito de trabajar en obras que respondan más a sus gustos que a tendencias impuestas por el medio en que deben actuar, porque el mosaico que tuvo una gran importancia en los comienzos del arte cristiano es hoy día un accesorio arquitectónico rara vez usado. Sin querer sobreponerle a los otros medios de expresión, pues no es el que mejor se presta para las grandes realizaciones de la fantasía, hacemos notar especialmente su aparición en nuestro certamen porque nos complace todo lo que obedece a una vocación natural en el artista.

El mosaico reemplazó en el arte cristiano primitivo a las pinturas de las catacumbas. El alto clero, dicen Cavalcaselle y Crowe, (1) se había persuadido que la mejor manera de extinguir el paganismo era multiplicar las imágenes cristianas, prefiriéndose luego los mosaicos como obras más tenaces y duraderas. Los primeros mosaicos que se encuentran en Roma y por consiguiente en el resto de Italia datan del siglo cuarto o principios del quinto. Después de las de Roma son las iglesias de Nápoles las que empiezan a adornarse con mosaicos, luego las de Milán y por último las de Ravena, donde esta forma del arte llega a su mayor des-

(1) *Historia della pittura in Italia*, vol. I.

arrollo. En Ravena convertida en capital de Italia, se erigen iglesias y palacios a destajo, según expresión del mismo Cavalcaselle, pues la corte quiere rivalizar con la bizantina por lo menos en magnificencia. Pero cuando el mosaico llega a su apogeo, el arte revela ya una profunda decadencia. Desde los comienzos de la pintura cristiana el artista en cuya mente vive aun el antiguo culto representa al nuevo dios con la imagen empobrecida de Júpiter primero y luego de Apolo y la imitación del arte pagano es tal que muchas obras sólo tienen de cristiano el asunto. La decadencia proviene precisamente de ese estado de transición en que se encuentra el ideal religioso.

La fe pagana que había ido debilitándose cada vez más había quitado al arte su gran impulso y la nueva creencia no contaba aun con suficientes fuerzas para reemplazar al ideal caído.

Es curioso ver como la imagen de Cristo sigue en su representación en el arte la misma evolución lenta que debió seguir la idea cristiana antes de arraigarse en el espíritu de los hombres de occidente. El arte muere porque falta un sentimiento profundo que le sostenga. Renacerá tan sólo cuando la idea cristiana ejerza un poder absoluto en los espíritus. La historia del arte, ha podido decir Salomón Reinach [1], es sobre todo la historia de un ideal que evoluciona. Los momentos de transición y de debilitamiento de las ideas marcan las épocas de decadencia. Detalle curioso: también los artistas de Ravena tratan de cubrir su inferioridad de invención y su falta de idealidad con el trabajo minuciosamente cuidado y el uso de materiales más espléndidos, es decir, con los recursos de la técnica!

Volviendo a los mosaicos de nuestros jóvenes artistas, señalaremos nuestra preferencia por la *Primavera,* del señor Pettoruti, quien se sujeta mejor a las reglas del arte que practica. Su trabajo revela una fantasía simple y de buen gusto, puesta en relieve por el dibujo claro y elegante. Los colores se complementan bien y la obra ofrece en su conjunto una agradable armonía.

La obra del señor Donnis revela en cambio una exagerada tendencia a descomponer los tonos, empresa poco menos que absurda si se tienen en cuenta las características del mosaico. De ese empeño ha resultado tan sólo un exceso de colorinche, que ha malogrado el buen efecto de su trabajo. El señor Donnis,

---

(1) *Recueil des têtes antiques.*

que tan buenas condiciones revela, sobre todo como dibujante, es una víctima de su propia originalidad. Lo mismo que el mosaico, su *Desnudo* de la sala VI, excelente de dibujo, se malogra por las extravagancias de su técnica. Esperemos que al amparo de la dulce y sabia Florencia, donde este joven artista reside, se penetre del principio dictado por Renan: si se puede pensar de muchos modos existe una sola manera de expresarse y ésta es la más clara y sencilla.

LA ESCULTURA

Sea porque las leyes que rigen la escultura son de carácter más riguroso, o que el espíritu de estos artistas se sienta animado por más sanos y altos propósitos, sus trabajos están desprovistos de un modo general de ese torpe prurito de originalidad, que hace insoportable la mayoría de las pinturas. Estas obras, aunque no muy extraordinarias, son más verdaderas, más justas, mejores. La escultura, por la naturaleza misma de sus principios, mantiene mal o bien el prestigio de la forma que la visual moderna no ve ya en seguida por el color y los matices. La forma es la primera persona del arte y el color es tan sólo el vistoso ropaje con que se la engalana. La fantasía del ropaje ha ido creciendo a medida que se perdía la virtud de las líneas. En nuestro tiempo en que una vistosa exterioridad brilla más que las más grandes virtudes, en que el aforismo de Blummel — más vale una mancha en el alma que una mancha en el traje — es una práctica, el color, la exterioridad del arte, ha triunfado sobre el alma, la forma. Más vale la deformidad de un cuerpo que la opacidad de un tono, dice el artista. El arte de relumbrón ha perdido el encanto infinito de las líneas puras y armoniosas.

La obra del señor Alberto Lagos, el *Indio Tehuelche*, es indudablemente la mejor de las esculturas, a pesar que se haya dicho con frecuencia que ese personaje caracteriza caprichosamente a su raza. El mérito de la obra del señor Lagos reside en su valor monumental, en la armoniosa proporción del conjunto, en el vigor expresivo de la figura. Exterioriza ese indio cierta resignación feroz y dolorosa que dan a su fisonomía tan varonil un particular interés. La obra es de un bello dibujo y está hábilmente modelada.

Alberto Lagos es de los artistas que más conciencia tiene del significado de la obra de arte y en su breve carrera ha podido probarnos que la belleza es en él una preocupación constante.

El señor Héctor Rocha es un joven artista con preciosas condiciones, pero un poco precipitado; un artista que prefiere tentar grandes obras antes de estudiar detenidamente el medio de hacerlas perfectas. Este defecto es común a la gran mayoría de los artistas, pero es más sensible en el señor Rocha porque como decíamos, este joven tiene cualidades poco comunes de escultor. Compone con elegancia y ese mismo buen gusto se revela en la elección de los motivos; pero sus obras de este año tienen más o menos los mismos defectos que las del año anterior.

Parece que durante el tiempo transcurrido, este artista no ha tenido el cuidado de analizar sus debilidades o por lo menos no ha estudiado el medio de corregirlas.

Su *Amor de los amores* (obra, dicho sea entre paréntesis, muy convencional) está compuesta con un sentido justo de la armonía, las figuras tienen cierta belleza, pero todo se malogra por los graves defectos de anatomía y de ejecución, defectos que el tamaño de la obra hace mucho más visibles. Los medios técnicos del señor Rocha, insistimos, sirven mal a su inspiración y es lástima porque su inspiración es buena.

Estudia con filosofía y sutil especulación las cualidades de la forma, decía Leonardo, y no pases a la segunda sin antes conocer profundamente la primera. Este es el mejor consejo que pueda darse al señor Rocha como a todos aquellos que se dediquen a las artes del dibujo. Cuando conozca a fondo todas las particularidades de la forma realizará con mucha más facilidad y claro está con mayor perfección las obras que tanto le tientan.

Otro defecto que nos parece oportuno señalar, por cuanto se repite en varias de las obras de este artista, es la introducción de detalles innecesarios como sucede en su hermosa cabeza *Misticismo*, donde una mano aparecida como por obra de encantamiento, malogra la armonía del conjunto. En *Nouveau-née* choca también el mismo detalle inútil. Esas manos estarán bien ejecutadas, pero es necesario sacrificar a la buena armonía del conjunto todo detalle que pueda viciarla, así nos parezca digno de un Miguel Angel.

La Herida de Miguel Angel Negri es, a pesar de alguno que otro defecto muy visible, una de las buenas obras expuestas en

este certamen. Representa a un niño vendándose un brazo herido y es tan natural su gesto, que parece que hubiera sido sorprendido en ese instante por el artista. La sensación del movimiento está hábilmente traducida y en general este bronce revela a un artista capaz de trabajos muy interesantes, impresión que confirma su conté blanco titulado *Despertar*. Los defectos de la obra derivan del poco estudio más que de una falsa concepción del arte y son por lo tanto fáciles de subsanar. *La Herida* está hecha sin ningún prurito de originalidad, condición que le hace por sí sola acreedora de toda nuestra estima.

Otro artista meritorio, cuyas obras debieron ser un halago para quienes visitaron el Salón, es el señor Carlos Oliva Navarro, que expone una serie de trabajos buenos en su gran mayoría y que revelan a un escultor de gusto, sensible y hábil. También él se ha alejado de esa originalidad temeraria que tantos estragos hace y por la que se pierden tantas buenas voluntades.

De las obras del señor Oliva Navarro, las más estimadas han sido sus cabezas de niños y sus bajorrelieves. En estos bajorrelieves es donde el señor Oliva ha puesto más fantasía, de ahí su superioridad, para nuestro modo de ver, sobre el resto de su obra. Su cabeza de criollo, donde el realismo del asunto excluye toda fantasía es ya menos interesante.

Es de notarse que las obras del señor Oliva Navarro, cuyo mérito acabamos de señalar, son como las de la mayoría de sus colegas, obras pequeñas para vitrina o para interior. La escultura va perdiendo más y más su carácter monumental del que en realidad no debería apartarse nunca.

Los artistas modernos parecen ocupar su fantasía en obras para salones, inútiles para complementar la orientación de un jardín o de un edificio. La escultura se va apartando de su hermana mayor, la arquitectura, para acercarse cada vez más a la pintura, aunque esto parezca absurdo. Por de pronto quiere usurparle el claro obscuro y el color, que son su patrimonio exclusivo, como tiende a usurparle su lugar en las habitaciones donde los bronces van desalojando poco a poco a las telas. Los bronces modernos tienen un aspecto más discreto que las pinturas y muchos de ellos pueden pasar por obras de mérito para un ojo poco avezado, mientras que a los cuadros les vende el color. La luz mortecina de un interior pierde en una generosa penumbra los contornos mal dibujados, las señales de una mano demasiado pe-

sada, mientras que para un cuadro ocurre todo lo contrario. "Cuando tengáis que juzgar un cuadro, decía Diderot en una crónica sobre el Salón de París, estudiadlo a la caída del día, es un instante muy crítico". ¿Quién no ha notado la luz enceguecedora con que iluminan las pinturas en un Salón? ¿Quién no ha pensado también que en un interior es imposible de que gocen de esa poderosa ayuda?

Todo esto lo sabe o de todo esto tiene una viva intuición el artista escultor que se dedica a las obras diminutas, amparado por la memoria inmortal de los artífices de Tanagra.

El señor PABLO CURATELLA MANES expone una graciosa cabeza titulada *Pensativa*. Es una obra expresiva, agradable de dibujo y bien modelada. Su *Maternidad* revela bien a las claras que este joven artista no está aún en condiciones para aventurarse en la realización de obras de gran aliento, y esta deficiencia, que se nota en la obra de más de un artista, es para nuestro juicio de las menos perdonables, pues que nada justifica ese precipitado empeño en hacer grandes obras, cuando falta el estudio suficiente y esa seguridad en la expresión de las ideas que dan los años. El defecto principal de este yeso está en la desproporción enorme de las partes. El señor Curatella debió colocar a la madre en una postura que le permitiera armonizar mejor su enorme estatura con las proporciones diminutas del niño y no elegir precisamente aquella posición que hiciera más evidente esa diferencia. Luego el ropaje ocupa un gran lugar en esa obra y el señor Curatella lo ha dejado caer sin gracia, tendido y duro como una lona.

Después de la guerrilla, del señor JOSÉ SUTERA, es una cabeza de muchacho herido, excelente de dibujo y de modelado. La expresión de dolor de la boca es muy verdadera; a pesar de la simplicidad del asunto, esta pequeña obra es de las que encierra mejores cualidades.

Memento, Veritas, Un deseo pasa sobre las cosas, Lucha humana (cráneo), *La danza de la vida, Amor* y *Muerte en eterna lucha*... y más allá la nada. Tal es la obra del señor HUMBERTO SPAGNOLLI.

El señor TROIANO TROIANI expone un yeso titulado *Elegía*, que merece citarse entre las buenas obras por la figura de mujer que forma el motivo principal. Esa figura es armoniosa, elegante de líneas, y la esbeltez de sus formas revela un noble empleo del dibujo.

La obra habría ganado mucho suprimiendo el segundo personaje, un hombre pescuezudo que ejecuta el violín, figura que a más de ser fea está colocada en forma desagraciada. El señor Troiani debió advertir también que el violín es un instrumento poco escultural.

La fuente decorativa que bajo el título de *Pudor* ha expuesto el señor Gonzalo Leguizamón ha tenido la virtud de alborotar con su simplicidad a la numerosa casta de los contorsionistas en arte, de aquellos que quisieran ver al cuerpo humano retorcido sin piedad, con la misma violencia que se retuerce a un paño mojado antes de tenderle al sol. Ninguno de ellos se explica cómo el señor Leguizamón ha tenido piedad por ese cuerpo de niño, que por ser tierno era más fácil de retorcer, y le haya colocado en la posición más simple, pues es tan simple su postura que el no haber caído en una vulgaridad debe considerarse como un mérito. Ninguno tampoco ha sido capaz de detenerse a examinar el encanto natural que se desprende de esa figura, a pesar del descuido con que han sido ejecutadas algunas de las partes, descuido que, dicho sea de paso, llega al exceso en la ejecución de las manos. La obra, es cierto, no peca por demasiado vigor, pero lo importante es que el señor Leguizamón ha conseguido ser original con los medios más simples y más leales. Se explica, pues, que aquellos que agotan todos los trucs para producir efectos nuevos no gusten de la sencillez de este trabajo.

Susana y *Enigma*. Así titula los dos mármoles que expone junto con un *Viejo florentino* en bronce, el señor Arturo Dresco.

Enigma, tiene la virtud de realizar la expresión de misterio que su autor se propuso darnos, pero esa cabeza es fea, terriblemente fea de dibujo. El enigma está en los ojos, el resto poco agrega. El señor Dresco no tenía por lo tanto necesidad de dibujar de una manera tan caprichosa la nariz, la boca y en general toda la parte inferior de la cara. Esos detalles afean la figura sin darle mayor carácter. El dibujo es muy superior como belleza en *Susana*. Esta cabeza, como *Enigma,* es un poco hombruna, quizá porque el dibujo anguloso del señor Dresco se presta poco para realizar la morbidez de las carnes. El *Viejo florentino* es una obra vigorosa y singularmente expresiva.

Torso de viejo, un estudio del señor Félix Gabutti, joven que se inicia vigorosamente en el difícil arte del modelado. Este trabajo no podría darnos una exacta visión del talento de este artista

pero nos autoriza a considerarle entre los principiantes bien dotados.

Esta larga crónica del Salón toca a su fin. Como nos pareciera que el tiempo transcurrido quitaba todo interés al examen minucioso de obras que no se destacan por cualidades excepcionales, hemos preferido dar sobre los trabajos de escultura una impresión general, convencidos de que el lector sólo recuerda en su conjunto todo lo que ha visto. Hemos dejado a un lado las obras muy malas, así como aquellas que sólo se distinguen por un pequeño rasgo feliz. En nuestro Salón abundan los trabajos de esta índole, circunstancia que hace terriblemente pesada la tarea de la crítica; pues, ¿cuál es el ingenio, aun el más torpe, que no tiene de pronto un rasgo feliz? Nuestro arte no ha entrado todavía en un período de producción verdadero y si ahondáramos el análisis nos encontraríamos con que, salvo rarísimas excepciones, el tal arte se reduce a la obra impersonal de un grupo de aficionados.

En la mayoría de los casos, aquel que se dedica entre nosotros *a hacer arte,* estudia con el mismo entusiasmo inconsciente, la pintura, la escultura, la música y dedica los ratos de ocio a hacer literatura y atender asuntos profesionales. Inútil decir lo que resulta de este empleo tan diverso de la actividad en naturalezas generalmente mal dotadas. Cualquiera de esas formas del arte requiere para ser desarrollado con alguna eficacia, el empleo de una vida entera de constante labor; una tenacidad y una fortaleza de espíritu que el aficionado desconoce. Una prueba de que la desconoce es precisamente ese amor desmedido por todas las formas del arte para los cuales se cree igualmente dotado.

Antes de terminar citaremos algunos otros nombres. Primero el del señor Torcuato Tasso, que por los antecedentes de su larga carrera no se le puede pasar en silencio, a pesar de que el carácter que hemos querido dar a estas crónicas justificaría en parte nuestra actitud, sobre todo cuando las obras que expone el señor Tasso no ofrecen ninguna cualidad superior. Por el contrario, creemos que su *Cervantes,* encierra un error. No es posible hacer hoy día, se nos ocurre, una obra que represente al autor del Quijote, sin realizar una interpretación de su genio y el señor Tasso se ha concretado a reproducir la imagen tan convencional que todos conocemos, como si se tratara de un señor contemporáneo nuestro. Esa obra no evoca la personalidad de Cervantes, el carácter de su genio inmortal y no satisface, por lo tanto, ese sentimiento profundo que sus escritos han dejado en nosotros.

La cabeza *Ensueño,* la otra obra que expone el señor Tasso, nos parece más original y por consiguiente más interesante.

Las señoritas Luisa Isabel Isella y Blanca Leguizamón, representan al sexo débil en este arte fuerte del modelado. La primera expone una ninfa gentil de formas y que confirma su reputación de artista hábil. La señorita de Leguizamón presenta una cabeza titulada *Ensueño,* que si bien recuerda demasiado la manera de un artista muy difundido, revela a un temperamento sensible y delicado.

El señor Hernán Cullen expone un *Estudio* que contradice la reputación de que goza su autor. Hasta el momento de escribir estas líneas no hemos podido adivinar por qué se dijo que esa obra realiza un canon artístico. Por lo que a nosotros corresponde, ese *Estudio* es el primer trabajo que vemos del señor Cullen y confesamos que no nos ha despertado un desmesurado deseo de ver otros.

Y para finalizar diremos dos palabras sobre esa galería de los suplicios que sigue a la sala de la escultura y donde al lado de dos o tres obras discretas se exponen una serie de atrocidades que no nos explicamos con qué fin fueron aceptadas por la comisión. La primera de esas monstruosidades, y que puede resumirlas a todas, es la titulada *La consecuencia de los vicios,* que representa a un degenerado en el último grado de idiotez. Es un espectáculo repugnante e indigno de un certamen cuya finalidad debe ser la de halagar nuestro sentimiento estético. ¿En nombre de qué obscuro criterio se admiten tales lucubraciones? ¿Cómo es posible que una comisión de artistas no vea que tales obras comprometen no ya su nombre de artistas sino de hombres sensatos? Esa obra parece tener un fin moral, pero su autor ignora que no se moraliza en arte con obras dignas de un gabinete de criminología. El principio de toda moral en arte está en la belleza física o intelectual. Los esplendores de la forma o de la inteligencia dan a la naturaleza humana una significación superior y enaltecen nuestro sentimiento de la vida. Y es de un noble sentimiento de la vida que nace toda moral verdadera.

La exhibición de obras como *La consecuencia de los vicios,* nos prueba que si el sentimiento de la belleza, generador de todo buen arte, se manifiesta también por una repulsión instintiva hacia la fealdad, ese sentimiento es para nosotros una pura fantasía.

Rinaldo Rinaldini.

NOTAS Y COMENTARIOS

Folco Testena y nuestros poetas.

Queremos dejar constancia en estas páginas de una nota muy simpática y muy halagüeña para nuestras letras. Folco Testena, literato y periodista italiano de mucho talento, alma de apóstol y de rebelde, estilista sorprendente que ha adquirido sonoro y muy justo renombre con los *Appunti* que desde largos años viene escribiendo diariamente en *La Patria degli Italiani,* bajo el pseudónimo de *Vir,* páginas vigorosas y nerviosas, llenas de vida y de genuino *humour,* paradojales, batalladoras, finamente poéticas, ha querido últimamente que el público italiano aquí residente conociese y amase nuestra poesía nacional, y con gusto excelente y arte seguro, ha traducido al italiano dos bellos poemas aparecidos en los números anteriores de NOSOTROS. Uno de éstos fué *Sol campestre,* de Eduardo Talero, (véase NOSOTROS, núm. 64) sobre cuya obra de poeta de la naturaleza dió Testena una admirable conferencia, patrocinada por la Liga de Educación Racionalista, el 8 del corriente mes. Así la conferencia como la versión poética aparecieron al día siguiente en *La Patria,* y de veras lamentamos que la falta de espacio nos impida dar a conocer los más elocuentes fragmentos de aquélla.

El otro poema ha sido *La canción de la tragedia,* de Mario Bravo (véase NOSOTROS, núm. 66), cuya versión completa al italiano apareció en *La Patria* el 7 de Noviembre. Testena es un poeta y Mario Bravo puede enorgullecerse de haber hallado un tan espontáneo como talentoso intérprete. Nosotros agradecemos sinceramente al colega *Vir* su amor a la poesía de esta tierra.

Como muestra de la belleza de sus versiones, publicamos a continuación *La villa famigliare,* sacada de *La canzone della tragedia:*

La villa famigliare che ha la sua chiesetta,
Pace nel suo daffare, virtú nella sua scuola,
Armonia nelle note della canzone schietta
E amore per lo stemma, che ha pur la sua gloriola;

Cordiale ed ospitale quand'offre e quando dona,
Piazza piena di sole, strade aperte sugli orti,
Allegra co' suoi bimbi, con i suoi vecchi buona,
Dolce con i suoi vivi, dolce con i suoi morti...

La ridestó il cannone, la stremó la mitraglia,
La rase al suol l'orrendo ciclon della battaglia.
Povero borgo ch'ebbe la scuola e la chiesetta,

La piazza solatía e le strade sugli orti,
Armonia nelle note della canzone schietta,
Bontá per i suoi vivi, amor per i suoi morti!...

La fiesta de nuestro beneficio.

Como lo esperábamos y deseábamos, el público y nuestros amigos asistieron al beneficio de NOSOTROS. Si nos alegra el éxito obtenido — ya que él afianza nuestra existencia — más nos satisface la comprobación de las simpatías que acompañan a nuestra revista.

De acuerdo al programa anunciado, representáronse "Las curas milagrosas", de Diego Ortiz Grognet y "Claror de luna", de Enrique Richard Lavalle y Armando Chimenti. El público que festejó la gracia desopilante de la primera, aplaudió con agrado los versos de la segunda y asimismo dispensó a Chimenti — que en notable piano Blüthner ejecutara tres de sus composiciones — la más cordial consagración.

¿Necesitamos asegurar nuestro agradecimiento a todos, a nuestros lectores y al público, a los autores de las obras representadas y a nuestros amigos?

Saben unos y otros cuanto es nuestro reconocimiento.

Bibliografía jurídica.

La publicación reciente de varias obras jurídicas de importancia, cuyo análisis requiere detenimiento especial, nos impone postergar para uno de nuestros próximos números los juicios que debieron aparecer en éste.

Nos ocuparemos como corresponde de las siguientes obras que nos han llegado: *La Nationalité au point de vue de la législation comparée et du droit privé humain*, por E. S. Zeballos; *Dharma*. Influencia del Oriente en el derecho de Roma, por Arturo Capdevila; *Apuntes de Derecho Comercial*, por Carlos C. Malagarriga y Néstor I. Aparicio; *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, y de otras cuya publicación se espera. — N.

"NOSOTROS".